

Mis vidas sucesivas

Recuerdos y destino de un niño de la guerra

FERNANDO BARRAL



Ediciones *La Memoria*
Centro Cultural *Pablo de la Torriente Brau*
La Habana 2010

Mis vidas sucesivas
Recuerdos y destino de un niño de la guerra

por
Fernando Barral

Fuente:
Ediciones *La Memoria*
Centro Cultural *Pablo de la Torriente Brau*
La Habana
2010

Maquetación:
Demófilo
2022

Libros Libres
Para una Cultura Libre



Biblioteca Virtual
OMEGALFA
2022
Ω

Índice

Prólogo/ 5

Nota introductoria/ 10

Agradecimientos/ 12

Vida I

Niñez, adolescencia y juventud en España y Argentina

Capítulo 1

Primeros años. Emiliano/ 17

Capítulo 2

Elche. Llegada a Argelia.

El campo de concentración/ 33

Capítulo 3

La travesía hasta Chile y Argentina/ 40

Vida II

Adolescencia en Argentina

Capítulo 4

En Córdoba. La escuela. Primeras amistades/ 46

Capítulo 5

En Buenos Aires.

Primeras inquietudes revolucionarias/ 51

Capítulo 6

Amores y política en Córdoba/ 58

Capítulo 7

Prisión y asilo político/ 67

Vida III

Estudiante y médico en Hungría

Capítulo 8

Nos encontramos con el socialismo/ 75

Capítulo 9

Universidad. Matrimonio. Viajes/ 81

- Capítulo 10
 - ¡Médico al fin!/ 88
- Capítulo 11
 - El levantamiento del 56/ 97
- Capítulo 12
 - Reaparece Ernesto, el Che/ 116

Vida IV

Médico en Cuba

- Capítulo 13
 - En el Hospital «Calixto García»/ 123
- Capítulo 14
 - Docencia, psiquiatría y marxismo/ 130
- Capítulo 15
 - Nuevos retos. Ministerio del Interior/ 140
- Capítulo 16
 - La clínica psiquiátrica del Ministerio del Interior/ 146
- Capítulo 17
 - Trasladado a la provincia de Oriente/ 154

Vida V

Investigador social

- Capítulo 18
 - Investigaciones de La Cabaña y Ciego de Ávila/ 162
- Capítulo 19
 - El caso Bejucal. Los «frikis» y el *rock*/ 174
- Capítulo 20
 - En Vietnam. Encuentro con el prisionero John Sidney McCain/ 181
- Capítulo 21
 - Trabajo y familia: dos pasiones/ 200

Epílogo/ 208

Anexo

- Elementos para una teoría de la delincuencia/ 211

A Laly

Prólogo

Cuando me pidieron que prologara las memorias de Fernando Barral, acepté gustosa, a pesar de no haberlas leído aún. Y ahora que ya he leído y releído las numerosas vidas sucesivas de este hombre incalculable, me siento emocionada y comprometida, pero con cierto temor de no saber corresponder a lo que debe ser la presentación de un libro como este.

La Historia con mayúscula se compone de pequeñas y grandes historias, hilvanadas entre sí, para poder entender en toda su complejidad una época dada. Las historias que duermen en la memoria de los que vivieron una época son parte inseparable de la historia mayor, pues la vida cotidiana de cada cual es también la vida cotidiana de una sociedad y de su tiempo. Es por ello que cuando alguien puede dejar sus recuerdos escritos, como el que nos deja hoy el autor Fernando Barral, debemos sentirnos agradecidos, y no solamente los historiadores, sino toda la población interesada en saber acerca de nuestro pasado común, que es también parte del presente compartido.

El autor ha seleccionado un título que encaja perfectamente en lo que ha sido su vida hasta ahora. Sus *vidas sucesivas* en diversos escenarios tienen y tendrán para todos los lectores un sabor a vitalidad, esfuerzo y resultados de gran valor humano y social.

Se podrá decir que ya se ha escrito bastante acerca de los que éramos niños en los años de la Guerra Civil Española,

sin embargo aún falta mucha memoria por recoger. Cada uno de ellos tiene una vida diferente y siempre muy dura y difícil, con procesos semejantes y con formas disímiles de adaptación a sus nuevas vidas, y, al mismo tiempo, emocionantes.

Este «niño de la guerra» sufrió, como tantos otros, la primera pérdida fundamental en la vida de todo ser humano: la pérdida de su padre por causa de la guerra. Y además, la pérdida de la patria que lo vio nacer y en la que había vivido sus primeros años felices, en compañía de una familia unida y culta. A sus 11 años logran, madre e hijo, abandonar la España franquista, para no perder en ella la vida.

Y aquí empieza su segunda vida, la del exilio. El traslado en el vapor *Winnipeg* hacia América. El viaje en este vapor, tan referido en libros y memorias de los españoles que allí se reunieron para salir de Europa hacia tierras promisorias de América, constituyó una gran experiencia para ese niño que de pronto se había tenido que convertir en hombre tempranamente, debido a las circunstancias. Gracias al valor de su madre que lo acompañaba pudo llegar a Chile, primero, y pasar a la Argentina, después.

La lectura de sus pasos adolescentes y juveniles en la tierra argentina es una enseñanza de tesón, valor y entereza. Adaptarse a esa nueva sociedad que, aunque se hablaba el castellano, al igual que en otras tierras de América, su forma de hablar y sus modismos modifican de tal manera la expresión del lenguaje, que un joven madrileño como Barral tuvo que adecuar, a expensas de no pocas burlas. Esta adaptación la sufrieron casi todos los niños exiliados de la Guerra Civil Española al llegar a la tierra de su destino. En edades tempranas esto no era fácil, pues ante los demás niños de la región de acogida, aparecían como «extraños», equivalente de extranjeros, y esta sensación en la niñez y adolescencia puede hacer cambiar muchas actitudes, para bien o para mal.

En el caso de Fernando fue un acicate para aprender, concentrado en un mayor esfuerzo como estudiante. Logró estudiar hasta llegar a la Universidad, en la carrera de Medicina.

Y allí se desarrollaron con gran fuerza sus ansias de justicia y libertad, lo que le costó cárcel y deportación.

Su tercera vida, como español deportado en Hungría, es un ejemplo de tenacidad inquebrantable. Por la narración de esta etapa de su vida, ya estas memorias tienen razón de ser. Solo un hombre del tesón y esfuerzo personal como él pudo vencer la barrera del idioma húngaro, uno de los más difíciles del planeta, para culminar sus estudios de Medicina y ejercer su profesión en aquella sociedad. Si agregamos que vivió los sucesos de 1956 en Hungría, y nos cuenta la visión que tuvo de aquellos, la obra que nos ocupa tendría ya el valor de enseñanza para las nuevas generaciones.

Pero este hombre soñador, como buen revolucionario, sintió el llamado de la lucha por la justicia social que comenzaba en la Cuba de 1959. Y para acá vino, a prestar su ayuda y apoyo al movimiento popular que surgía arrolladoramente en nuestra Isla del Caribe.

Emociona la lectura de su relación con Ernesto Guevara, el Che, que él no trata de aumentar, sino de disminuir, con sencillez y madurez. Al final de sus memorias explica lo importante que ha sido en su vida la obra y el ejemplo del Che.

En Cuba comienza otra etapa de sus *vidas sucesivas*. La de mayor madurez y responsabilidad. Toda ella es ejemplo de servicio inteligente a la causa del pueblo cubano.

La historia de la Revolución cubana de 1959 hasta nuestros días está por escribir aún. Los documentos que han de servir de base a los historiadores para la elaboración de esta historia, no serían suficientes si no existiesen las memorias de los

hombres y mujeres que, en diferentes ámbitos culturales y sociales y en diferentes momentos, han contribuido a conformar la rica y controvertida historia de estos años luminosos de la Revolución.

Mis vidas sucesivas de Fernando Barral serán, desde ahora, una fuente más para el estudio de la vida cotidiana y científica de la sociedad de esos años.

En el texto aparece un Anexo, que es el resultado de una de sus investigaciones sociales. Según el autor, lo mejor que él ha escrito. Mi primera impresión fue la de sugerir la supresión de este Anexo, pues me parecía que todo lo escrito hasta ese momento iba en emotividad creciente. Y el Anexo podría disminuirlo. Pensé que podría ser publicado en otro formato y no dentro de sus memorias. Luego comencé a cambiar de opinión, y deduje que si este hombre singular de 82 años consideraba que los resultados de esa investigación «constituyen lo más importante que he hecho en mi vida profesional», no era yo quien le pediría que no se incluyese este texto en sus memorias. Esta es la obra de su vida, de sus vidas sucesivas, y tiene derecho a presentarla como el autor crea que es lo mejor.

El libro de memorias que tienen en sus manos es un ejemplo de honradez, tenacidad, valor y actitud consecuentes con las ideas revolucionarias del autor. Me siento honrada con la petición de prologar sus memorias y me he sentido profundamente emocionada al leerlas.

Gracias, Fernando, pues ya me considero tu amiga y así espero que me aceptes.

ÁUREA MATILDE FERNÁNDEZ

La Habana, mayo de 2010

Nota introductoria

*«Nunca andes por el camino trazado,
pues él te conduce únicamente
hacia donde los otros fueron».*

ALEXANDER GRAHAM BELL

He querido compartir con ustedes, los lectores, algunos acontecimientos de mi vida. Y no porque considere que es excepcional: es una más entre las de tantos españoles y cubanos de mi generación. Me motivan otras razones. Por un lado, varios buenos amigos me lo han sugerido reiteradamente, y dicen que es de sabios seguir consejo, pero también, porque serviría para formar un puente generacional con mis hijos y nietos, darles algo de sus raíces. Además (aunque no en último lugar), porque quizás mis experiencias, mi vida, podrían ser de interés para muchas personas, pues es la vida de un revolucionario abocado a una serie de situaciones y problemas muy variados. Este balance de mi vida me servirá también para ver qué me falta por hacer. Digo «mi vida» en singular, pero yo la veo en realidad como varias vidas sucesivas en diferentes escenarios, unidas, o más bien separadas, por bruscas transiciones, unas motivadas por mí mismo, otras por las circunstancias. Con mis dos hijos mayores ocurre algo parecido: han tenido saltos que han significado transiciones bruscas en sus vidas.

Me tocó en suerte (buena o mala) vivir diversos momentos históricos en cuatro países diferentes, a los que me refiero, aunque no en profundidad: no estoy escribiendo historia, sino la historia de mi vida. Los acontecimientos y circunstancias los menciono en la medida en que estuve envuelto en ellos e influyeron sobre mí, o en la medida en que yo, en pequeña escala, influí sobre ellos.

FERNANDO BARRAL

Agradecimientos

Numerosas personas merecen mi reconocimiento por su aporte a la culminación del libro. Entre ellas, y en muy primer lugar, está el compañero Eusebio Leal Spengler. De él recibí la primera valoración positiva del mismo, y fue de forma inesperada, pues yo no había tenido contacto con él, ni le había enviado el manuscrito, que recibió de otras manos. Contenía frases elogiosas, muy concretas, diciéndome que cuanto había escrito era parte de la historia de la Revolución. Sus palabras fueron un aliento muy grande tratándose de una persona desconocida como yo. Ya tenía un libro en mis manos, y ahora la cuestión era dónde publicarlo.

Aquí hubo otra intervención providencial: una noche, en una tertulia de amigos en mi casa, hice un escueto relato de mi vida. Entre ellos estaba Sonia Moro, a quien yo no conocía, y ella comentó que esa historia bien valía ser escrita. Le contesté que recién la había terminado, pero que no sabía qué hacer con ella, pues no tenía relaciones en los medios intelectuales y editoriales. «—Llévela al Centro *Pablo de la Torriente Brau*, ellos tienen una línea testimonial y de biografías...» Le envié a ella el manuscrito por correo electrónico y al día siguiente averigüé el teléfono del Centro y establecí contacto con ellos. Hablé específicamente con la compañera Vivian Núñez Menéndez, que muy atenta me escuchó y fue muy receptiva ante todas mis dudas. Luego llegó el proceso de evaluación, que finalmente condujo a la decisión de publicarlo. Además, Vivian tiene la cualidad de alegrarse ella misma cuando te da una buena noticia, así ocurrió conmigo

cuando aprobaron la publicación del libro. Ella es la viva expresión de una institución amiga y amistosa.

Estos fueron los caminos por los que transitó el libro, y esas las personas que lo valoraron. A todos ellos les expreso mi más sincero agradecimiento.

Ya terminado, tuve la suerte de que aceptara escribir el prólogo la profesora Áurea Matilde Fernández, no solo por su *currículum* académico y profesional, sino por haber calado tan hondo en el espíritu del libro, aunque confieso que al leerlo no puedo evitar sonrojarme por las virtudes que me atribuye. ¡Muchas gracias!

Pero antes de llegar aquí, en el proceso de elaboración, me fueron de ayuda muchas otras personas amigas, a quienes debo mi reconocimiento. Esto empezó ya en los primeros borradores, cuando todavía no tenía en claro qué camino seguiría la narración, cuando entonces era puramente lineal. En esta etapa de diseñar la estructura dramática me fueron de insustituible ayuda, en primer lugar, el escritor y periodista norteamericano radicado en Gran Bretaña, Jon Lee Anderson, biógrafo del Che, a quien conocí aquí en Cuba al hacer la investigación para su libro. Él me insistía en que definiera cuál era mi lugar en mis memorias, para que no fueran simplemente eso: unas memorias.

Agradecido le estoy también a mi vieja amiga Milena, que en los primeros tiempos de indecisión insistió para que escribiera estas memorias.

Ya en las etapas finales, no lograba articular el cierre, cómo terminarlas. Aquí me fue de mucha ayuda el doctor Walfrido López, veterinario, músico y también escritor de varios libros, así como tuve la valiosa cooperación de un antiguo compañero e investigador: José M. Hidalgo. El punto crítico era cómo darle contenido biográfico a la parte en que desarrollo

ideas novedosas sobre la delincuencia, para lo cual recibí el apoyo del Fiscal Supervisor de Delitos Económicos, y estrecho colaborador, Alejandro Aldana Fong.

Tuve suerte en los aspectos históricos, especialmente el complejo período de Hungría y el levantamiento del 56. Yo le había enviado el manuscrito al señor János Horvát, a la sazón embajador de Hungría en Cuba, a quien había conocido en una reunión social. Él se interesó y muy amablemente se ofreció para revisar y corregir los aspectos históricos y políticos del período que viví en Hungría, lo que hizo muy eficientemente. No podía faltar en estos agradecimientos.

A la señora Marta Ferreira Beltrán, argentina, madre de un ex amigo mío de la adolescencia, le debo haber podido rectificar opiniones injustas que vertí sobre él en el libro, y hacer constar que en su juventud fue un luchador contra las dictaduras militares y mártir de esa lucha.

Magali Martín, psicóloga y ex compañera de trabajo, me rectificó fechas y circunstancias de las primeras investigaciones sociales que realizamos en el Ministerio del Interior. Además, como trabajo extra me hizo una revisión completa del manuscrito de aquella etapa, con una meticulosidad de la que yo soy incapaz. Esto era cuando aún no pensaba en editoras. ¡Bravo, Magali!

En otros aspectos históricos recibí la valiosa cooperación de José Ramón Viadero, de España, especialmente sobre la vida y obra de mi padre. Mi gran amigo y antiguo compañero de luchas, Luis Azcárate Diz, me ayudó en lo concerniente a los hechos de la República y la Guerra Civil.

Uno de los primeros en leer el manuscrito fue el compañero Alejandro de Jongh, cibernético de gran cultura humanística, que realizó una minuciosa lectura y me dio valiosos consejos de estilo sobre el texto, además de su asesoramiento digital.

Sara Mas, una periodista experimentada, me ayudó en los comienzos del trabajo. También he recibido inestimable apoyo informático de Carlos Gómez Rodríguez, especialmente con las imágenes.

La primera fotocopia que hicimos del libro fue en FotoService. Luego diversas amistades nos han hecho copias para distribuir entre los amigos. Es indispensable mencionar a Mercedes Companioni, Magali San Martín, Jeny Marbot y Maricruz Azcárate.

Y agradezco de todo corazón a mi editora, Norma Padilla, que ha hecho un excelente trabajo, inteligente y meticulado, al editar mi manuscrito. Cuánto he aprendido de ti, Norma. He aprendido que el trabajo de edición no es simplemente cuestión de corregir errores y mejorar la sintaxis, y que es un trabajo en el que cada parte tiene que verse inteligentemente en su conjunto. He aprendido que uno no debe nunca darse por satisfecho, si no se está completamente conforme con un párrafo, con una página, cuidando la debida ilación con los demás. He aprendido a no dar por sentada la exactitud de cada dato, de cada fecha, sino a buscar en fuentes confiables. He aprendido de tu pasión por el trabajo, de tu minuciosidad, y de tu respeto hacia el autor, consultándole siempre cada cambio y sugerencia. Esto y mucho más he aprendido de ti, y por eso también, no solo por el libro, te expreso mi más profundo agradecimiento.

Del círculo de «primeros lectores» surgieron opiniones valiosas, que no voy a glosar aquí. También alguna jocosa, como la de un amigo, muy buen ortopédico e insaciable lector, el doctor Antonio Luaces, quien después de leer el manuscrito me dijo: «Mira, Fernando, lo mejor que puedes hacer es recoger toda tu información, buscarte un escritor, y se la das para que te escriba el libro...» Vaya a él también mi agradecimiento.

Vida I

Niñez, adolescencia y juventud en España y Argentina

Capítulo 1

Primeros años. Emiliano

Puerto de Alicante, marzo de 1939

No puedo precisar la fecha exacta. Estamos en el puerto de Alicante, un espigón que, en mi memoria infantil, parece muy largo, con montones de sal y de carbón esparcidos por todos lados. Somos mi madre y yo. Ella, viuda de guerra y mutilada debido a una caída a las vías del Metro, con una pierna ortopédica y la otra (la suya) también lacerada por las cicatrices.

El espigón está lleno de gente: refugiados, como nosotros, asidos a la última oportunidad de salir de España antes de que lleguen las tropas franquistas. Anclado junto al espigón, un barco carguero, el *African Trader*, y la gente amontonada tratando de subir por la escalerilla. Pero algo pasa: el flujo de gente se detiene, algunos de los que estaban a mitad de camino son obligados a descender al muelle. La escalerilla es izada, mientras anuncian por un altavoz que el barco está a plena capacidad y no admitirán más pasajeros. Incredulidad y voces de protesta entre la multitud, que sigue intentando subir. Pero es en vano, no aceptan a nadie más. La gente, cabizbaja, emprende el regreso al puerto. Mi madre hace un ademán de ponerse también en marcha, pero yo me empecino y me quedo plantado donde estábamos, ya a pocos metros de la escalerilla. Poco a poco nos quedamos casi solos.

Empezaba a anochecer y nuestro futuro aparecía sombrío e incierto...

Mi madre había decidido este camino sin titubear. Muerto mi padre en la guerra y toda la familia socialista, mi porvenir bajo el franquismo no era precisamente venturoso. Las fuerzas franquistas se acercaban rápidamente a Elche, donde habíamos pasado como evacuados casi toda la guerra, en el banal (huerta) del abuelo Isidro. Por eso, al oír que había un barco en Alicante que recogía refugiados, ella no lo pensó ni un instante. Fuimos en una tartana desde el banal a Elche, y allí nos montamos en la cama de un camión que nos llevaría hasta Alicante. Para mí fue un juego subir, aunque recuerdo el esfuerzo de mi madre, con su prótesis y la otra pierna debilitada. Eso sí, poseía una voluntad a toda prueba. Y llegamos, pero ¿para qué? Parecía que estábamos en un callejón sin salida. En ese momento ya había terminado mi vida de niño, mis primeros 11 años. Aún no sabía que mi existencia iría dando saltos de once en once años...

Esos primeros años yo había vivido una vida feliz. Feliz en Madrid, desde que recuerdo, es decir, desde que vivíamos en la casa del Pasaje Romero número 10 construida por mi padre, Emiliano Barral (cuando ya era un escultor famoso y también próspero), y destinada a albergar a todos sus hermanos y a doña Isa, su madre, pues don Isidro, el padre (de quien hablaré después), se había comprado aquel pequeño banal en Elche para huir de los fríos de Madrid.

El corazón de la casa era el taller de lo alto. En la planta baja estaba el taller de piedra. Ahí trabajaban sus cuatro hermanos, que cantaban con buenas voces y acople mientras tallaban las figuras, como aquella del gran oso polar que parecía estar vivo. También había un entresuelo que ocupaba la

mitad del taller y constituía el estudio de modelado donde posaban, se trabajaba el barro y se sacaban los moldes para hacer las copias en yeso. A partir de estas copias se pasaban de puntos para la piedra, con una especie de pantógrafo de tres dimensiones, cuya aguja marcaba los puntos sobresalientes a respetar en la piedra. Pero esto era principalmente para los retratos o bustos. Cuando se trataba de figuras decorativas, a mi padre le gustaba, sobre todo, hacer la talla directa; es decir, coger un bloque de piedra, muy a menudo seleccionado por él mismo en las canteras (en especial la piedra rosada de Sepúlveda), y con unos croquis al carboncillo de la imagen ir desbastando la piedra hasta lograr la figura deseada. Era un gran taller y tenía posibilidades para que un niño como yo jugara a sus anchas.

Todo esto sucedía entre 1933 y 1934, cuando ya Emiliano Barral era una figura importante de la escultura y las bellas artes españolas. Nos habíamos mudado allí desde la calle Ponzano número 43, donde yo había nacido el 18 de abril de 1928, a las seis de la mañana.

Muchos y variados acontecimientos fueron moldeando mi vida, pero en ella influyó notablemente, sobre todo durante mi adolescencia y juventud, la figura de mi padre y su valor como ejemplo.

Era el escultor Emiliano Barral cantero desde la infancia junto a su padre, el abuelo Isidro, o don Isidro como todo el mundo le llamaba en señal de un bien merecido respeto. Mi padre hizo su primera escultura original, un relieve en piedra para un monumento funerario (*Las tres virtudes teologales*), a los 12 años, y no tardó mucho en ser reconocido como una de las principales figuras de la vanguardia realista en escultura por los años 30, y más en general, de la primera mitad del siglo

XX. Nunca tuvo formación académica. Mi madre me contaba la siguiente anécdota: cuando ya era famoso, lo iban a nombrar director del Museo de Arte Moderno, en Madrid, y estando a punto de firmar el nombramiento, como una formalidad, le pidieron sus avales académicos. No los tenía y por ese motivo no obtuvo el cargo. Leía mucho y pronto se hizo de una cultura que le permitió alternar con personalidades relevantes de ese ámbito.

Lo recuerdo y lo veo en las fotos: enjuto, pero dotado de gran fuerza en sus brazos nervudos, acostumbrados desde la infancia al cincel y el martillo. Tenía frente ancha con entradas acentuadas, ojos negros magnéticos y penetrantes, y una gran capacidad de comunicación y persuasión.

Junto a él trabajaban sus hermanos: Martín, Pedro y Alberto, para la faena de desbastar la piedra y sacar de puntos los bustos que él modelaba. Todos tenían muy buen oficio, y luego de la muerte de Emiliano se convirtieron en escultores conocidos: Martín en Brasil; Pedro en España, donde pasó varios años en la cárcel por sus antecedentes antifranquistas; y Alberto en la Argentina. Todos ellos fueron parte de la gran diáspora generada por la sangrienta victoria de Franco, con la ayuda de la Alemania hitleriana y la Italia fascista.

Aunque los retratos eran modelados primero en barro y luego pasados de puntos a la piedra, ya conté que a mi padre le apasionaba la talla directa: coger un bloque de piedra e ir sacando de él, a fuerza de cincel, martillo y martellina (basándose apenas en unos esbozos a carboncillo), la figura que tenía en su mente y en sus pupilas. Es más, ya dije, le gustaba particularmente ir él mismo a escoger los bloques de piedra en las canteras de distintas localidades de Castilla la Vieja, empezando por las de su pueblo natal, Sepúlveda, donde buscaba la piedra rosada con la que, entre otros,

esculpíó el busto de don Antonio Machado en 1922 y que el propio poeta inmortalizó en un soneto:

*Y tu cincel me esculpía
En una piedra rosada,
Que lleva una aurora fría
Eternamente encantada.
Y la agria melancolía
De una soñada grandeza,
Que es lo español (fantasía
Con que adobar la pereza),
Fue surgiendo de esa roca,
Que es mi espejo,
Línea a línea, plano a plano,
Y mi boca de sed poca.
Y so el arco de mi cejo,
Dos ojos de un ver lejano,
Que yo quisiera tener
Como están en tu escultura:
Cavados en piedra dura,
En piedra, para no ver.*

Sepúlveda, 1922

Revolucionario de corazón, muy joven mi padre se declaró anarquista, influido posiblemente por los libros que leía don Isidro, mi abuelo. A los 15 años se fue con un grupo de esa ideología, que pasó por Sepúlveda, y recorrió varias ciudades hasta que fue aprehendido luego y llevado de vuelta a Sepúlveda por la Guardia Civil. Al respecto hay una anécdota conocida en la familia. En el pueblo se sabía que ese día la Guardia Civil iba a llevar a Emilianito para entregárselo a su padre. Desde media mañana había gran expectación entre

los amigos de don Isidro por ver cómo iba a reaccionar este, dados su genio vivo y su rectitud. Todo el vecindario estaba atento en la plaza mayor de Sepúlveda, y por una larga cuesta que llevaba a ella, veían acercarse a la pareja de la Guardia Civil, con sus tricornios negros, y entre ellos Emiliano. Llegaron a la plaza e Isidro se adelantó a recibirlos.

El encuentro defraudó a muchos espectadores, que anticipaban una áspera reprimenda por parte de don Isidro, pero este se limitó a acogerlo entre sus brazos con afecto, sin un regaño ni nada. Más tarde, en la taberna, uno de los amigos comentó: «¡Coño, Isidro, yo que tú le habrías dado un par de hostias que iba a recordar toda su vida!» A lo que Isidro respondió: «¡Hombre! ¡Si hubiese sido hijo tuyo, yo también...!»

Años después, a los dieciocho aproximadamente, mi padre vendió su bicicleta y se fue de viaje nuevamente a Valencia, Barcelona y París, por su cuenta, sin conocer a nadie ni hablar el francés. Allí hizo varios trabajos de cantería y por último entró a trabajar en el estudio de un escultor. Esto y las visitas a los monumentos y museos, le permitieron ir perfeccionando su oficio. De París volvió, varios años más tarde, hecho ya un escultor.

No conozco los detalles de su evolución política, pero cuando ocurre el levantamiento fascista, él era ya socialista. Luchó en el Cuartel de la Montaña, el 18 de julio de 1936, contribuyendo a aplastar a los sublevados. Poco después fue nombrado secretario de la Comisión de Protección al Tesoro Artístico Español, y recorrió los museos e iglesias para poner a buen recaudo las obras valiosas que contenían. También estaban Rafael Alberti y su esposa María Teresa León. Le habían asignado un coche para ello, y yo, un niño de 8 años, lo admiraba cuando venía de vez en cuando a vernos a casa. Pero mi padre no era de los que se contentan con ir en coche de un lado para el otro. Poco después, cuando los

subelevados se acercaban a la capital, fundó las Milicias Segovianas, de las que fue su capitán, y se marchó a la cabeza de ellas al Frente de Madrid, a defenderlo de los agresores franquistas y sus aliados, las divisiones fascistas enviadas por Mussolini a Franco.

Su hermano menor, Alberto, socialista también, era el comisario político y trataba de no separarse de Emiliano para protegerlo. Pero no pudo evitar que a mi padre lo alcanzara un obús enemigo en el Frente de Madrid, en Usera, cuando acompañaba a unos periodistas extranjeros que estaban haciendo un reportaje, y murió pocas horas después en el hospital. Era el 21 de diciembre de 1936. Sobre su muerte escribió un sentido epitafio don Antonio Machado:

Cayó Emiliano Barral, capitán de las milicias de Segovia, a las puertas de Madrid, defendiendo su patria contra un ejército de traidores, de mercenarios y de extranjeros. Era tan gran escultor, que hasta su muerte nos dejó esculpida en un gesto inmortal.

*Y aunque su vida murió
Nos dejó harto consuelo
Su memoria.*

(JORGE MANRIQUE)

El Gobierno legítimo de la República, por su parte, emitió una postal conmemorativa que decía: «Barral, su obra, su vida, su muerte, son un símbolo. ¡Sigamos su ejemplo!»

Su modelo de valentía y sacrificio, espoleado por esos y otros merecidos homenajes reconociendo su valor, influyeron mucho en mis principios ya durante la adolescencia y la juventud.

La muerte de Emiliano cerró lo que pudiéramos llamar un ciclo fatídico, pues tenía dos grandes amigos y juntos formaban un trío: Luis de Sirval, periodista; Ignacio Carral, escritor y periodista, director del semanario *Segovia*, y él, Emiliano Barral.

La semejanza de los apellidos es evidente. Decían: «los tres del AL» (tal vez «los tres del alma»). Los tres murieron en distintas circunstancias, pero con un año de diferencia, en este orden: 1934, 1935 y 1936. Luis de Sirval fue fusilado cuando cubría como periodista la Huelga de Asturias, Carral murió de un infarto cuando preparaba un trabajo periodístico, y Barral, destrozado por un obús en el frente. En la Exposición Internacional de París, en 1937, España estuvo representada por las obras de Pérez Mateos, también caído en la guerra, y las de mi padre. Por cierto, las obras de Emiliano estuvieron arrinconadas en los sótanos de un museo de Barcelona por 65 años, sin que ninguna de las múltiples gestiones que hicimos diera resultado hasta hace apenas unos años.

El ejemplo de mi padre estuvo presente en circunstancias cruciales de mi vida, en las que estuve interrogándome a mí mismo cómo habría actuado él. También recordaré siempre el cariño y la ternura que me manifestaba.

En su corta vida tuvo como amigos a mucho de los grandes exponentes de la cultura de la España de entonces, entre ellos Machado, Azorín, Zuloaga, Vicente Sánchez Ocaña, Mariano Quintanilla, Blas Zambrano, Antonio Linaje (cuyo hijo, del mismo nombre, es amigo fiel de toda la familia), Jorge Tudela, los doctores Marañón, Hernando y Bastos, y muchos otros, la mayoría de los cuales concurrían al taller de Zuloaga (donde también trabajaba Fernando Arranz, cuñado de mi padre) e iban alguna que otra vez a las tertulias que celebraban en la casa de Madrid los domingos. Pero no es solo el ejemplo de mi padre. También el de mi madre, por su

entereza, voluntad y valor. A su visión, coraje y tenacidad debo que saliésemos de España, en muy difíciles condiciones, y que yo me pudiera labrar un futuro. La fuerza de carácter que demostró a todo lo largo de su vida, como lisiada, también me enseñaron mucho como ejemplo.

Los primeros recuerdos de mi niñez los ubico aproximadamente a los tres o cuatro años. Me veo, por ejemplo, acostado durante la siesta en un jardín de la infancia (creo que financiado por el Partido Socialista), en algún punto cercano al Paseo de Ronda, con su separador central entre dos hileras de árboles, no muy lejos de nuestra casa. Por la tarde yo no podía dormir, no me gustaba dormir. Alguien me enseñó a hacer animalitos con hojas de árbol dobladas, rasgándolas para configurar la cabeza, las patas y la cola, y en eso me entretenía. Y recuerdo una empleada doméstica jovencita que me llevaba e iba a buscar. En particular tengo las imágenes de una vez en que ella quería cruzar la calle cuando venía un camión, y yo me resistí. Creo que esta misma doméstica fue la que me enseñó a leer en los periódicos, a los cuatro años y pico.

Según me han dicho mis primos hace poco, yo era la envidia de todos ellos, porque tenía muchos juguetes. Pero yo solo recuerdo un camioncito de madera que me hizo un vecino y un coche de pedales que, a inicios de los años 30, debía ser algo envidiable. También otro camioncito más pequeño, de metal, con el que me veo jugando. Parece que los vehículos me atraían mucho, reconocía muchas marcas de coches y quería ser basurero, porque estos iban en un camión grande tocando una campana. Otro recuerdo es el paso de los camiones de la limpieza que arrojaban chorros de agua sobre la fachada de las casas. Nos poníamos a buena distancia y les gritábamos: «¡La manga riega, que aquí no llega...!» Un entretenimiento habitual eran las pedreas contra chicos de

otro barrio cercano, al grito de «¡drea!» No nos rompíamos la cabeza por un milagro.

Vivíamos entonces en el Pasaje Romero número 10, entre Modesto Lafuente y un canalillo que corría paralelo a la Avenida de la Castellana. Tenía más de media cuadra, con pocos edificios. En el primero de ellos vivía Emilianito, un chico algo mayor que yo, hijo del conserje, que una vez me dio una pedrada en la sien que por poco me mata. Todavía conservo la cicatriz. Nuestra casa era la última de la derecha. Mi padre, que se había forjado a sí mismo, como ya dije, se hizo escultor por oficio, talento y voluntad. En Francia admiró y estudió a Rodin y otros escultores famosos, trabajó en varios talleres y cultivó amistades en el mundo artístico. En el período del que estoy hablando, se había convertido en un escultor cotizado y de moda, había hecho varios conjuntos escultóricos para mausoleos funerarios, para plazas públicas y para particulares, así como bustos de las personalidades más relevantes de la época, cuya amistad y respeto invariablemente se granjeaba. También obtuvo una beca en Italia, donde admiró, entre otras obras, el *David* de Miguel Ángel. Los encargos que ahora le llovían le habían permitido construir una casa moderna, con un estudio de dos plantas y pared cristalera de arriba abajo, y con varios pisos donde podían vivir su madre y sus hermanos, salvo Martín, que vivía en el extranjero.

Por delante del estudio estaba el taller de tallado de la piedra. En el Pasaje, frente a la fachada, siempre había grandes piedras y alguna escultura sin terminar. A la izquierda de la fachada se abría una bajada que llevaba hasta el garaje, que nunca se utilizó como tal porque no teníamos coche. La casa apareció en un artículo ilustrado de una revista de arquitectura. Por ese entonces ya se hablaba de la futura construcción de los Nuevos Ministerios, muy cerca de allí.

No sé por qué razón, en aquel entonces yo padecía de frecuentes «empachos». Tenía un médico, el doctor Cirajas, de triste memoria. Todo lo curaba con ayuno. Recuerdo claramente unas fiebres intestinales que me tuvieron postrado en cama por más de una semana y en casi total ayuno. No podía más del hambre. Por fin, en un descuido de mi madre, fui a la cocina y me comí todo lo que encontré: medio bote de salsa de tomate y media libra de chocolate. Todo el mundo quedó consternado, pero no me pasó nada, por el contrario, me sané. También recuerdo haber padecido difteria, que me curaban con unos sueros enormes.

Otro hecho que viene a mi memoria es el de un día cuando jugaba en las azoteas. Había una grande y otra más pequeña, encima, a la que se subía por una escalera de hierro. Esa tarde yo venía bajando, cargado de juguetes, lo que me impedía agarrarme a la barandilla, y me caí. Mi tío Alberto, el más joven de los hermanos de mi padre, que estaba allí cerca, me cogió en brazos y me llevó al comedor, donde había una tertulia dominical, diciendo: «¡Este niño se ha roto una pierna!» Inmediatamente me llevaron, en el coche de uno de los amigos, al médico. Ya sabía leer, porque recuerdo que lo que más me impresionó fue la marca Autoplano escrita a un costado del auto, y que las ruedas traseras tenían una tapa. Me llevaron a lo del doctor Bastos, el eximio traumatólogo, que me colocó los huesos en su lugar mientras me hacía constantes bromas que me distrajeran del dolor. Me escayolaron la pierna hasta encima de la rodilla y así anduve cerca de tres meses, pero sanó perfectamente. Mi abuela materna era católica, mientras que toda la familia de mi padre era atea. Me acuerdo vagamente de que mi abuela materna, Elvira López, quería adoctrinarme, enseñándome el Catecismo. Me preguntaba que quién era Dios, y según me

contaba mi madre, yo le respondía: «Dios es un señor que no existe».

Nunca tuve inclinación religiosa alguna.

De esa época recuerdo a mis primos, Tenio y Antina, que ya debían cursar el bachillerato, repasando las conjugaciones en francés y las tablas de multiplicar. Y también a mi tío Alberto, el más joven de los hermanos Barral, enseñándome a dibujar las letras de molde, tan importantes en cantería.

Los primeros recuerdos de la escuela son imprecisos. Por un tiempo debí ir a un colegio público, pero las imágenes que tengo del lugar son totalmente borrosas. En cambio, tengo vívidos recuerdos del Instituto Escuela, cerca del Hipódromo, un verdadero ejemplo de pedagogía moderna, adonde concurrí por un año aproximadamente. Todas las aulas tenían una pared con ventanas y una puerta que daba a un pequeño huerto o jardín, el cual cultivábamos nosotros mismos. No recuerdo las clases de las asignaturas clásicas: Gramática o Matemáticas, pero sí las de trabajo manual (carpintería), idiomas (francés y alemán) y las de arte (poesía y cantos). Creo que asistí durante un corto período, fue un año antes de que empezara la guerra. Allí aprendí canciones en francés, los números en alemán y otras cosas más que tampoco he olvidado. Recuerdo un poema inspirado en Machado, sobre *«los olivos grises, los caminos blancos, que el sol ha comido la color del campo»*, que cantábamos con una melodía sencilla. El programa del Instituto Escuela garantizaba que sus graduados salieran con bachillerato y un oficio. También prestaban mucha atención al desarrollo social de los alumnos. Todos los días, dos alumnos estaban «de guardia», lo que significaba que ese día ellos atendían el teléfono y a las visitas que llegaban. Además, las clases no estaban cronológicamente atadas al año lectivo, sino al avance de los alumnos. En el tiempo que estuve allí, me pasaron a un grado superior.

También había un periódico, que redactaban e imprimían los alumnos de las clases superiores.

Tengo algunos recuerdos del Madrid de esa época: la Glorieta de Cuatro Caminos, la calle de Ríos Rosas, la calle de Hortaleza (donde vivía mi abuela materna) y la Puerta del Sol. En esta última mis padres quisieron poner a prueba si había asimilado las recomendaciones que me habían hecho, por si me perdía en la calle. Se escondieron detrás de un quiosco, y yo, ni corto ni perezoso, me monté en un taxi y le dije al conductor: «Al Pasaje Romero 10». Para mi frustración, no pude dar el viaje en taxi, porque mis padres aparecieron, me felicitaron, pero me bajaron del coche. También recuerdo haber estado un día en el cine, uno muy moderno, creo que por la Gran Vía, que me impresionó sobre todo por los chocolatinas que se podían obtener de una maquinita instalada en el respaldo del asiento que estaba delante. Creo que la película se llamaba *La cabalgata del circo*. Con mi tío Alberto iba a un cine de barrio, en el que se mascaban pepitas de girasol durante la función.

De la casa tengo un recuerdo bastante completo, incluyendo el taller, con el repiqueteo de los martillos y los cinceles sobre la piedra, y más vagamente, el estudio, donde las modelos posaban. En el taller era digno de verse cómo manipulaban piedras enormes con palancas, rodillos y una chinita debajo para moverlas sin esfuerzo. El piso nuestro, con una sala comedor a dos niveles; el patio trasero, con una fuente que derramaba el agua sobre la escultura en piedra, talla directa, *Armonía de volúmenes*, que representaba a una muchacha sonriente a la que le chorreaba el agua sobre la cabeza; y las terrazas, a las que me he referido ya.

Recuerdo también haber pasado unas vacaciones en Segovia, donde los chicos se burlaban de mí por la pronunciación

madrileña, y otro veraneo en Santander, del cual tengo bastante claras algunas escenas.

A mis dos o tres años, aproximadamente, ocurrió algo que nos marcó como familia. Mi madre me tenía en sus brazos, en una estación del Metro, cuando se cayó delante del tren que avanzaba. Ella quedó malherida y se salvó gracias a los cuidados de un interno que no se separó de ella ni día ni de noche, pero quedó inválida: perdió una pierna, la otra quedó seriamente dañada, y la nariz deformada para siempre. Yo únicamente sufrí una herida superficial. Mi padre, que tenía locura por mí, se afectó mucho cuando le dieron la noticia.

Mi madre, Elvira, era una mujer sencilla pero con gran inteligencia natural y notable belleza. Esta puede apreciarse en la foto del busto en alabastro que Emiliano le hizo y que he incluido en los testimonios gráficos.

Mis abuelos maternos poseían la fonda de la estación de ferrocarril de Segovia. El hermano de mi madre, Fernando Arranz, quien después emigraría a la Argentina, asistía al taller de pintura y cerámica de don Daniel Zuloaga, adonde también iba Emiliano, quien hacía figurillas de barro que luego Fernando Arranz esmaltaba. A partir de esta relación entre ellos fue como se conocieron mis padres. Luego se casaron, se mudaron a Madrid y pronto ella se adaptó a la intensa vida cultural de Emiliano. Aprendió a apreciar las obras de arte y a mantener conversaciones con los representantes más selectos de la cultura española de los años 30, casi todos los cuales concurrían a nuestra casa. También se ocupaba de poner en un álbum las fotos de todas sus obras, que llevó consigo en el largo viaje hasta la Argentina. Pero al cabo de unos años, las cosas no andaban bien en el matrimonio, debido al magnetismo y poder de seducción de mi padre. Mi madre era dura de carácter, y con una gran fuerza de

voluntad se sobrepuso con entereza a las adversidades que la vida le deparó.

Una noche que mi padre volvía tarde a casa, fue atracado por unos bandoleros, los cuales le exigieron su billetera; parece que estaban enterados de que ese día había cobrado una cantidad considerable de uno de los encargos terminados. Mi padre no era un devoto del dinero, pero le molestó que trataran de arrebatárselo por la fuerza y se resistió. Aquellos bandidos le dispararon un tiro en el hígado. La prensa se hizo eco del suceso.

Otro recuerdo que me viene ahora a la mente es el de la inauguración del monumento a Pablo Iglesias, el apóstol del socialismo español, en la primavera de 1936. Era una obra conjunta de mi padre con el pintor Luis Quintanilla, realizada con una concepción moderna, como ambiente, un lugar para estar, y no solamente figuras para contemplar. Conservo una foto en la que aparezco de niño, con pantalones bombachos, delante del conjunto escultórico de Pablo Iglesias, tallado en granito, y hay mucha gente a nuestro alrededor. Pienso que debió ser un día Primero de Mayo.

Este busto tuvo su historia. Cuando los franquistas entraron en Madrid, destrozaron el monumento, situado en la Avenida de Camoens, en el Parque del Oeste, y mutilaron el busto. Las piedras se las llevaban para hacer no sé qué construcción y para que no quedara ni rastro del monumento. Pero dos obreros socialistas que trabajaban allí hicieron un hueco en la tierra y enterraron el busto. No fue hasta finales de los años 70 que se desenterró. Al emotivo acto asistió el entonces vicepresidente del Gobierno, Alfonso Guerra. Conservo la fotocopia de una foto aparecida en el periódico en esa ocasión. El PSOE (Partido Socialista Obrero Español) conserva el busto, mutilado, como testimonio de la barbarie franquista,

en la entrada de su sede en la Calle Ferraz, donde pude contemplarlo hace algunos años.

Tengo en mi memoria hilachas de conversaciones en casa, en las semanas previas a la inauguración del monumento a Pablo Iglesias, cuando, por ejemplo, oía muy a menudo la palabra «crisis», aunque no sabía qué significaba. También a mi padre, explicándole a mi madre que si lo iba a buscar la Guardia Civil, se escondería en un pequeño baño que había junto a la puerta, en el tercer piso, para escaparse cuando ellos estuvieran dentro. No tengo el recuerdo preciso de cuándo se produjo el levantamiento fascista, pero sí el comentario de que mi padre había ido a luchar al Cuartel de la Montaña, donde se habían hecho fuertes los facciosos, que eran los militares que se sublevaron contra la República.

Después de esto, los recuerdos no están ordenados cronológicamente, son como postales sobre un fondo oscuro. En una de las primeras veo a mi padre en un coche, en sus tareas de salvamento de las obras de arte. No iba armado, solo llevaba una pistola detonadora que no le habría resultado de ninguna ayuda en caso de encontrarse con enemigos. Un día me trajo un gorro de miliciano, que yo lucía orgullosamente, hasta que un muchacho mayor me lo arrebató y se fue corriendo con él. Este episodio lo tengo bien presente. Los niños en el Madrid de la guerra estábamos muy politizados, hacíamos adornos con piedras en la calle, con consignas tales como «UHP, la *corbeille* y el *martell*» y «¡Uníos, Hermanos Proletarios!» Hablábamos de política; de México, que nos estaba ayudando; y de Rusia, sus cazas («chatos»), a los que veíamos en los cielos de Madrid. Pero, antes de esto, recuerdo la noche del primer bombardeo: todos subimos a la azotea para ver cómo explotaban las bombas.

Capítulo 2

Elche. Llegada a Argelia. El campo de concentración

Por ese entonces y debido a los bombardeos, vino la evacuación de las mujeres y los niños. Mi madre y yo fuimos a Levante, al banal que tenía mi abuelo Isidro cerca de Elche, en donde se nos unieron otros familiares, entre ellos mis primos Tenio y Antina, Lucita y Conchita, y doña Isa, mi abuela paterna. También llegó el tío Blas, tío abuelo nuestro, que tocaba la guitarra y nos enseñó muchas canciones. A mis primos no volvería a verlos hasta fines de los años 90, cuando viajé por primera vez a España, desde mi salida. Elche era famosa, entre otras cosas, por la Palmera del Cura, una palmera alta y ramificada, y por un antiguo busto llamado La Dama de Elche.

El banal estaba situado en una zona muy fértil, poblada por pequeños propietarios, campesinos que vendían sus productos en Elche, pero subsistían con dificultades y carencias. Nunca me olvidaré de la imagen de un matrimonio y dos hijos comiéndose entre todos un huevo frito, que iban untando con rebanadas de pan cortadas de una inmensa hogaza. El banal estaba casi a mitad de camino entre Elche y la playa de Santa Pola, y mi abuelo tenía varios olivos e higueras, y cultivaba diversas frutas y verduras. Había construido dos casas, con yeso, aunque tenía que traer el agua en cubos desde cierta distancia. Su idea era construir siete casas, una para cada uno de sus hijos vivientes. También había dos huecos

grandes, en uno de los cuales pensaba construir dos piscinas. Una vez fuimos a la playa de Santa Pola, andando, y recuerdo perfectamente los calambres que tenía al regreso. Me parece que en aquella ocasión estaba mi padre, o mi tío Alberto, con nosotros (uno de los dos), el caso es que admiré lo lejos que se había ido nadando. No sé si sería influido por esta vívida imagen, pero ya viviendo en Cuba me gustaba nadar mar adentro.

Una de las cosas que más nos emocionó en el bancal fue cuando cavamos una cueva en la pared del hueco, cerca de la casa; la hicimos mis primos y yo, con pequeñas azadas, dirigidos por el abuelo. Cabíamos todos en ella y nos reuníamos allí todos los chicos a jugar a las cartas, disfrutando del frescor que había dentro.

Don Isidro era muy pintoresco, vegetariano y naturista, y seguía al pie de la letra las ideas corrientes de estas doctrinas, sobre todo de la escuela alemana. Pero, aunque solo tenía una educación elemental, había leído mucho y tenía un espíritu de investigador nato: experimentaba en sí mismo la dieta ideal, para lo cual se pasaba comiendo, por ejemplo, nada más que tomates durante una semana, para ver si le sentaban, y así con otras verduras y frutos. Luego iba mezclando dos de ellas para ver los resultados (las «compatibilidades» de la doctrina naturista), y todo, la digestión, por ejemplo, lo iba apuntando meticulosamente en sus cuadernos. Mirándolo bien, en realidad eran experimentos con control riguroso de las variables, pero el conejillo de Indias era él mismo. El resultado fue una desnutrición severa que padeció años antes del comienzo de la guerra. Entonces se asustó y cogió el tren a Madrid, pensando que se iba a morir. La pareja de la Guardia Civil que viajaba en ese, como en todos los trenes, hizo un diagnóstico certero: le ofrecieron una chuleta con huevos fritos y patatas fritas, y llegó a Madrid recuperado, lo que no

le impidió volver más adelante al banal y continuar con sus experimentos. Ahora yo, a mi edad, mayor que él entonces, repito un poco esos experimentos para controlar una alergia cutánea de origen alimentario que padezco.

El abuelo tenía una biblioteca heterogénea, donde alternaban novelas como *Los miserables* (que leíamos por la noche en voz alta, a la luz de una vela), obras de Schiller y libros de medicina naturista, anarquismo y filosofía, principalmente alemanes, y numerosos cuadernos sobre sus observaciones, escritos por él. Don Isidro era tan anarquista que jamás sacó cédula de identidad, ni le puso número a la casa, no quería saber nada del Estado.

Una anécdota famosa en la familia es de cuando los abuelos reunieron todos los ahorros y se fueron a probar suerte en Madrid, donde abrieron una modesta tienda de ultramarinos. Pues bien, don Isidro, fiel a sus principios, cuando una mujer iba a comprar café, por ejemplo, la disuadía: «Mujer, no toméis café, que es un veneno...» Con los caramelos, algo parecido: «Pero cómo vais a darles caramelos a los niños, que les estropean los dientes...», y así por el estilo. Resultado, que se arruinaron y tuvieron que dejar el negocio. Indudablemente, don Isidro era hombre de principios muy ajenos al comercio.

Cuando llegué al banal, el abuelo tomó la decisión de que no fuera a la escuela, porque el maestro era un «burro», decía. Mi abuelo prefería que leyera sus libros, que me iban a ser de mayor utilidad, de modo que pasé casi tres años hecho un pequeño salvaje, descalzo y en completa libertad, leyendo de vez en cuando filosofía alemana. Poco a poco empezó a hacerse sentir el hambre. El último año de la guerra, prácticamente no comíamos otra cosa que habas, y para colmo ese año se había helado la cosecha; a los niños ya empezaba a notársenos la desnutrición. Pero el hambre aguza el

ingenio. A mi madre, por ser viuda de guerra e inválida, le dieron gran cantidad de recortes de cartón para la lumbre. Entonces, con ellos, empecé a hacer juguetitos en miniatura para los hijos de los campesinos: tartanas, con ruedas que se movían y caballos; juegos de muebles para las niñas, y cosas por el estilo, que yo cambiaba por higos secos, una verdadera golosina en aquellos tiempos. Un día se presentó don Isidro con un conejo desollado, que doña Isa preparó con arroz. Luego nos enteramos de que era un gato. El abuelo era muy cariñoso con nosotros los niños. Todavía conservo una foto donde estamos todos los nietos con él, en la que lucía su larga barba blanca.

Al final de la guerra, los franquistas lo encerraron en la cárcel por varios años, lo mismo hicieron con mi tío Pedro, que sobrevivió haciendo esculturas en la prisión. Pero don Isidro las pasó muy mal y su salud se vio seriamente quebrantada. Al esposo de Manola, padre de Tenio y Antina (que era sastre y había sido durante un tiempo alcalde de Ocaña), los fascistas lo encarcelaron y un buen día, sin juicio previo, lo fusilaron.

Cuando ya era inminente el triunfo de los franquistas, mi madre tomó la decisión de sacarme de España y tratar de llegar a la Argentina, donde por ese entonces vivía su hermano, Fernando Arranz, quien además era mi padrino. Fue una decisión sensata. Dados los antecedentes republicanos de mi padre y sus hermanos y cuñados, mi futuro en España no se vislumbraba muy luminoso.

A partir de entonces comienza una larga peregrinación. Fuimos a parar al muelle de Alicante, viendo el barco con las escalerillas ya levantadas y algunas personas en los alrededores, desalentadas. Un tiempo después, que se me antojó larguísimo, bajaron nuevamente la escala y pudimos subir junto a un reducido número de personas persistentes como nosotros. Cómo cambió mi vida gracias a aquel acto de

empecinamiento infantil... Años más tarde me enteré de que aquel barco había salido de puerto español el 19 de marzo de 1939.

El *African Trader* era un viejo carguero que navegaba bajo bandera inglesa, aunque, como supimos después, la tripulación era griega, y se mostró muy solidaria con nosotros. Lo único que habían hecho para adaptarlo a la carga humana fue construir unos retretes de madera en la cubierta. En uno de ellos encontré un montón de dinero español de la República, ya totalmente carente de valor. Nos dirigíamos a Orán, en Argelia, y nos dijeron que la travesía duraba unas seis horas, pero nos demoramos casi tres días. Luego nos enteramos de que navegando ya en aguas internacionales, apareció un buque de guerra fascista (creo recordar que era el *Almirante Cervera*), que le ordenó al capitán regresar a puerto español. Lo hizo, pero a la mínima velocidad, a la vez que por radio pedía la ayuda de los barcos del Comité de No Intervención, un comité internacional compuesto por más de una veintena de países, el cual dejaba pasar a las fuerzas nazis y fascistas italianas, pero interceptaba los envíos de la Unión Soviética, México y otros países amigos de la República. Por fin apareció una fragata inglesa y pudimos poner proa nuevamente a Orán.

Pero con esto no acabaron nuestras tribulaciones. Al llegar a esta ciudad, el gobernador francés nos prohibió entrar a puerto. Estábamos anclados a las afueras, mientras los burgueses de la ciudad venían en lanchas a contemplar a los «rojos». Por suerte distribuyeron alimentos: un exquisito pan francés y una lata de sardinas en conserva por persona, que luego del hambre pasada en España nos supieron a gloria. Esta repentina ingesta de grasas me produjo después ictericia, que mi madre me curó con tisanas de boldo. El gobernador quería a toda costa que todos volviéramos a España. Al

final, la tripulación resolvió la situación arrojando al mar una pieza imprescindible del motor, de modo que a los trece días desembarcamos.

Fuimos llevados a la cárcel de Orán, donde permanecimos tres días más, y allí separaron a los hombres por un lado y a las mujeres y los niños por otro. Para estos últimos (mujeres y niños), el Sindicato de Maestros de la ciudad nos cedió temporalmente una colonia de vacaciones, donde estuvimos en condiciones relativamente confortables. Los chicos pelábamos las patatas y las mujeres guisaban. Aparte de eso, nos entreteníamos cazando camaleones y jugando. Esta situación idílica, sin embargo, no duró mucho. Empezaban las vacaciones y los maestros necesitaban su balneario. Las mujeres y los niños fuimos a parar a un campo de concentración en Ain el Turk, Beni Hindel, al sur de Orléansville, en las estribaciones de los Montes Atlas.

Era un campo raso cercado en las afueras del pueblo, donde nos quedábamos en tiendas de campaña, mientras nos mantenían bajo la vigilancia de gendarmes franceses.

Por la noche se oían los aullidos de los chacales en las proximidades. También había numerosos rebaños de cabras y ovejas por los alrededores. En el desayuno nos daban café negro con pan duro (ambas cosas me han gustado después toda la vida) y en las comidas un rancho del que solo recuerdo los garbanzos duros como piedras, que a menudo usábamos como proyectiles. Pero estábamos en relativa libertad, en un perímetro bastante amplio donde los chicos podíamos corretear y jugar a nuestras anchas. Las maestras que había entre las refugiadas organizaron pronto una escuela para los niños, en la que recuerdo que nos explicaron la teoría de la evolución de Darwin. Además, preparaban representaciones teatrales. Recuerdo haber tomado parte en *Nuestra Natacha*, de Alejandro Casona. Hacía el papel de un

herido en una manifestación. Tiempo después, en la Argentina, pude comprar el libro y lo leí con emoción, reviviendo aquellos tiempos.

Era curioso observar a los árabes ir en burro, y la mujer detrás, a pie, cargando los bultos en la cabeza. También verlos hacer abluciones y lavados íntimos en la fuente del pueblo.

Capítulo 3

La travesía hasta Chile y Argentina

Durante el tiempo de estancia en la región árabe, mi madre se había puesto en contacto con las organizaciones de ayuda a los refugiados españoles, y mi tío nos reclamó formalmente. En el mes de agosto vinieron dos gendarmes a buscarnos debido a estas gestiones y nos llevaron a Orléansville. Allí pasamos la noche en la comisaría. Fue, sin dudas, el lugar donde más calor sufrí en toda mi vida. Mi madre se pasó la noche echándome aire. Por la mañana nos enteramos de que nuestro barco salía de Argel al día siguiente, y los mismos dos gendarmes nos metieron en un taxi y nos llevaron a esta última ciudad, a varios centenares de kilómetros. Por el camino pararon un camión cargado de sandías y nos comimos dos de ellas entre los cinco (incluyendo el chofer del taxi). Esta es la única imagen que conservo (las sandías) de ese viaje que me pareció interminable.

Llegamos a Argel a tiempo. De la ciudad recuerdo las casas como amontonadas unas encima de las otras, y un puerto más grande y activo que el de Orán. El barco era el *Al Kantara*, de bandera egipcia, que nos llevó a Port Vendres, cerca de Marsella, desde donde atravesamos Francia en tren, hasta Burdeos.

No recuerdo nada de esta etapa del viaje. En las afueras del puerto de Burdeos estaba fondeado el *Winnipeg*, un buque de carga y pasajeros considerablemente más grande (de cinco mil toneladas, según me enteré después) que los dos

anteriores. Este había sido fletado, creo, por el SERE (Servicio de Evacuación de Refugiados Españoles). El autor de la iniciativa había sido el poeta Pablo Neruda, por ese entonces Cónsul Especial de Chile en Francia (del Chile durante el gobierno del Frente Popular que encabezaba Pedro Aguirre Cerda). Según me dijeron, los fondos salieron del Gobierno de la República Española en el exilio, así como de donaciones privadas y de un aporte especial de cuáqueros norteamericanos. Por el nombre, el barco debía ser canadiense. Habían habilitado las bodegas con seis pisos de literas como dormitorios, donde cada persona recibió una manta y una colchoneta. Había, además, buen servicio de comidas y de aseo. Íbamos dos mil refugiados, más de la mitad hombres, el resto mujeres y niños. Zarpamos de Burdeos el 4 de agosto de 1939. Recorrí el barco de proa a popa, varias veces, y siempre encontraba nuevos escondrijos. Este viaje fue inolvidable: mi primer cruce del Atlántico y del ecuador.

La primera escala fue en la isla de Martinica, francesa.

Allí había muchos chicos nadando alrededor del barco y zambulléndose para coger las monedas que les tiraban desde la embarcación. Como iban en taparrabos, sin bolsillos, se las metían en la boca. Mi madre compró mangos, pero estaban verdes y no pudimos comerlos. La siguiente escala fue la ciudad de Colón, a la entrada del canal de Panamá. Allí querían dejarnos en cuarentena, no supe por qué motivo, pero se resolvió la situación y seguimos viaje. La travesía del canal la recuerdo perfectamente, empezando por el paso a través de las esclusas, que se iban rellenando para subir el nivel del buque, remolcado por pequeñas locomotoras hasta llegar al nivel de las aguas del lago Gatún, el paso de la Serpiente, o de la Culebra, y de nuevo las esclusas para descender hasta el nivel del Pacífico. Nos dirigíamos a Chile, país amigo de la República Española y que recibía refugiados gracias al

gobierno del Frente Popular, al contrario de Argentina. En la primera parte de la travesía predominaba un ambiente sombrío, por la amenaza de la inminente guerra mundial, ya que si esta estallaba, cerrarían el canal y nos devolverían a Francia.

Pero después de salir al Pacífico, los ánimos se tornaron festivos. Todas las mañanas nos despertaba por los altavoces un coro que cantaba el himno de la juventud soviética, del que recuerdo algunas estrofas:

*En nuestra alegría triunfante,
Unidos sabremos marchar.
La vida nos dice: ¡Adelante!
La sangre nos insta a luchar...*

*En pie, la juventud que da
Alma y canción,
Clarín de Libertad será
Nuestra canción...*

Y no sé por qué argucias de la memoria, me viene a la mente también otra estrofa que, indudablemente, no pertenece a ese himno, pero la evoco con la misma melodía, que decía:

*Dulce Patria, recibe los votos
Con que Chile en tus aras juró,
Que o la tumba serás de los libres,
O el asilo contra la opresión...*

A lo largo de la costa de América del Sur tuvimos mar de fondo; es decir, la superficie estaba tranquila, pero el barco se movía por las corrientes submarinas. Como es habitual, hubo una festividad al atravesar el ecuador, pero dado que

íbamos miles en ese buque, no se pudo bautizar individualmente a cada uno de los que lo atravesábamos por primera vez. La escala inicial en Chile fue en el puerto de Arica, al norte del país, pero no recuerdo si bajamos a tierra.

La travesía del *Winnipeg* resultó memorable en varios aspectos. Creo que fue el último barco de refugiados que atravesó el Atlántico antes del estallido de la Segunda Guerra Mundial. A bordo todo estaba perfectamente organizado y limpio. Se formaron enseguida orfeones regionales: el coro asturiano, el catalán y el gallego, entre otros, hasta donde recuerdo. También se cantaban canciones de la Guerra Civil. Aparte de esto, se transmitían canciones populares y de la guerra por los altavoces, sobre todo desde que salimos del canal de Panamá. Y por fin llegamos a Valparaíso el 2 de septiembre de 1939, de noche, aunque desembarcaríamos en la mañana del día 3, justo con el estallido de la Segunda Guerra Mundial.

En Valparaíso el recibimiento popular fue entusiasta. Luego de pasar por la vacunación (que según me enteré recientemente fue ordenada por el ministro de Sanidad, Salvador Allende), bajamos a tierra. Allí nos estaba esperando mi tío Fernando, en compañía del escultor chileno Lorenzo Domínguez, amigo suyo y también de la República Española.

No recuerdo nada del viaje a Santiago de Chile, pero estuvimos allí unos días recorriendo la ciudad gratuitamente en un taxi (el propietario era simpatizante de la República), mientras se hacían las gestiones para obtener una visa de entrada a la Argentina. Por fin consiguieron una visa turística, válida por quince días, con la que estuve en ese país por once años.

Tampoco se me ha borrado el paso de los Andes de Chile a la Argentina, creo que fue por el paso del Aconcagua, el pico más alto de la cordillera. Hacía poco había habido un desprendimiento de tierra y el ferrocarril estaba interrumpido. La

travesía se hacía en taxis, cuyos conductores llevaban varios días realizando ese recorrido, ida y vuelta, casi sin dormir, por una carretera sinuosa y bordeada de precipicios de miles de metros de profundidad. Mi tío Fernando llevaba un termo con café y no cesaba de hablarle y ofrecerle café y cigarrillos al chofer, para mantenerlo despierto.

La prueba de que tuvo éxito fue que llegamos sanos y salvos a la provincia argentina de Mendoza, al pie de los Andes, y el detalle fue uno más entre los que se graban en la mente infantil.

Al llegar a la Argentina iba saliendo de la infancia como un niño prematuramente politizado por el ejemplo de mi padre y mis tíos, por las circunstancias de la guerra, por mi estancia en el campo de concentración y por el viaje en el *Winnipeg*, donde las simpatías hacia el socialismo no se ocultaban. Eran vivencias que me distanciarían en años venideros de mis compañeros de estudio y de juegos en Argentina, y me llevarían a una toma de posición política en la temprana juventud.

Vida II

Adolescencia en Argentina

Capítulo 4

En Córdoba. La escuela. Primeras amistades

No recuerdo absolutamente nada del viaje desde Mendoza a Córdoba, donde vivía mi tío, ni de la llegada a esta ciudad. Mi memoria empieza cuando estoy alojado ya en la pequeña casita que tenía mi tío en el interior del Parque Sarmiento, justo al lado de la piscina, con unos cuantos libros que me tenía preparados y que empecé a devorar apenas llegué. Eran *El libro de las selvas vírgenes*, *La isla del tesoro*, *Las aventuras de Tom Sawyer*, *Cuentos de Edgar Allan Poe* y *El mundo en que vivimos*, de Hendryk Wilhem van Loon. Todos me marcaron, pero especialmente este último, una especie de geografía física y humana, con muchos dibujos del autor. Con este libro aprendí a dibujar el mapamundi de memoria y se despertó mi afición por la geografía, aunque esta no influyó posteriormente en mis opciones vocacionales. Pero siempre que puedo, compro mapas y planos.

Argentina era todavía, en aquel entonces, un país inmensamente rico, con el promedio de exportación y consumo de carne de vaca más elevado del mundo. Según nos contaba mi tío Fernando, cuando él llegó en los años 30, el ganado andaba suelto por las pampas, y cualquier gaucho a la hora de comer, lo único que tenía que hacer era enlazar una vaca, degollarla y comerse la lengua. El resto lo dejaban en los campos a las aves carroñeras. Tal era la abundancia de ganado vacuno.

Recuerdo los comentarios de mi tío y sus amistades cuando llegué. Yo tenía 11 años y medio (aunque parecía que tenía 8), era retraído y tenía más de cuatro años de retraso escolar: un triste balance de la guerra y sus consecuencias, nada infrecuente para los niños españoles de mi generación. Y sin embargo, un balance mucho más favorable que el de los que siendo hijos de familias republicanas (o tildadas de serlo) no pudieron salir de España.

Como dije, mi tío vivía en una casa en el interior del Parque Sarmiento (un parque cercado, al menos en aquel entonces), construida expresamente para él por gobernantes amigos, en su calidad de director de la Escuela Provincial de Cerámica de Córdoba, ubicada también en dicho parque. En su piscina me enseñó a nadar él mismo, en estilo *over*, de lado, muy frecuente en aquellos tiempos en que el *crawl* o libre apenas estaba extendido. Poco después aprendería el pecho o braza. La casa, muy bonita, escondida entre árboles, tenía un solo cuarto grande, separado en dos ambientes por una cortina, con un cuarto de baño en su interior y una cocinita anexa. Era atendida por Mercedes, una negra muy bondadosa que tenía un niño, Rubén, quien pronto se hizo compañero mío de correrías y juegos en la piscina y en el zoológico, situado en un barranco cercano. También una perra callejera, Chacha. Este era mi micromundo durante los primeros tiempos de mi vida en Córdoba. Barreras idiomáticas sutiles, diferencias culturales y distintas experiencias vividas, me aislaban un poco de los otros niños de mi edad.

Que yo recuerde, no me hicieron ningún examen médico al llegar, pero sí una evaluación pedagógica a cargo de la hija de un amigo de Fernando, que era maestra. El resultado: tenía que aprovechar los meses que quedaban de clases para aprobar el primer grado superior, equivalente a primer grado, cosa que hice, y más adelante tuve que hacer dos años en

uno, inclusive los veranos, hasta ponerme al día. Lo lograría en 1946, siete años después, cuando ingreso a la Universidad. Los escolares allí íbamos con un delantal (guardapolvo) blanco, para que no se notaran las diferencias de nivel económico. Recuerdo particularmente varios aspectos del choque con la nueva cultura. El primero fue el idioma: tuve que aprender a decir «Madrid» en vez de «Madriz», a lo que estaba habituado, por ejemplo, y acostumbrarme al voseo, al «che» y a muchos otros modismos del país. En segundo lugar, el chovinismo antiespañol, relacionado con el estudio de las luchas por la independencia de los argentinos contra los españoles. El otro fue alimentario. Me costó más de un año llegar a tolerar el sabor del aceite de girasol, acostumbrado como estaba al de oliva. Pero nunca usé gomina, ni jugué al fútbol, ni escuché tangos, aunque estos últimos empezaron a gustarme años después, cuando ya no estaba en ese país. Supongo que eso se debía a los prejuicios de mi tío Fernando contra tales costumbres.

El problema de mi retraso escolar me obligó a estudiar el segundo grado durante las vacaciones y examinarlo para ingresar el siguiente año a tercero. Esto se repitió en el cuarto grado; en consecuencia, siempre era yo el mayor de la clase. Mi maestra era hija del doctor Beltrán, un abogado amigo de mi tío. Era una familia educada a la inglesa, en la puntualidad, en el estricto vestir, en la cortesía formal, artificial y en el té de las 5. Tenían varios hijos, un poco mayores que yo, pero no nos juntábamos mucho, pues aparte de la diferencia de edad, pertenecíamos a diferentes mundos y culturas. De la que era mi maestra no recuerdo ni el nombre ni la cara, pero sí un sentimiento de simpatía y gratitud por lo que hizo por mí. El padre tenía un soberbio coche deportivo inglés, desca-potable, en el que tiritábamos de frío cuando nos sacaba de paseo por la sierra aledaña.

Ya en tercer grado se ampliaron mis relaciones. Un nuevo amigo era Oscar Frávega. Él era hijo de un profesor de la Escuela de Veterinaria que hacía buen dinero con los caballos de carreras. Aunque más importantes para mí fueron las nuevas relaciones que establecí en la escuela. Eran los hijos del doctor Juan González Aguilar, refugiado como nosotros, cirujano que había sido jefe de Sanidad de la Marina de Guerra de la República. Nos hicimos amigos enseguida, por la afinidad obvia entre nuestras familias. Eran, de menor a mayor, Pepe, Juan y Paco. También tenían una hermana mayor, Carmen. El doctor Juan González Aguilar, el padre, era una persona muy seria y ordenada. Con la ayuda de algunos amigos pronto empezó a operar en Córdoba. Vestía siempre de gris, incluyendo los zapatos. No tomaba bebidas alcohólicas y se acostaba muy temprano cuando tenía que operar al día siguiente. No permitía ruidos ni bullicio en su casa. Por las tardes solía resolver los crucigramas del periódico. Por medio de los González Aguilar hice otros amigos, de los que hablaré más adelante. No sé por qué manía, su padre compró una maquinilla de cortar el pelo y nos pelaba a todos nosotros al rape. Esto nos creó problemas en la escuela, donde éramos objeto de burlas, que dieron lugar a más de una pelea en las que hacíamos frente común. Nos decían «bochitas peladas», del juego de bochas (bolas) que se practica en Argentina. Los González Aguilar eran unos chicos expansivos y alegres, más sociables que yo, pero lo pasábamos muy bien juntos. Con Pepe y Carmen nos encontraríamos mucho tiempo después en Cuba. También gracias a ellos conocí a «Chichina» Ferreira (una bella muchacha de la alta sociedad, de quien Ernesto Guevara estuvo enamorado) y su hermano, y a Dolores Moyano. Estando yo en Cuba, en uno de los aniversarios de la muerte de Che, salió Dolores Moyano (que para entonces era funcionaria del gobierno norteamericano) hablando por Radio Martí, la emisora subversiva subvencionada

por dicho gobierno, despotricando contra el Che y contra mí. Dijo lo sectario y pesado que yo era, que solo hablaba del Partido, etcétera. Un amigo me mostró la transcripción. Por aquel entonces, en la boda de Carmen, bailé mucho con Celia, la hermana mayor de Ernesto, y volvimos a encontrarnos en Cuba mucho tiempo después. Con Ernesto nos veíamos especialmente en las vacaciones, o cuando salíamos de excursión. También conocí a su prima, la «Negrita» Córdova Iturburu de la Serna, una muchacha muy bonita, delicada y sensible, de la que creo llegué a estar fugazmente enamorado. Pero era un amor imposible: ella vivía en Buenos Aires y yo en Córdoba, y apenas tuvimos ocasión de encontrarnos una o dos veces. Pero esto ocurriría años después, cuando volví de Buenos Aires a Córdoba.

Capítulo 5

En Buenos Aires. Primeras inquietudes revolucionarias

En 1941-1942, aproximadamente (creo que cuando tenía catorce o quince años y empezaba el quinto grado), a mi tío Fernando lo nombraron director de la Escuela Nacional de Cerámica, en Buenos Aires, con la misión de crear la escuela, que aún no existía, y por ello nos mudamos para la capital. En la casita del parque se quedó mi tío Alberto, hermano menor de mi padre, que había estado en Francia exiliado y había llegado poco antes. El local de la futura escuela estaba situado en el Barrio de Once, en la Calle Bulnes, casi esquina a Rivadavia, que según decían era la calle más larga del mundo, pues atravesaba de oeste a este la ciudad de Buenos Aires (de por sí extensa) y luego seguía a través de varias poblaciones aledañas.

Era un local amplio, con oficinas y tres viviendas delante y un enorme almacén detrás, que se subdividió en distintos locales para las diferentes asignaturas. Tenía también dos hornos eléctricos, tornos de alfarería y bancos de trabajo para el modelado y el esmaltado. El local estaba lleno de recovecos para explorar, terrazas, oficinas, etcétera. Me divertía mucho recorriéndolo. Además, la cerámica era fascinante: la alfarería, el modelado, el dibujo, el esmaltado y el cocido de las piezas ejercían fascinación sobre mí. Me gustaba, sobre todo, una técnica que mi tío recuperó de los árabes y consistía en echar resina al horno candente donde se cocían las piezas, lo que provocaba una llamarada y profusa humareda,

y daba como resultado un reflejo dorado muy especial sobre el esmalte. Recuerdo haberle oído decir que el color más difícil de lograr era el rojo, para el cual utilizaba minio, un compuesto de plomo. Las obras de cerámica se cuecen dos veces, la primera para secar la arcilla y que se ponga dura, son conocidas entonces como terracotas; luego se esmaltan y se ponen otra vez en el horno para que el esmalte se funda y tome su cualidad vidriosa. Allí pasaba yo mis tardes, después de hacer los deberes.

Mi tío Fernando era un gran ceramista y un eximio dibujante. Algo me enseñó de dibujo, pero no hice grandes avances. También pasaba largos ratos en casa de una amiga de mi madre, que vivía justo enfrente de nosotros. Era Aida la Gorda, y sabía echar las cartas y levantar horóscopos. Me hizo el mío y me pronosticó que toda mi vida tendría problemas con las autoridades, las cárceles y las burocracias, y que esto solo mejoraría al final de mi vida, cuando Marte (el regente de Aries, mi signo cardinal), en recesión entonces, saliera de la Casa número XII, que rige las prisiones, la policía, la administración y las autoridades en general. Este horóscopo se cumplió totalmente en mi vida: siempre tuve problemas con las autoridades en los países capitalistas, y con la administración y las burocracias en Cuba también, hasta que me jubilé, cuando las cosas mejoraron un poco, pero no del todo. Aida también me enseñó a echar las cartas, con lo que solía entretener a las amistades y relaciones más fortuitas hasta no hace muchos años, en que perdí el ángel para hacerlo.

Otro entretenimiento habitual era caminar por las calles de la ciudad, con sus famosas ochavas en las esquinas. A veces hacía caminatas de varios kilómetros, y poco a poco fui conociendo bien Buenos Aires. Me encantaba, sobre todo, el Museo de Historia Natural, una magnífica construcción. Por

un tiempo estuve leyendo libros de ocultismo, quirología y temas parecidos, que compraba en la Librería Kier, pero pronto los estudios y una vida social más activa hicieron que abandonara esas lecturas. En Buenos Aires transcurrió mi adolescencia, y eso nunca se olvida, aunque no fue una etapa fácil. Me molestaba sobre todo seguir vistiendo de corto cuando ya había pasado la pubertad y me aparecía el bozo. Por fin, un amigo de Fernando me regaló un traje y pude salir en pantalones largos.

Fernando fue un segundo padre para mí: atento, cariñoso y preocupado por mis cosas. Tampoco vacilaba en ponerse a luchar conmigo en el suelo, y también jugábamos interminables partidas de ajedrez. Por otro lado, era un auténtico bohemio, generoso, desprendido, que daba todo por sus amigos. Derrochador, a veces se aparecía en la casa con cinco amigos a la hora de comer, y sin haber avisado; pero mi madre, que lo adoraba, guisaba con gusto y muy buena mano culinaria. Con mi tío Fernando aprendí rudimentos de dibujo y de historia del arte, que pude aprovechar luego en mis estudios. Y del mismo modo puede que con él hasta aprendiera a no administrar bien el dinero, lo que era igualmente una de sus características.

En la escuela tuve mucha suerte. Me tocó un maestro magnífico, se llamaba Antonio Martínez, y poseía una colección fabulosa de libros de aventuras de Salgari, Julio Verne, Mark Twain, Fenimore Cooper, Alejandro Dumas, Rudyard Kipling, Capitán Marryat, Arthur Conan Doyle, Robert Louis Stevenson, Edgard Allan Poe y otros. Una vez me llevó a su casa y pude contemplarla. Sabedor de mi afición por la lectura, cada dos o tres días me llevaba a la escuela una novela que yo devoraba en poco tiempo, para empezar la siguiente. En la escuela no confronté problemas con el castellano, pues había leído mucho y tenía una ortografía impecable, ni tampoco con

las matemáticas, de modo que me daba tiempo para leer. Estuve con este maestro en quinto y sexto grados, pero aún tenía un retraso escolar de dos grados. Cuando estábamos en quinto, ocurrió el golpe militar del general O'Farrell, que se hizo sentir de inmediato en las clases. Había un muchacho que era hijo de militares y se convirtió en el chivato de la clase. Hasta el maestro debía cuidarse de lo que decía. Además, introdujeron una serie de canciones patriotas que teníamos que cantar en las clases de música. Una de ellas, particularmente cursi, decía:

*Cuatro de junio, jornada redentora de la Patria,
Canta el corazón, grita la razón:
Libertad, Libertad y Honor.
Tu nobleza sin par fue mancillada,
Pretendiose burlar tu rectitud,
Mas justos en histórica jornada,
Te volvieron a tu senda de virtud...*

En Buenos Aires no tuve tantos amigos como en Córdoba, salvo los hijos del escultor Roberto Puig, profesor de modelado, que vivía en uno de los locales de la escuela. Pero en el verano (austral) iba a esta última ciudad con mi tío Alberto y vivía en la misma casita de mi tío Fernando. Allí en Córdoba me reunía de nuevo con mis antiguos amigos. Uno de ellos era Osvaldo Bidinost, sobrino de una ex novia de mi tío Fernando, un poco mayor que yo, con quien intimaría años después, cuando regresé a Córdoba para entrar en la Universidad. Lo vi de nuevo en Cuba, hace pocos años, y nos contamos nuestras respectivas vidas.

Terminada la primaria ingresé al bachillerato en el Colegio Nacional Mariano Moreno, no lejos de casa. Pero como todavía tenía dos años de retraso escolar, por las noches asistía

a una escuela privada, como libre, al segundo año, de modo que al final del curso examinaba primero y segundo, y el curso siguiente entraba en tercero, matriculando cuarto por las noches. Esto dificultó mi aprendizaje de las matemáticas, pues no había continuidad ni relación entre lo que estudiaba de día y de noche. Del Colegio Mariano Moreno solo recuerdo a un profesor, cuyo nombre he olvidado. Nos enseñaba castellano, y gracias a él aprendí a usar los diccionarios y a cogérselos el gusto. En cada clase nos ponía varias palabras para buscar en ellos y escribir el significado de una forma determinada en el cuaderno. Aún hoy es como si lo tuviera a la vista: la palabra en rojo, y el significado en tinta, en columna aparte. Al profesor le temíamos porque, aun de espaldas a la clase, se daba cuenta de qué alumnos estaban hablando y los reprendía. Nos veía en el reflejo de sus gafas.

El quinto año por fin lo hice solo, sin tener que matricular por las noches. Por estos tiempos tenía otros entretenimientos también. Un amigo de mi tío Fernando, Gonzalo Losada, dueño de la editorial del mismo nombre, me pagó la cuota de ingreso al selecto Club Gimnasia y Esgrima, en la Avenida 9 de Julio, donde solía ir a nadar. Además, asistía a la Alianza Francesa. Muchos años después, el conocimiento del francés me ayudaría a viajar y conocer mundo.

Entre los amigos de mi tío Fernando iba de vez en cuando a nuestra casa don Pío del Río Hortega, eminente histólogo, descubridor de la microglia, el tercer elemento del sistema nervioso. Era catedrático en Londres, pero no se sentía a gusto en Inglaterra y emigró a la Argentina, donde trabajaba en un modesto laboratorio, carente de recursos. Su magnitud como científico no se apreciaba en su exterior: un hombre menudo, frágil y tímido. Tenía gran habilidad para hacer cosas de papel plegado (*origami*, o papiroflexia), incluido un

hexaedro perfecto que nadie adivinaba cómo se hacía, cosas que aprendí de él con el tiempo.

Ya estábamos a mediados de la década del 40 y en el bachillerato había actividades contra la dictadura. Yo tenía dos amigos: uno socialista, que me prestó *El socialismo utópico y el socialismo científico*, de Engels, y otro comunista, que me facilitó *Del materialismo histórico y dialéctico*, que era el cuarto capítulo de la *Historia del Partido Comunista*, bolchevique, escrito por Stalin. No me decidí por ninguno de los dos, en realidad ni los leí, pero asistía a unos cursos de defensa personal que daba un norteamericano, en una organización judía de izquierda. También participé en actividades de propaganda, y en enfrentamientos con los fascistas de la Alianza Nacionalista Argentina (en uno de los cuales me partieron la nariz de un puñetazo) y asistí a reuniones conspirativas sin mayor trascendencia. En una de ellas fui elegido secretario de actas de una organización que tuvo una vida efímera. Lo más relevante fue la gran manifestación en el Parque Palermo, con motivo de la Liberación de París, en la que portábamos pancartas contra la dictadura y les echábamos canicas a las patas de los caballos de la policía montada para que resbalaran y se cayeran.

En un escondite que hice en la casa, guardaba dos cachiporras de manguera rellenas con plomo que me había fabricado, y durante un tiempo, un revólver que me prestó mi amigo Héctor, hijo de Ráurich, un marxista teórico que me recomendaba empezar por Spencer mis lecturas de marxismo. Mi familia nunca supo de mi pequeño arsenal, que, por otra parte, jamás llegué a utilizar, aunque hacía planes fantásticos de golpear a un policía para quitarle la pistola.

Tenía unos dieciséis años cuando me enamoré de una muchacha conocida nuestra. Fue un amor platónico, en el que disfrutábamos escuchando música clásica, muy cerca uno

del otro. Un verano se fue con su familia a la playa, a Mar del Plata. Yo no tenía dinero, nada más que lo justo para un viaje en autobús hasta esa ciudad, pero decidí ir. Lo hice colado en el tren, y al llegar allí les dije que estaba en casa de unos amigos. La realidad es que dormí en la playa, envuelto en la arena. Poco después me enamoré de su hermana mayor, casada, con quien tuve un tórrido romance que me hizo madurar emocionalmente y me convirtió en hombre. Mucho le tengo que agradecer a ella. Para ese entonces yo había terminado el bachillerato, excepto la asignatura de idiomas (italiano era lo que había escogido), por lo que no podía ingresar a la Universidad en Buenos Aires. Entonces decidí irme a Córdoba, en esa Universidad aceptaban alumnos libres, y mientras, estudiaba el idioma que me faltaba. Me ayudó a aprenderlo Dahlia, una bellísima italiana de la cual estuve perdidamente enamorado, y con ella me enamoré también del idioma. El italiano sería importante para mí en los años siguientes. Antes, todavía en Buenos Aires, asistí a los cursos de verano preparatorios para entrar a la Universidad. De ellos solo recuerdo a una estudiante griega, cuyo perfil y nombre no he olvidado: Cleopatra Triandafilide. Mi decisión de irme para Córdoba me hizo independiente y significó el comienzo de mi juventud y el abandono de la adolescencia.

Capítulo 6

Amores y política en Córdoba

En Córdoba volví a encontrarme con Osvaldo Bidinost y sus dos hermanas: Ana María y Sofía. Los sábados por la noche nos reuníamos, en la sala de su casa, ellos tres, el novio de Ana María y yo, a bailar boleros y *foxtrot*. En ninguno de los dos me destacué. En una ocasión me invitaron a una estancia que tenían al sur de la provincia, donde lo pasamos muy bien. Fue la primera vez que monté a caballo, pero no llegué a convertirme en un jinete. Más adelante, Osvaldo y yo empezamos a estudiar inglés en el Instituto Cultural Argentino-Norteamericano. Pero como ya tenía mis prejuicios políticos, no aprendí mucho, aunque sí memorizamos las primeras estrofas del Himno. En el transcurso de mi vida me vi obligado a leer libros en inglés y llegué a dominarlo pasivamente. A los 75 años estuve tomando clases para perfeccionar la comprensión auditiva y el habla (lo que no aprendí antes), aunque tampoco adelanté mucho. Osvaldo era un muchacho muy noble y recto, y un buen deportista, participaba en carreras y jugaba al *rugby*. Cuando la dictadura militar, estuvo preso y sufrió torturas con entereza, pero lo superó y luego siguió ejerciendo, como un buen arquitecto que era, en la Universidad de La Plata. Hace pocos años estuvo en Cuba, lo que fue muy emocionante para ambos, y nos contamos nuestras respectivas historias. Era muy amigo también de mi primo Lope. Osvaldo murió hace pocos años.

El problema de escoger carrera no me fue fácil. En la familia había una tradición de artistas reconocidos, empezando por

mi padre, y esto creaba una cierta expectativa de que siguiera ese rumbo. Pero rápidamente decidí que no debía ser segundón, pues no reconocía en mí dotes creativas. Por otro lado, mi tío quería que fuera ingeniero químico, para ayudarlo a él en la cerámica, con los esmaltes. Pero en mí se iba acrecentando un sentido de independencia que me hizo buscar algo totalmente distinto. En mis lecturas había desarrollado una visión romántica de la medicina y había sido influenciado algo por el libro de Ramón Gómez de la Serna, *El doctor inverosímil*, que narraba los recientes descubrimientos en materia de alergia en forma novelada, como si encontrar los alergenos causantes de esa clase de enfermedades fuese un trabajo detectivesco, y eso fue lo que escogí, para sorpresa de todos. Después advertiría que la dimensión social de la medicina me interesaba más que la puramente clínica. Me di cuenta de esto al leer un libro de un autor alemán, Neuchslotz, titulado *La medicina como ciencia y como actividad social*, que influyó mucho en mi formación. Afortunadamente, en mi variada vida profesional pude compaginar ambas vertientes.

Apenas llegar a Córdoba busqué una pensión donde vivir. La encontré en la Calle Bolivia 249, por la parte de atrás de la Escuela de Agronomía; la propietaria era doña Clarita, que fue muy buena conmigo. La pensión incluía el desayuno. Alquilé un cuarto con ventana a la calle. Frente a esa ventana puse mi mesa y ahí estudiaba por las noches. Allí también recibía la visita de algunas vecinas jóvenes que venían a conversar conmigo. Durante un tiempo, un amigo me prestó un gramófono y los discos con las sinfonías de Beethoven, que escuchaba mientras estudiaba.

Córdoba era una ciudad próspera, con cierto desarrollo industrial y una buena urbanización, grandes avenidas diagonales y calles que se cruzaban en ángulo recto. En el centro, como es de rigor, la Plaza General San Martín, y las

estrechas calles del casco antiguo. La ciudad, que está situada en la provincia del mismo nombre y de la cual es la capital, se encuentra en el centro del país y a una cierta altura sobre el nivel del mar, con un clima seco y fresco debido a una cadena montañosa que se destaca al oeste, y cuenta con varias localidades de veraneo en sus estribaciones. Contrasta con Buenos Aires, cuya humedad es agobiante en verano y gélida en invierno. Si mal no recuerdo, dista unos seiscientos kilómetros de la capital, que se podían recorrer en tren o en un buen servicio de ómnibus. Era, clásicamente, un lugar de veraneo para los porteños. Sus habitantes son considerados más abiertos y menos presuntuosos que los porteños, cuya supuesta egolatría da lugar siempre a numerosos chistes, justificados o no.

Al principio recibía de mi tío Fernando una mesada de 50 pesos y, además, un crédito para libros de Medicina que me había dado Losada, el editor ya mencionado, amigo de mi tío. Pero como yo estaba comprometido en actividades políticas que no eran del agrado de mi familia, renuncié a la mesada y me busqué un trabajo; mejor dicho, me lo buscaron. Una amiga de mi tío, que era secretaria del Instituto del Cáncer de la Universidad de Medicina de Córdoba, iba a jubilarse y me recomendó en su lugar. Además, me matriculé en las Academias Pitman para aprender mecanografía, pero no me dio tiempo a concluir el curso antes de comenzar en mi empleo. Como resultado, sabía escribir al tacto, pero cometía errores (como aún me ocurre en la actualidad). El director estaba frustrado, porque mi antecesora era una taquimeca perfecta y las diferencias eran evidentes, pero me soportaba. Aunque, como veremos, esto no duró mucho.

Asistía a clases por las mañanas y trabajaba por la tarde. Pronto, en las largas aulas de la Universidad, me di cuenta de que era corto de vista, por lo que fui a una óptica y me

encargué unas gafas. Entonces descubrí un mundo que no conocía; algo similar me ocurriría muchas décadas después, cuando me puse las primeras lentillas de contacto.

Para ese entonces mis convicciones políticas se estaban definiendo. Recuerdo claramente que cuando leí la *Economía Política* de Novikov, su lógica me convenció y me ganó para el marxismo. Pero todavía no sabía cómo ubicarme en el panorama político argentino. Aunque ahora me avergüenzo un poco, fue un artículo de Victorio Codovilla el que me decidió por el Partido Comunista Argentino, pues entonces lo consideré una aplicación correcta del marxismo a una situación nacional concreta. Fui a inscribirme (entonces era legal), pero como era estudiante, me inscribieron en la Federación Juvenil Comunista (la «Fede», en términos populares). En años subsiguientes me atiborré de literatura marxista. El Partido había sufrido una considerable merma de simpatizantes, porque en las elecciones de 1946 se unió al Partido Radical, que representaba los intereses de la burguesía, y perdió el apoyo de los trabajadores, los cuales seguían la línea populista y antiimperialista (de nombre) del general Perón, que ganó por gran mayoría esas elecciones con el lema «Braden o Perón». Braden era el embajador norteamericano. Perón estaba contra los norteamericanos, principalmente por sus viejas simpatías con el nazismo. Su engañosa demagogia, así como el indiscutible carisma de Evita Duarte (su esposa y secretaria de Bienestar Social) y la legislación laboral que impulsó, dieron a las clases trabajadoras argentinas conciencia de sí mismas y de su fuerza, lo que le hizo gozar de un fervoroso apoyo popular. Esto se evidenció en numerosas manifestaciones multitudinarias de los «descamisados», frente a las cuales Perón y Evita eran aclamados incesantemente. El Partido Comunista Argentino no supo valorar correctamente el movimiento peronista (hermanado con su líder con el

apelativo de «descamisados», y que era una fuerza poderosa), el cual trascendió más de una generación de argentinos. Por eso el Partido Comunista se quedó aislado de las masas.

De todos modos, la pertenencia a las Juventudes Comunistas abrió mis horizontes y amplió mis relaciones. Teníamos reuniones, organizábamos pintadas nocturnas en las paredes, escribíamos carteles (utilizando una pintura disuelta en leche, para que no se corriera), que luego nosotros mismos pegábamos; distribuíamos propaganda, vendíamos en las calles el periódico de la Federación Estudiantil y organizábamos fiestas. Recuerdo que había muchos jóvenes judíos entre nosotros, partidarios del Mapam israelí y con buen nivel intelectual. Hice muchos y buenos amigos y amigas allí. Nos reuníamos en casa de uno u otro a hablar de política y de los escritores norteamericanos progresistas, como John Dos Passos, así como a cantar canciones revolucionarias rusas y de Atahualpa Yupanqui. También tuve allí mi primera novia: Chela Arnela, hija de un abogado que me discutía el marxismo, y la segunda, una hija de rusos llamada Olga Kolesnikova, una belleza rubia, íntegra y apasionada, con la que tenía muchas afinidades, pero a quien dejé cuando me enamoré de una mujer casada. Durante un tiempo trabajé (sin remuneración) como corrector de pruebas de la *Gaceta Universitaria*. Esta experiencia me serviría muchos años después en mis trabajos de traducción, pues aprendí la técnica de la corrección, con sus distintos signos para marcar lo que debe ser enmendado en un texto.

Nuestras actividades políticas eran vigiladas estrechamente por la policía, que tenía un infiltrado en la Juventud Comunista, nada menos que el secretario general de la provincia, como supimos después. La primera vez que caí preso fue en una de las comisarías de barrio, a propósito de unas pintadas

en las paredes. Nos aplicaron el «teléfono» (golpes con la palma de la mano en los oídos), pero no fue tan terrible. Lo peor del caso fue que informaron a la Universidad y me cesantearon de mi trabajo en el Instituto del Cáncer. La policía contaba, sobre todo, con dos detectives que nos perseguían: Gordillo, un hombre regordete y dado a la violencia, que siempre nos daba algunos golpes, y una vez me rasgó una corbata solo porque era roja; el otro, conocido por Dante, era más alto y frío. Se jactaba de recordar las caras de todos los comunistas de la provincia y decía que a él no le engañaban los disfraces, pues se fijaba en el modo de caminar, que es propio de cada persona. Mi siguiente trabajo fue como celador en un bachillerato nocturno. Entonces seguía el régimen de vida más irracional que uno pueda imaginar: iba por la mañana a la Universidad, por la tarde dormía, por la noche al trabajo y luego estudiaba toda la madrugada hasta la mañana. Así y todo iba sacando mis exámenes.

Por estos años seguía encontrándome con los González Aguilar y un vecino de ellos, Ernesto Guevara, así como su prima, la «Negrita» Córdova Iturburu de la Serna, a quien ya mencioné, hija del poeta y periodista Córdova Iturburu. Me enamoré de ella a primera vista. Era una muchacha muy interesante y culta, que inclusive escribía poesía. En un juego de prendas con ellos, no recuerdo en qué lugar de las afueras de Córdoba, perdí, y el castigo fue escribirle una declaración de amor. Lo hice, pero dándole a entender que por debajo del castigo había sentimientos reales. Nos carteamos durante un tiempo (a ella le enviaba la correspondencia a Buenos Aires), pero no llegamos a nada. Tenía mucha más madurez que yo. Según supe después, Ernesto tuvo más éxito en llegar a su corazón. Él era un muchacho asmático, pero con una voluntad de acero y temerario a más no poder. Practicaba *rugby*, y

no temía tirarse, desde rocas altas, a las gélidas aguas de las pozas de los arroyos de la Sierra.

Como yo llevaba pendiente una asignatura del bachillerato, me había matriculado en la Facultad de Medicina de la Universidad de Córdoba en calidad de alumno libre, lo que me permitía asistir a las clases y prácticas como todo el mundo. A fin de año examiné el italiano y luego hice los exámenes de primer año de Medicina, principalmente Anatomía Descriptiva I, por el famoso *Testut*, voluminoso manual que era el terror de los estudiantes de los primeros años de la carrera. Tuve grandes dificultades para aprenderme tantos detalles anatómicos de memoria, pero aprobé los exámenes. La mayoría de las clases eran teóricas, hacíamos muy poca disección.

Por mis actividades políticas había conocido a los hermanos Unsain, españoles, a través de los cuales tenía contacto con representantes en Argentina del Partido Comunista de España. De ellos recibía orientaciones para mi trabajo de proselitismo y solidaridad con la guerrilla republicana. Mi progresivo desencanto en el Partido Comunista Argentino contribuyó, más adelante, a que me volcara cada vez con mayor énfasis en las tareas de solidaridad con los guerrilleros españoles. El representante del Partido se llamaba (o decía llamarse) Antonio Pombo. Pero cuando muchos años después, ya en Cuba, di su nombre en el proceso de verificación para ingresar al Partido Comunista de Cuba, no pudieron dar con él. Esto demoró varios años mi ingreso al Partido.

Durante esta etapa en Córdoba tenía amistad y hacía proselitismo con los dirigentes estudiantiles de la época: Gorriti y los hermanos Roca (Gregorio y Gustavo), así como con distintos profesionales que hacían donaciones a la causa de la solidaridad con la lucha antifranquista. En un momento dado, mi trabajo en el bachillerato nocturno empezó a ser incompatible con mis estudios y actividades políticas. Lo dejé y me

dediqué a poner inyecciones a domicilio. Tenía muy buena técnica y los pacientes me elogiaban porque no les dolía. Era un buen momento, pues acababa de salir la penicilina, que se ponía cada cuatro horas, y ganaba para vivir. Pero estas obligaciones a horas fijas empezaban a verse también dificultadas por mis actividades políticas, y poco a poco fui abandonando las inyecciones. Empecé entonces a vender libros a domicilio, pero creo que no logré salir de ninguno. Al final, cuando estaba ya en cuarto año de la carrera, acabé como funcionario del Partido Comunista Argentino, realizando actividades de propaganda, fundamentalmente.

En la segunda mitad de la década del 40 fue mi romance con la mujer casada. Aprovechaba para ir a Buenos Aires con cualquier pretexto para verla. Me había dado una llave de su casa, con la que entraba de noche a su dormitorio (dormía separada de su marido), hasta que quedó embarazada. Nunca supe si el hijo fue mío o del marido.

Esto era durante el primer año de la carrera todavía, en el cual hicimos una huelga demandando «¡Más cadáveres para disecar!» En ocasión de la huelga me uní a unos amigos con ideas anarquizantes y pusimos unas bombitas en la puerta de las casas de los rompehuelgas. Yo leía afanosamente *Sobre la marcha*, de Luis Carlos Prestes, el Caballero de la Esperanza, en Brasil, así como la historia de la Insurrección de Octubre en San Petersburgo y la *Técnica del golpe de Estado*, de Curzio Malaparte. Me sentía intelectual y románticamente atraído por la lucha armada. Al secretario del Partido en la provincia de Córdoba, un veterano de las luchas sindicales, no le hacía mucha gracia esto. Me citó a una reunión y me hicieron una amonestación. Yo argumenté que debíamos estar preparados para la lucha armada, pero él me contestó que cuando llegara ese momento, el Partido nos prepararía.

Por estos tiempos exhibieron en un cine de Córdoba la primera película procedente de una democracia popular, exactamente Hungría. No sospechaba entonces que algún día viviría en ese país. La película se llamaba *En algún lugar de Europa (Valahol Európában)*, y trataba el problema de los niños abandonados después de la guerra. Los jóvenes comunistas nos dimos cita en el cine, en la Avenida Vélez Sarsfield, y organizamos una manifestación relámpago, técnica que estaba muy de moda: nos citábamos a una hora exacta en una esquina, por lo general, para tener más vías de escape; un orador pronunciaba una arenga, distribuíamos octavillas y nos disolvíamos rápidamente, antes de que llegara la policía. En el cine, la oscuridad nos sirvió de cubierta. En aquellos momentos yo era secretario de Propaganda de la «Fede» en la provincia de Córdoba y tenía que ver con las pintadas, la prensa y los actos de propaganda.

Por otro lado, los hermanos Unsain me hablaban de los guerrilleros españoles que luchaban en las montañas contra el franquismo. Poco a poco, como expresé ya, me fui desencantando del Partido Comunista Argentino y mi actividad se fue centrando mucho en la solidaridad con el pueblo español, en forma de declaraciones, colectas de dinero y cosas parecidas. Mi ilusión era incorporarme alguna vez a la guerrilla republicana.

Aparte de estas actividades, acudía dos veces a la semana a un dispensario que tenía la Federación Universitaria en un barrio pobre, donde el doctor José Géller y otros médicos y estudiantes brindábamos atención médica a los pobladores. Yo ponía inyecciones, hacía curaciones y tomaba la tensión arterial. Sentía que empezaba a ser médico.

Capítulo 7

Prisión y asilo político

En todos esos años caí preso varias veces, por lo general por algunas horas o días. La última vez que me detuvieron, a finales de la década del 40, me sancionaron a 30 días en la prisión provincial. La cárcel siempre era mejor que las comisarías, o que la Brigada de Orden Político y Social. Las condiciones no eran malas, recibíamos visitas y teníamos libros, dábamos seminarios y cosas por el estilo. Una madrugada, cuando llevábamos ya varios días en prisión, vinieron unos policías armados y nos sacaron a varios de nosotros, sin nuestras pertenencias; nos esposaron y nos metieron en una furgoneta, que se puso en movimiento hacia las afueras de la ciudad. Ya pensábamos que nos iban a fusilar. Durante el trayecto pude darle un recado al policía que nos vigilaba atrás, para que avisara a un amigo. Por fin llegamos a un pequeño aeropuerto militar, nos subieron a un avión, nos encadenaron al fuselaje y partimos con rumbo desconocido.

A nuestra llegada a Buenos Aires nos esperaban policías de civil armados. En varios automóviles nos trasladaron a la siniestra Sección Especial para la Represión del Comunismo, donde nos metieron hacinados en pequeñas celdas individuales, a razón de ocho en cada una. Solo podíamos estar de pie. Desde allí oíamos gritos de dolor, como de personas a quienes estuvieran torturando, pero posiblemente fueran grabaciones de sesiones de tortura pasadas; a nosotros no nos torturaron. Cuando llevábamos más de una semana, a algunos nos dieron la tarea de limpiar las oficinas, donde

pude ver una pared llena de archivadores y leer algunos de los rótulos con los nombres que contenían. Pero, al principio, no puedo decir cuántas horas estuvimos hacinados en esas celdas. Del grupo de Córdoba estaban también el Gordo Colman, un hombretón que siempre estaba de buen humor, nacido en Besarabia; Samuel Kiczkovsky, estudiante de Medicina de origen polaco, y Aarón, un judío ucraniano, viejo, delgado y sumamente inestable y neurótico: era el eslabón más débil de la cadena. Además, había otros procedentes del propio Buenos Aires, entre los que se encontraban pacíficos comerciantes, que solo contribuían económicamente al Partido; pero todos éramos extranjeros. A Samuel tengo entendido que lo asesinaron años después, a raíz del brote guerrillero de Salta, pero no tengo confirmada la noticia. Las horas pasaban y no nos dejaban siquiera ir al baño a hacer nuestras necesidades. Esto era aún más grave, porque nos habían dado un rancho maloliente al que le habían echado purgante. Yo solo comí algunos trozos sólidos de patatas y no sufrí tanto como los que tomaron el caldo. En realidad sufrimos maltratos verbales y la incomodidad de la celda, pero no nos torturaron. En esas condiciones estuvimos varios días, hasta que una mañana nos mandaron a asear y nos llevaron a una oficina donde nos interrogaron policías uniformados. Declaramos las cuestiones obvias, pero no estaban tan interesados en obtener información como en comunicarnos que habíamos sido puestos a disposición del Poder Ejecutivo en virtud de la Ley 4144, que establecía la deportación a su país de origen de los extranjeros indeseables. El cambio de trato fue notable. Luego supimos que mi madre y otros familiares habían acudido a los jueces, ante quienes presentaron recursos de *hábeas corpus*, y que un juez se había personado en la Sección Especial para hacer una inspección visual y dar fe de nuestra existencia y estado. La policía quería que

firmásemos la deportación voluntaria, a lo que nos negamos, porque esa era la política del Partido.

Entonces nos reubicaron en los calabozos de la Policía Judicial, donde estuvimos dos o tres semanas. Me tocó como compañero de celda Samuel, que era mi contrincante en el ajedrez. Con un lápiz que yo llevaba, dibujamos un tablero en la meseta de cemento y moldeamos las figuras con miga de pan. Nos pasábamos el día entero jugando y el tiempo se fue volando.

Por fin fuimos trasladados a la prisión de Villa Devoto. Esta era una institución moderna; es decir, pocos muros y muchas rejas, con las «comodidades» que pueden esperarse en una prisión. Nos llevaron a la «piojera», que era el pabellón donde recluían a los indigentes, vagabundos y pordioseros. Aunque nosotros, que éramos veinte aproximadamente, estábamos en una celda separada, en la parte delantera no había paredes sino rejas, de modo que tuvimos que acostumbrarnos al hedor de gente que hacía años no se bañaba. Además, las duchas estaban dentro de la «piojera». Pero las condiciones, pese a esto, eran humanas; teníamos una litera para cada uno y podíamos recibir visitas, no recuerdo con qué frecuencia, pero eran esperadas con ansiedad. Siempre nos traían algunas cosas. Una vez cuando el Gordo Colman tuvo visita, me dio un tubo de pasta de dientes elaborada (me dijo) de aceite de hígado de bacalao, por eso de las vitaminas, que era una preocupación constante entre nosotros por la falta de sol. La estuve usando dos días, no hacía espuma y de verdad sabía a pescado. Por fin el Gordo no pudo más y se echó a reír: resulta que era pasta de pescado para hacer sándwiches, él le había quitado la etiqueta y me hizo la broma, de la que se reían todos los compañeros de celda. Mientras, en la calle, se intensificaba la campaña en favor nuestro. Mi madre viajó al Uruguay y se entrevistó en Montevideo con el

presidente de la República, a quien le solicitó que me brindara asilo político, lo que él aceptó con la condición de que me comprometiera por escrito a no realizar actividades políticas, una condición que yo no podía aceptar. Me había hecho traer a la cárcel unos libros de Fisioterapia, los que estudiaba con ahínco. Pensaba dar masajes para costearme los estudios una vez que saliera en libertad.

Nos turnábamos para hacer la limpieza de la celda, diariamente; lavábamos nuestra ropa y jugábamos ajedrez, aparte del estudio. En una ocasión me sorprendieron cuando daba un seminario de filosofía marxista y me castigaron a 20 días de reclusión solitaria en el pabellón celular, al otro extremo de la cárcel. Conseguí llevarme escondidos un trozo de lápiz y un poco de papel, y escribía o dibujaba en las paredes para que el tiempo pasara más rápido. Un día oí una voz de ultratumba, aunque no había nadie más que yo dentro de la celda. La voz me orientó que me acercara al grifo de agua y lo abriera (ponían el agua solo dos veces al día), y entonces me di cuenta de que las cañerías del agua vacías eran un comunicador excelente. Mi vecino era un italiano al que habían detenido por no sé qué motivo. Nos pasábamos largas horas al día conversando; él hablándome de su país, yo de nuestra lucha. Aprendí varias canciones populares italianas que todavía recuerdo. Él me explicaba que los compositores más conocidos desvirtuaban las canciones populares añadiendo estrofas cursis. Me dio el ejemplo de De Curtis y su canción «*Partirono le rondine...*», que era mala poesía para introducir el tema popular verdadero: «*Non ti scordar' di me...*», que formaba el estribillo. Por fin decidí hacer una huelga de hambre, y cuando llevaba dieciocho días de aislamiento, me levantaron el castigo. Por un tiempo estuvo preso también, en Villa Devoto, el gran cantante y compositor

popular Atahualpa Yupanqui, de quien todos nosotros éramos fervientes admiradores.

En la cárcel, las revisiones de las celdas eran cotidianas. Consistían en probar las rejas, golpeándolas con una barra de hierro. Este concierto empezaba por la mañana y duraba hasta que terminaban, en la otra punta del edificio, por la tarde. También había requisas frecuentes en las celdas. Teníamos derecho a algunas visitas esporádicamente, casi siempre venían compañeras de las organizaciones de solidaridad. Por una de esas casualidades me encontré con una de ellas en Cuba, en los años sesenta. Se acordaba de mí. Mi familia no me vino a visitar. Mi tío era empleado gubernamental y mi detención le pudo haber costado el puesto, aunque, por suerte para él, yo vivía aparte. La única persona que me visitó asiduamente, aunque debía viajar desde Córdoba, era Dahlia Camplani, una italiana de Brescia, pelirroja y de magnéticos ojos verdes (la que me había ayudado con el italiano). Tenía 38 años, era divorciada, con una hija de 9 años. Nos habíamos enamorado apasionadamente uno del otro desde que nos conocimos en una consulta médica, donde ella trabajaba como asistente; también era trabajadora social. Aparte de las visitas, nos escribíamos interminables cartas en italiano. Más adelante volveré a ella. La placidez de nuestra estancia en prisión se vio interrumpida bruscamente. Sin mediar aviso, deportaron al Paraguay de Stroessner a un joven de esa nacionalidad que estaba con nosotros. Poco después se corrió la voz de que lo habían asesinado en ese país. Esto movilizó al Partido para conseguir asilo político para los tres españoles que estábamos en prisión bajo la 4144, ya que nuestras vidas también corrían potencialmente peligro si nos deportaban a la España franquista. Cuando vino a verme un abogado que envió el Partido Comunista Argentino, le dije que quería ir a Checoslovaquia, que era la democracia

popular más conocida y en cierto modo más occidental. Pero no fue posible. Ese país acababa de recibir a muchos refugiados de la guerrilla griega y estaba a tope. Tenía que ser Hungría, de la que no conocíamos nada. Pedí diccionarios, pero solo había uno pequeño, sin gramática ni fonética. Seis o siete años más tarde colaboraría con un lingüista húngaro en redactar el primer diccionario español-húngaro y húngaro-español digno de tal nombre. Aparezco como colaborador principal. (Aquí lo tengo, a la vista.) Creo que han salido ya numerosas ediciones.

El abogado se movía intensamente. Me consiguió un pasaporte español y un carnet de nacionalidad, ya que nunca me había presentado al Consulado franquista y no tenía carné de nacionalidad. He conservado este pasaporte. Dice mis generales, y luego se puede leer: «Motivo del Viaje: deportado por el Gobierno Argentino. Validez: un solo viaje». Seguían mis dificultades con la documentación y las autoridades, todo lo cual me había augurado Aida la Gorda en el horóscopo.

Me llevaron a la Policía de Inmigración, de la que recuerdo, sobre todo, las chinches. Un funcionario consular de la Embajada de Hungría me dio la visa de entrada a ese país; muchos años después me lo encontré en Hungría, donde estaba como diplomático. Mi madre y Dahlia vinieron a despedirme y me trajeron ropa (hasta entonces vestía el pijama que llevaba puesto cuando me secuestraron de la prisión provincial de Córdoba). Unos cantantes que estaban allí me robaron una buena parte, pero no me preocupaba: salía en libertad, otra vez a cruzar el Atlántico, ahora en el *Santa Ana*, un barco italiano de carga y pasajeros, e iba a vivir en una de las democracias populares donde mis creencias habían triunfado y se habían hecho realidad. Viajaba en camarote y comía en el comedor. Iba leyendo un libro de Medicina, preparándome para reanudar mis estudios en Hungría. En el comedor, un

italiano tocaba al piano una pegajosa melodía romántica que debió componer él, pues nunca la he vuelto a oír, aunque la recuerdo perfectamente. Él había luchado con los nazis contra los soviéticos, y discutíamos mucho. Me decía que los soldados soviéticos violaban a todas las mujeres cuando entraban a los pueblos y las ciudades, y yo le decía que no era verdad. Sin darme cuenta, me había vuelto sectario. Pero, recordando bien, ya lo era con anterioridad. Había leído para entonces los relatos del asesinato de Trotski, desde el punto de vista de ambos bandos, pero creí la versión de los comunistas ortodoxos, explicada en un libro muy bien impreso, editado en Cuba, aunque posiblemente subvencionado por los soviéticos.

Viajaba con otros dos españoles del grupo, un gallego extrovertido y otro, no sé de cuál región de España, enjuto e introvertido, con una guitarra. Nos habían dado un dinero para el viaje y para los primeros días en Budapest. El barco subía bordeando Uruguay y Brasil. Habían advertido a todos los puertos que viajaban tres «subversivos internacionales», de modo que al detenernos en las diferentes escalas, nos encerraban en el camarote con llave, para evitar que fuéramos a desembarcar. Así ocurrió en Montevideo y en Río de Janeiro. En Santos, en cambio, donde la escala era un poco más larga, unos policías gigantescos nos bajaron a tierra y nos encerraron en un calabozo. Oíamos la sirena del barco a punto de zarpar y no nos abrían, ya creíamos que nos iban a dejar allí. Pero fue una falsa alarma. En Río de Janeiro subió al barco mi tío Martín, a quien no veía desde mi infancia; me abrazó, habló conmigo y me dio 50 dólares. Luego seguimos directo hasta Milán, donde compramos el pasaje en tren para Viena-Budapest. No recuerdo nada de este tramo del viaje.

Vida III

Estudiante y médico en Hungría

Capítulo 8

Nos encontramos con el socialismo

El viaje a Hungría (*Magyarország*, o «país magiar») cerró una etapa de mi vida, la segunda de mis vidas sucesivas. Mi estancia en Argentina, en especial en los años de la Universidad, fue caótica y compleja. Me ha sido muy difícil describirla, siquiera esquemáticamente, porque todo se entrelazaba en el tiempo y en el espacio, y dentro de mí mismo también. Tuve que buscar (no sé si lo logré) un equilibrio entre el enfoque temático y el cronológico. Algo parecido me ocurriría al narrar los acontecimientos en Cuba que transcurrieron a mediados de la década del setenta. Como logros de esta etapa de mi vida podría mencionar el haber podido aprobar tres años y medio de la carrera, en condiciones bien complicadas. Por ejemplo, a partir del segundo año, la policía me detenía sistemáticamente en época de exámenes. El estudio, el trabajo, la actividad política y la vida social y sentimental se entremezclaban de forma inextricable, difícil de exponer linealmente en un relato como este. Otros logros fueron adquirir una cierta experiencia política y llevar adelante mi vida sentimental. El viaje en barco me permitió sedimentar todas esas vivencias y prepararme para la nueva vida que me esperaba en Hungría y que aún no podía vislumbrar.

La llegada a Budapest no significó mucho emocionalmente. No nos estaba esperando nadie, y los policías de fronteras nos dijeron que debíamos presentarnos en Inmigración, en el KEOKH (*Külföldieket Ellenőrző Országos Központi Hivatal*), es decir, la Autoridad Central Nacional para el Control de

Extranjeros (¡vaya nombrecito!), y conseguir alojamiento. Esto último lo logramos en el Nemzeti Hotel (Hotel Nacional), aunque el dinero nos alcanzaría solo durante unos pocos días, debido a ello insistí varias veces en Inmigración para que nos consiguieran trabajo. Llevaba en la mano aquel pequeño y primitivo diccionario que conseguí al saber el destino de mi viaje y buscaba la palabra española que quería traducir y les enseñaba la equivalente húngara, que no sabía pronunciar. Mientras estaba en estas gestiones, que parecían infructuosas, me hice amigo de una camarera del hotel, que hablaba italiano, y ella nos arrendó un cuarto diminuto para los tres. Los de Inmigración no se daban por enterados de nuestra urgencia para trabajar, a fin de poder sobrevivir, pues realmente el dinero ya se estaba acabando.

Un día, cuando estábamos en nuestro cuarto, se aparecieron dos visitantes, un húngaro y un español. Este último era el camarada Vicente Arroyo (Anguiano), responsable del colectivo de españoles que vivían en Budapest y también representante del Partido Comunista de España en Hungría. Era un viejecito de blanca cabellera, enérgico y con voz tronante. El húngaro era el camarada János Ruzs, y debía ser el responsable de España en el Departamento de Relaciones Exteriores del Partido de los comunistas húngaros. Con él nos relacionaríamos a lo largo de aquellos años. Nos explicaron que se había demorado la notificación de nuestra llegada y por eso no nos fueron a esperar a la estación. A la húngara la criticaron duramente por habernos alquilado el cuarto (eso estaba prohibido allí entonces), y nos hicieron recoger nuestro equipaje para llevarnos a un piso disponible y amueblado, en Pest. También, en días sucesivos, nos hicieron un reconocimiento médico completo en un policlínico.

Para hablar un poco de Budapest diré que en realidad está compuesta por dos ciudades distintas: Buda y Pest, que

todavía se diferencian completamente una de la otra. Las separa el río Danubio (que no es azul, sino de color terroso, y corre de norte a sur), aunque hay seis puentes que unen ambas riberas y las comunican entre sí. Los más bellos son el Puente de las Cadenas y el Puente Margarita. Buda es la parte occidental. Está formada por una meseta junto a numerosas pequeñas colinas, en la más alta de las cuales se encuentran el Palacio Real y la Iglesia de San Matías, uno de los reyes famosos de Hungría. A su lado se puede apreciar la estatua de Esteban I (Szent István), el rey húngaro que convirtió el país al cristianismo, hace algo más de mil años atrás. También el Bastión de los Pescadores, que rememora la parte de la ciudad amurallada, cuya defensa corría a cargo de este gremio. Además de estos monumentos, hay numerosas casas en las laderas de las colinas; se trata de casas de buena fabricación, que anteriormente debieron pertenecer a la nobleza y la burguesía. El trazado urbanístico es irregular, pues sigue la configuración de las colinas y los vallecitos, todos cubiertos de vegetación: flores y muchos árboles frutales.

Pest se halla al este del Danubio, es plana y tiene un trazado urbanístico moderno, con las avenidas principales formando una semicircunferencia abierta hacia el río y las otras calles saliendo en forma radial desde el centro. La edificación es de tipo clase media, pero tiene casi todo el comercio de la ciudad, especialmente en la calle Vörösmarty, que corre paralela al Danubio. En Pest se encuentra el Parlamento (una grandiosa edificación), los ministerios, la Universidad y la mayoría de los hospitales. También está el Metro, que fue el primero de Europa, y va desde la Plaza Vörösmarty hasta el Parque de los Héroes, donde tenían lugar los desfiles militares y de masas en las efemérides patrias e internacionales, como el Primero de Mayo, el Aniversario de la Revolución de Octubre y otros.

Entre esas dos ciudades, Buda y Pest, en el centro del Danubio, se encuentra la isla Margarita, que tiene parques, campos deportivos y un hotel. Un lugar perfecto para pasear.

De los camaradas que nos habían buscado alojamiento, János Rusz era un veterano de las Brigadas Internacionales que lucharon en España. Allí lo hirieron en la cabeza, en la que tenía una placa de metal. Era totalmente inexpresivo y padecía frecuentes dolores de cabeza como resultado de la herida. Apenas hablaba, lo contrario de Anguiano. Nos explicaron que viviríamos allí, que formaríamos parte del colectivo de camaradas españoles y que nos darían trabajo. Creo que nos dieron también un dinero de bolsillo, pero no puedo recordar cuándo ni cuánto. Me dijeron que yo, como sabía idiomas (francés e italiano y algo de inglés), podría trabajar en la Federación Mundial de las Juventudes Democráticas, que tenía su sede en Budapest, donde tendría buen sueldo y otras facilidades. Pero yo, movido por un romanticismo que (por suerte, o por desgracia) siempre llevé conmigo hasta hace pocos años, les dije que quería ir a trabajar a una fábrica para conocer el socialismo por dentro y, de paso, aprender el húngaro. Mi objetivo seguía siendo terminar la carrera, aunque estábamos a mitad de curso y hasta septiembre no podría matricular.

Nos pusieron a trabajar en una fábrica de medios de transporte para la agricultura (*Mezőgazdasági Szállítóberendezések Gyára*), que estaba a unas decenas de kilómetros al sur de Budapest, por la ribera este del Danubio. Teníamos que levantarnos a las tres de la madrugada para coger un tranvía que nos llevara hasta la estación de trenes de las cercanías, hacer un viaje que duraba alrededor de tres cuartos de hora, para llegar a tiempo y marcar el reloj a las siete. Nos pusieron a trabajar como aprendices en unas máquinas de taladrar, por lo que recibiríamos un estipendio fijo hasta graduarnos. A

partir de entonces cobraríamos según el rendimiento, es decir, a destajo. Cuando esto ocurrió, varios meses después, mi salario bajó drásticamente porque no había podido aprender a afilar las mechas o trócares y perdía mucho tiempo en esta operación. Otra experiencia novedosa fue la comida húngara, que, desde luego, no era como la de un restaurante. Había, sobre todo, unos platos aderezados con azúcar que para mí eran prácticamente incomibles. Más tarde aprendería a saborear los gustosos platos húngaros, con mucha páprika (pimiento picante). Todos los días llevaba mi diccionario a la fábrica y lo ponía al lado del taladro, utilizándolo en cada ocasión en que tenía que comunicarme con otros obreros. Pero no aprendí mucho, porque la fonética era tan distinta y complicada que uno no reconocía los sonidos, y mucho menos intentar vincularlos con las palabras escritas. Conocedores de esto, los propios húngaros comentaban con chanza que el húngaro había sido inventado por el mismísimo Diablo una noche que estaba borracho.

Nos habían dado también los cupones de racionamiento de los alimentos, pero pronto nos dimos cuenta de que los tenderos nos estafaban y dejaban de darnos productos que nos correspondían. De ahí que, casi todas las noches, lo que comíamos de cena eran patatas hervidas con harina. En fin, que nuestra primera experiencia con la distribución socialista no fue muy gloriosa.

Por este tiempo llegaron nuevos camaradas españoles de Francia y Córcega. Eran antiguos maquis del Partido Comunista de España (guerrilleros que se enfrentaron a los nazis) y habían sido deportados por el gobierno francés. Casi todos, obreros sencillos y leales que se incorporaron al trabajo, principalmente del Metro de Budapest, que estaban ampliando y modernizando con nuevas líneas. Juntos constituimos una célula del Partido Comunista de España, donde discutíamos

en particular los materiales del Comité Central. De entre esos camaradas recuerdo a Sarroca, un veterano de Matthausen, quien después de la guerra fue indemnizado; también a la familia Sáez, a Nieto y a Cabello. Este último era un joven casi analfabeto y manco, pero con mucha voluntad e inteligencia natural. Se inscribió en un bachillerato acelerado para hijos de trabajadores, lo terminó y estudió Ciencias Agropecuarias. Muchos años después lo encontraría en Cuba, hecho todo un Doctor en Ciencias Agropecuarias.

Capítulo 9

Universidad. Matrimonio. Viajes

En septiembre de 1952 comenzaron los cursos en la Facultad de Medicina, y yo me incorporé. Me habían asignado una beca generosa, la que estaba establecida para los extranjeros, y una plaza en un internado para estudiantes. Inicialmente me matriculé en cuarto año, pero al mes me pasaron a tercero porque los planes de estudio argentinos y húngaros no se correspondían. Iba a las clases y a los trabajos prácticos sin entender una sola palabra. Y de los libros, menos todavía. Me fui defendiendo un poco con el italiano porque encontré un diccionario húngaro-italiano, y mi compañero de cuarto, Gábor (Gabriel) Gerö, así como un profesor auxiliar de Patología, el doctor Pataki, también sabían ese idioma. Por fin me tracé una estrategia. A finales del semestre tenía el primer examen, de Fisiología Patológica, y decidí concentrarme en él. Me puse a estudiar este texto, dejando de lado todos los demás. Iba avanzando palabra por palabra y renglón por renglón, la buscaba en el diccionario y le preguntaba a mi compañero de cuarto, o al profesor auxiliar, y ellos me la decían en italiano. Luego la apuntaba en el margen. Tardé dos meses en hacer la primera lectura, un mes la segunda, dos semanas la tercera y una semana el repaso final. Decidí examinarme en húngaro, aunque me habían dado la posibilidad de usar un intérprete. Aprobé, con cuatro puntos sobre cinco. En ese entonces sabía el húngaro de la Fisiología Patológica, pero nada más; no podía sostener siquiera una conversación elemental en húngaro ni entender las clases.

Luego empecé con las asignaturas que debía examinar a fin de año y las fui dominando una por una; seguí estudiando en el verano y examinándolas con cierto intervalo, una detrás de la otra. Como resultado, cuando llegó el próximo septiembre ya había examinado todas las asignaturas del tercer año y pude matricular el cuarto. Lo estoy escribiendo, pero todavía no sé cómo lo logré. Y algo más: al asistir a la primera clase de cuarto año, me di cuenta de que entendía casi todo, e inclusive podía tomar notas en húngaro. Esto fue un salto dialéctico cualitativo.

Estábamos a principios de la década del 50 y se realizaba en Budapest una reunión creo que del Consejo Mundial de la Paz u otra organización internacional parecida. Contratar traductores simultáneos era muy caro, pero se utilizaban también aficionados, generalmente comunistas o simpatizantes, de diversos países. Me llamaron para traducir del francés al español y me salió bien, de modo que traduje durante todo el evento. No era tan difícil, porque la temática era uniforme y conocida, y la mayoría de los oradores no eran franceses nativos, por lo que su pronunciación resultaba más fácil de entender. Me gustó el trabajo: uno debía desdoblarse, prestando atención a lo que oía por el auricular y hablando casi automáticamente. Así inicié una profesión paralela que me permitió viajar y ver mundo, y asistir a numerosos congresos y reuniones internacionales. En los años subsiguientes viajé a distintos países para traducir. Me acuerdo de una anécdota. Una compañera estaba traduciendo del húngaro al francés y, de repente, no se acordó cómo se decía en este idioma «abono químico». Entonces tradujo literalmente, y también un poco vulgarmente, la expresión húngara, diciendo «*merde artificielle*» (mierda artificial). También asistí a algunas actividades internacionales como representante de las Juventudes Socialistas Unificadas de España. En conjunto visité la Unión

Soviética, China, Vietnam, República Democrática Alemana, Polonia, Suecia, Ceilán, Irak, Rumania y Bulgaria. ¡Qué más podía pedir yo! No nos pagaban más que un dinerito de bolsillo, pero el viaje valía más que todo eso, teniendo en cuenta que vivía en un país casi completamente cerrado al extranjero. La última tarea de este tipo (hacia 1960) fue traducir el discurso de János Kádár, primer secretario del Partido Socialista Obrero Húngaro, en el Primer Congreso de este partido. Resultó un discurso largo y complejo, pues no era leído sino improvisado, y por lo tanto no había traducción en ningún idioma, de modo que tuve que traducirlo «de oído».

Por aquella época había conocido a Luis de Azcárate, representante de las Juventudes Socialistas Unificadas en la Federación Mundial de las Juventudes Democráticas (FMJD), con sede en Budapest. Con su mayor experiencia política y conocimiento de mundo, se convirtió en mi mentor político y personal. Él me aconsejó tomar una decisión que me resultaba difícil: Dahlia me había escrito y quería venir a Hungría, por supuesto, con su hija. Yo dudaba, porque seguía enamorado de ella. Luis me hizo ver que la diferencia de edades se iba a acentuar con el tiempo, además de las dificultades de adaptación para la niña. Me convenció y le escribí que no viniera. Con esto zanjé una etapa en mi vida y corté el penúltimo lazo que me unía a la Argentina. El último era mi madre. Cuando ya estaba estabilizado y conocía algo de húngaro, la llevé conmigo e inmediatamente le asignaron una pensión vitalicia. Desde entonces, el famoso «telón de acero» me aisló completamente de la Argentina.

Sin embargo, poco a poco me relacioné con la comunidad de sudamericanos residentes en Budapest. Menciono especialmente a Judith Weiner, chilena que hacía de intérprete oficial a visitantes, y a los argentinos Leopold Szinetár y Gábor Margittai, un muchacho de mi edad, muy hablador. Nos

reuníamos con frecuencia. Precisamente estábamos juntos a poco de llegar yo a Hungría, cuando Mátyás Rákosi (el primer secretario del Partido Comunista húngaro) pronunció un discurso difundido por la radio, anunciando medidas más rigurosas para la población, que fue escuchado con tensa expectativa por todo el mundo. Sin sospecharlo entonces, mi amiga Judith jugó años después un papel relacionado con mi viaje a Cuba.

La vida en Hungría está muy marcada por las estaciones del año. En verano es un vergel, hay abundancia de frutas, en particular las uvas, de cuyas vendimias hacen vinos excelentes, y ciruelas, melocotones, albaricoques, también variedad de verduras, y un sol que brilla radiante. Las amas de casa aprovechan para preparar conservas, encurtidos, en primer lugar la col agria (componente esencial de numerosos platos húngaros), de mucho contenido vitamínico, y aguardiente destilado (*pálinka*) de frutas, como el de ciruela y el de albaricoque, que pueden tener hasta sesenta grados de contenido alcohólico. Y tanto o más importante es el momento de hacer acopio del carbón para calentar la casa todo el invierno y el otoño. Las familias húngaras no están tranquilas hasta que tienen el sótano lleno de carbón (en forma de briquetas) y leña, es algo que han aprendido tras muchos lustros de guerra y de privaciones. En casi todas las casas hay grandes chimeneas de cerámica, que prácticamente no se apagan hasta que vuelve el calor. En el otoño vienen las lluvias, los días se acortan, pero todavía hay frutas, especialmente uvas. En la residencia estudiantil ponían el agua caliente una vez a la semana, que era cuando se bañaban los estudiantes. Todos me miraron asombrados cuando pedí que pusieran el agua (fría) para ducharme un día entre semana, esto allí no era costumbre. El invierno es crudo y los días se acortan de tal manera que a las tres de la tarde ya oscurece. Es época

de manzanas, nueces y castañas, estas últimas se venden asadas en las calles. Tiene el incentivo de la nieve (cuando cae), que ilumina el paisaje, y abundan el esquí y los trineos, especialmente para los niños. En primavera se desarrolla en la población un síndrome depresivo y carencial por la falta de luz y vitaminas, mientras las conservas se van acabando, lo que favorece la aparición de distintas enfermedades. Con la llegada de la primavera lo primero que se ve en el mercado son los cebollinos y los pimientos (páprika) verdes y blancos, dulces o picantes, que contienen mucha vitamina C, de la que está sediento el organismo. La gente se abalanza a los mercados y paga cualquier precio por una verdura o fruta fresca. Luego vienen las fresas y las cerezas y, más tarde, ya en verano, las otras frutas y verduras. Al mismo tiempo, la gente se sienta en los parques para recibir los primeros rayos de sol en muchos meses.

Por esta época me había enamorado de una estudiante de Medicina de mi edad, que vivía en la misma residencia, en el pabellón de las muchachas, e iba a un curso por debajo del mío: Isabel Dubecz. Isabel tenía muchos méritos. Era hija de un campesino pobre que tenía unos viñedos seleccionados en Szentendre, cerca de Budapest, y trabajaba como aprendiz de tejedora. Por su inteligencia natural y sus méritos laborales, fue enviada al bachillerato acelerado, una vía corta para que los jóvenes trabajadores accedieran a la Universidad. Matriculó Medicina, y ya en segundo año mostró especial habilidad para los experimentos en Fisiología. Sin pensarlo mucho, después de salir juntos varias veces, nos casamos. Ya teníamos una vivienda para nosotros: la mitad de un apartamento, que compartíamos con otra familia española. Nuestra pieza se componía de dos habitaciones, en una vivíamos nosotros dos y en la otra mi madre. Estaba en Buda, en la calle Bimbó número 2, a una cuadra de una bella

avenida circular que une Buda y Pest. A poco de casarnos fui designado delegado por las Juventudes Socialistas Unificadas (comunistas) al Festival Internacional de la Juventud, en Bucarest. Por esas casualidades del destino, Isabel también viajaría allí, como integrante del cuerpo de danzas folclóricas de la Universidad, aunque en esa ciudad casi no tuvimos tiempo de vernos, pues estábamos en distintas delegaciones y residencias. En estos festivales se realizaban actividades políticas (de solidaridad con la juventud de los países oprimidos y con el país anfitrión) y otras de tipo cultural, que les daba el nombre de Festivales.

El estudio de la carrera me obligó a aprender no solo el húngaro, como segundo idioma obligatorio se incluía el ruso, pero a mí me lo perdonaron por ser extranjero, aunque por voluntad propia lo estudié algo. Pero sí tuve que aprender rudimentos de latín, porque era el idioma oficial para escribir los diagnósticos en las historias clínicas, así como para hacer las recetas; si estaban en húngaro, las farmacias no las aceptaban. Mientras tanto, ya dominaba el húngaro, que terminó por gustarme, especialmente sus poetas, como Sándor Petöfi (poeta revolucionario, líder y mártir de la revolución nacionalista de mediados del siglo XIX). Es una lengua del grupo ugrofinés y la hablaban los magiares (húngaros) que vivían en las laderas de los montes Urales (de donde emigraron hace muchos siglos hasta ocupar su actual ubicación), y no guarda parentesco con las lenguas latinas, ni germanas, ni eslavas, ni orientales, pero tiene una gran ventaja para el extranjero: es totalmente fonético; es decir, se lee tal como se escribe, aunque uno tiene que aprenderse primero los doce sonidos vocálicos y una larga serie de sonidos consonánticos distintos, cada uno de los cuales es denotado por una letra, con o sin acentos en el caso de las vocales. Es una lengua aglutinante, o sea, no tiene conjunciones ni preposiciones,

cuyo papel lo juegan diferentes clases de sufijos. En los siglos XIX y XX se incorporaron al húngaro numerosos vocablos: unos tomados de otras lenguas, otros inventados, para cubrir el creciente vocabulario científico y técnico. De tal manera, por cada término de origen latino o extranjero, en general, existe una palabra húngara que expresa ese significado. Los magiares tienen canciones folclóricas muy bonitas, yo me aprendí unas cuantas que son como trabalenguas y que se las enseñan a los extranjeros para ver cómo dominan el idioma. Isabel me las enseñó. En cuanto a las canciones, las de origen magiar son briosas y vivaces; las de origen gitano, más bien tristes y melódicas. Me gustaba en especial la música de los cingaros (los gitanos de los Balkanes), por sus melodías románticas y nostálgicas en el violín. Y a los pocos años de vivir en Hungría, paradójicamente, empezaron a gustarme los tangos.

Capítulo 10

¡Médico al fin!

La Facultad de Medicina de Budapest tenía buen nivel profesional y científico. Muchos de sus profesores habían estado becados en Alemania, Inglaterra y Estados Unidos. Las prácticas también eran buenas y numerosas. Pero los profesores se quejaban de que no podían viajar al exterior, en realidad solo viajaban los deportistas, los futbolistas (como el legendario Ferenc Puskas), los boxeadores y otros, y se comentaba abiertamente el contrabando que hacían con medias de nylon y otras prendas entonces muy cotizadas. Teníamos un profesor de Clínica Médica muy respetado, el profesor Haynal, y se decía de él que había sido llamado cuando Stalin se enfermó. Un día, al llegar tarde a la clase, el profesor dijo que se había retrasado porque estaba practicando ¡boxeo! Todo el mundo se quedó perplejo, y soltamos la carcajada cuando explicó que era la única forma que veía de poder viajar al extranjero: ser deportista.

Poco a poco me acercaba al final de la carrera. Después de la rotación por las principales asignaturas clínicas y sus exámenes respectivos, venía un Examen de Estado, que era presidido por tres o cuatro profesores de las especialidades principales. Uno recibía un caso, un paciente, tenía que examinarlo y llegar a un diagnóstico a través de la discusión de los diagnósticos diferenciales. Luego los profesores hacían las preguntas que consideraban pertinentes, a propósito o no del caso. A mí me tocó un bebé de pocos meses que no presentaba síntoma alguno, pero al hacer el examen físico me di

cuenta de que tenía el corazón a la derecha; era, en latín, un *situs inversus cordi*, si la memoria no me falla en la declinación. Aprobé el Examen de Estado y concluí la carrera con calificación de *cum laude* (con elogios), el equivalente a 4 puntos sobre 5, y me dieron el diploma de Doctor en Medicina y Cirugía. Estábamos a mediados de 1955 y ese diploma no tendría mucha duración, como veremos más adelante. Había tardado casi diez años en obtener el título, y me acordé nuevamente de las profecías de Aida la Gorda.

De momento se trataba de escoger trabajo. Había varias opciones, pero la comisión encargada de la ubicación de los recién graduados insistía mucho para que aceptase un puesto en el Instituto de Toxicología, recién creado. Como yo llevaba diez años estudiando (desde 1946), lo que quería era curar enfermos y no encerrarme en un instituto. Había una plaza de médico de barrio en el municipio de Újpest, al suroeste de la capital, y eso fue lo que escogí. Mi distrito tenía una población aproximada de 3 500 personas. Se trataba de un barrio de clase media, obreros calificados, empleados y funcionarios, junto a numerosos jubilados, con algunos edificios de apartamentos y muchas viviendas independientes con jardín. Allí disponíamos de un consultorio con una asistente-enfermera. Aquel espacio lo compartía con el colega del distrito vecino, dábamos cuatro horas de consulta y el resto del tiempo atendíamos las llamadas de urgencia o los casos que requerían seguimiento a domicilio. Nosotros también éramos los médicos de los seguros, es decir, los que certificábamos las ausencias del trabajo por enfermedad. Podíamos dar hasta siete días de licencia. Cada semana teníamos una consulta especial con un médico supervisor, para examinar conjuntamente los que estaban de licencia desde la semana anterior. El supervisor, en consulta conmigo, determinaba la

duración de la licencia. Se llevaba una estadística muy rigurosa de las bajas por enfermedad. La medicina allí era universal

y gratuita, todo el mundo tenía derecho a ser atendido sin pagar, aunque sí se pagaba por los medicamentos.

El consultorio estaba adscrito a un policlínico municipal que disponía de toda clase de consultas especializadas, rayos X, laboratorios clínicos y farmacia. Además, una vez al mes, los domingos, hacíamos guardias de veinticuatro horas, atendiendo las llamadas de todo el municipio, para lo cual ponían un taxi a nuestra disposición, de siete de la mañana a siete de la noche. Teníamos la orientación de resolver *in situ* la mayor cantidad de problemas, porque la capacidad hospitalaria del país era limitada. Como parte de nuestro trabajo cotidiano también realizábamos inspecciones sanitarias a los establecimientos gastronómicos que había en el distrito (en el mío había solamente uno).

Yo salía de la Universidad con los conocimientos recientes, un gran sentido ético de la profesión y un deseo muy grande de curar enfermos. El médico que me había precedido en ese distrito era un colega ya un poco mayor, con los conocimientos algo atrasados, y agobiado por tener que brindar atención a la vez en dos distritos, el suyo y el que yo iba a ocupar, donde no contaban con un médico desde hacía algún tiempo. Pronto se corrió la voz de que venía un médico español, y para colmo «rojo». En húngaro hay una expresión: «*örült spanyol*», que significa «español loco» y que era la imagen estereotipada que tenían de nosotros. Empezaron a venir los trabajadores y empleados que requerían licencia por enfermedad, pues el otro médico no podía seguir dándosela porque no estaba ya en este distrito, mientras que los enfermos crónicos preferían seguir tratándose con él. Luego empezaron a venir otros, por curiosidad. Se quedaban boquiabiertos

porque yo hacía una anamnesis (interrogatorio médico) muy detallada, seguida de un meticuloso examen físico y un tratamiento completo. Pronto tuve algunos buenos resultados y se corrió la voz de que era un buen médico.

Entonces la consulta empezó a llenarse a rebosar y aumentó el número de llamadas a domicilio. En esta población estaban acostumbrados a que el médico fuera a las casas. A cada nuevo paciente lo iba a visitar diariamente hasta que le daba de alta, y la gente empezó a sentirse satisfecha de mí. En el distrito realmente resolvíamos casos que de ordinario van a un hospital, como digitalizar enfermos del corazón descompensados, punciones abdominales para extraer líquido ascítico, introducir sondas vesicales, atender neumonías y otras dolencias. Y sobre todo hacíamos mucho trabajo de terreno con los niños y los pacientes geriátricos, y algo de psiquiatría, especialidad en la cual la escuela húngara estaba poco desarrollada. Con los niños, en caso de alguna enfermedad infantil, siempre tenía en cuenta la opinión de las abuelas, muy experimentadas en ese campo.

Como dije antes, los médicos debíamos saber latín, porque las recetas y los diagnósticos, entre otras cosas, se debían escribir en este idioma. Pero esto no era tan sencillo, porque la medicina en Hungría era fundamentalmente galénica, es decir, había productos industriales, pero el arte terapéutico del médico estribaba, en buena medida, en recetar fórmulas dispensariales apropiadas para cada paciente, teniendo en cuenta sus síntomas, la edad y otras circunstancias. Esto significaba que uno debía saber darle al farmacéutico las instrucciones precisas, con las dosis exactas, para elaborar polvos, soluciones, jarabes, comprimidos y otras formas farmacéuticas, todo en latín. Requería, además, sólidos conocimientos en Farmacología. El profesor de esta especialidad, Béla Székely, era una eminencia, y había escrito no solo el

manual de la asignatura, sino el vademécum médico oficial también. Como dato curioso, en este figuraba el vino de Tokaj, dulce, como estimulante cardíaco. Es uno de los vinos más famosos de Hungría, que solamente se produce en las laderas de las montañas del mismo nombre, que son las que reciben la mayor cantidad de radiación solar de toda Europa central. Esto de la medicina galénica y la escritura en latín era un rasgo muy tradicional, lo cual supongo se haya modificado ya, a juzgar por la cantidad de nuevos productos farmacéuticos que hay, las patentes y la escasez de medicamentos genéricos. Pero a mí me gustaba mucho esta forma de recetar, que permitía personalizar el tratamiento acorde a la edad, estado, síntomas, idiosincrasia y otras características de cada paciente.

La población del distrito no tardó mucho en abrirme los ojos sobre otros aspectos de la profesión que yo ignoraba. Por ejemplo, el dinero que uno recibía de los pacientes. Las mamás mimaban mucho a los médicos de cabecera. Para denotar esta fuente de ingresos, los médicos comentaban entre ellos mismos, denominándola *parasolventia*, del griego *para* (al lado) y la palabra latina *solventia* (solvencia); es decir, dinero paralelo o algo así. En Cuba se dice: «por la izquierda». Y Susana, la rubia farmacéutica, no tardó mucho en explicarme que si yo le hacía algunas recetas de medicamentos caros, ella podía suministrarme gratis otros productos que yo pudiera necesitar, como vitaminas, por ejemplo. Esta era una práctica generalizada ya a mitad de los años cincuenta.

Mientras tanto, Isabel, mi mujer, estaba haciendo el internado rotatorio por las cuatro especialidades principales: Medicina Interna, Pediatría, Cirugía, y Ginecología y Obstetricia, paso previo al Examen de Estado. Y se mantenía como alumna ayudante en el Instituto de Fisiología de la Facultad de Medicina. Ella poseía muy buena manualidad para hacer los

experimentos. Sus habilidades fueron muy útiles en Cuba posteriormente, cuando ya trabajaba como Profesora Invitada en el Instituto de Ciencias Básicas y Preclínicas «Victoria de Girón», donde colaboró con sus experimentos en animales, al inicio de la medicina de transplantes en el país caribeño.

El pueblo húngaro había tenido malas experiencias en el pasado no reciente con los extranjeros, tanto con los alemanes como con los soviéticos, durante la guerra. Pude corroborar lo que me había dicho el italiano (compañero de viaje en el *Santa Ana*): que los soldados soviéticos cometían muchas violaciones. Luego me precisaron que eran solo los soldados de la primera línea del frente, pues en cuanto pasaba esa primera línea, venía la policía militar e instauraba el orden. Por eso, al principio, existían ciertas reticencias hacia mí, como dije antes, pero con mi trabajo y dedicación me supe captar su confianza. Entonces comprobé que era un pueblo muy hospitalario y generoso. Pero desde que me gané su confianza y hablaron conmigo, una cosa resultó clara: eran profundamente antisoviéticos en su mayoría (recordemos que muchos miles de ellos habían estado en campamentos de trabajo para prisioneros en la URSS, por varios años),¹ aunque lo ocultaran y no lo comentaran en público.

Desde antes de graduarme, y además de mi participación como traductor en congresos y otros eventos, por las noches hacía también traducciones escritas (que se pagaban muy bien) para publicaciones en español, de propaganda o de divulgación (una traducción al español hecha por un español nativo, era algo muy apreciado entonces). Algunas eran para una revista que editaba en varias lenguas no sé qué organismo internacional con sede en Budapest. Las que me resultaban más fáciles, por ejemplo, del francés al español, se pagaban mejor, pues se suponía que para un húngaro se

trataba de traducir de un idioma foráneo a otro. Mientras tanto, ya dominaba el húngaro a la perfección; pocas personas se daban cuenta de que era extranjero, a no ser que estuviera dominado por alguna emoción, ya que el húngaro se habla muy lentamente; lo que no me ocurrió en Argentina (donde mi acento español nativo me delataba), ni en Cuba, por idénticas razones. Pero, es más, ahora en España me dicen que tengo acento cubano. Allí en Hungría llevaba alrededor de seis años sin apenas hablar en español, no leía nada en este idioma y me daba cuenta de que había palabras específicas que no las recordaba. Qué falta me hacía en aquel tiempo aunque fuera un periódico en español, con información deportiva, por ejemplo; pero solamente recibíamos de vez en cuando el *Mundo Obrero*, órgano del Partido Comunista de España, que se limitaba a la terminología política y marxista. Lo mismo pasaba con el periódico *¡Por una paz duradera, por una democracia popular!*, del KOMINFORM (órgano consultivo que sustituyó a la III Internacional), el cual se publicaba en Belgrado en varios idiomas.

Los dirigentes comunistas húngaros, en su mayoría, habían vivido largos años emigrados en la Unión Soviética y pensaban más en ruso que en húngaro. La presencia de divisiones soviéticas en el país ejercía una dirección casi absoluta sobre las fuerzas de seguridad. Se imitaba a la Unión Soviética en todo, hasta el punto de que los propios soviéticos pedían que no los imitaran tan al pie de la letra. Ahí va un ejemplo: en la Unión Soviética se había aprobado una legislación para la formación de los Doctores en Ciencias, un grado científico superior, inmediatamente por debajo del grado de Académico. Allí esto no causó ningún problema, porque no había costumbre de llamar *doctores* a los médicos, sino simplemente *médicos*. Ni cortos ni perezosos, los gobernantes húngaros instauraron también la categoría científica de Doctor, y

para evitar confusiones, nos quitaron el título de Doctor a los médicos. Nos retiraron los diplomas y nos dieron en su lugar un librito que nos certificaba como Médico Diplomado. Pero no habían previsto las consecuencias: principalmente, el propio malestar de los médicos, que en Hungría siempre han sido llamados *doctores*, al revés que en Rusia. En las farmacias no querían aceptar las recetas y les decían a los pacientes que buscaran a un *doctor*. Entonces empezó una cadena de rumores diciendo que nosotros éramos médicos «improvisados», formados a la carrera. Ya para esa época me había dado cuenta de que el régimen político en Hungría (al frente del cual se hallaba su máximo dirigente, Mátyás Rákosi) era autoritario. Cómo sería la situación, que una de las principales consignas reivindicativas en la manifestación masiva del 22 de octubre de 1956 (la cual acabó con el Gobierno húngaro) era:

«¡Devuélvannos el título de Doctor!» En 1957, unos meses después de restablecida la calma, y en tácito reconocimiento de su error, nos entregaron sendos diplomas en forma de pergamino, en latín, con el título de Doctor en Medicina y Cirugía. Naturalmente, todavía lo conservo.

En la psicología popular se dice que los húngaros nunca se quedan en el medio, sino que van siempre de un extremo a otro. En efecto, en Hungría surgió la primera revolución comunista después de la revolución soviética, y sin la ayuda de esta: fue la República de los Consejos (Soviets) de 1919, dirigida por Béla Kun. Pero fue también el país donde surgió el primer régimen fascista: el del Almirante Horthy, pocos meses después. Este gobierno fue verdaderamente sanguinario y tiránico, persiguió con saña a los comunistas y a los judíos, a quienes durante la Segunda Guerra Mundial enviaban sin contemplaciones a los campos de la muerte en Alemania. En esa contienda mundial, el ejército húngaro fue un sólido

aliado de Hitler en la lucha contra la Unión Soviética, y los húngaros combatieron con fiereza contra las tropas soviéticas, lo que no fue óbice para que se convirtiera en el país de Democracia Popular más estalinista de todos. También los cubanos suelen decir algo parecido de sí mismos: «o no llegan, o se pasan», lo que aparece en el Diario de Campaña del Generalísimo Máximo Gómez, jefe militar de las luchas anticolonialistas contra España en el siglo XIX.

Capítulo 11

El levantamiento del 56

El levantamiento húngaro de octubre de 1956 fue presentado oficialmente en aquel entonces, por Hungría y la Unión Soviética, como una conspiración de fascistas e imperialistas contra el orden instituido, para implantar nuevamente un régimen como el del fascista Almirante Horthy (estrecho colaborador de los nazis en la guerra contra la URSS). Nada más lejos de la verdad. A todo lo largo de 1956 hubo un profundo malestar en las masas populares de Hungría motivado por diversas causas, no siendo la menor de ellas los bienes que los soviéticos se llevaban del país en concepto de indemnización y compensaciones de guerra. Pero concurren otras circunstancias. Stalin había muerto en 1953 y Jruschov se había convertido en secretario general del Partido Comunista de la URSS. Fue él quien durante el XX Congreso del Partido, en 1956, leyó el famoso informe secreto detallando las atrocidades cometidas por Stalin (en aquel tiempo, totalmente desconocidas). De este informe se les dio una copia a los dirigentes comunistas de las Democracias Populares. En algunos países se difundió la información entre las bases del Partido y comenzó un proceso de «desestalinización». Esto no ocurrió así en Hungría, cuyos militantes, así como el pueblo en general, se enteraron por Radio Europa Libre (financiada y organizada por los servicios secretos norteamericanos), despertando de este modo la desconfianza hacia sus dirigentes, que no se habían atrevido a afrontar la realidad. Y es que en los juicios estalinistas celebrados en Hungría, a diferencia

de otros países, excepto Checoslovaquia (como fue el caso de Rudolf Slánsky),¹ muchos de los acusados habían sido torturados y condenados a muerte.

Ya estando a mediados de los 50, por ese entonces se había producido la rehabilitación de László Rajk, un conocido y popular dirigente del Partido y ministro del Interior (uno de los pocos dirigentes que se habían quedado en Hungría cuando la ocupación nazi, luchando en la clandestinidad), quien había sido sentenciado en uno de estos juicios y ejecutado por supuesta traición. Lo más extraño de todo es que en el juicio se declaró culpable de todos los cargos, aunque hubo rumores de que se le había pedido que lo hiciera así para comprometer a los imperialistas. Al mismo tiempo, le prometieron inmunidad y una nueva identidad en la Unión Soviética. Nada de esto quedó aclarado en el tiempo en que viví en Hungría, pero sí es cierto que fue rehabilitado con todos los honores en un acto solemne en el cementerio, que reunió a una muchedumbre sombría y silenciosa. Aproximadamente por esos tiempos fue puesto en libertad, rehabilitado y reaceptado al Comité Central del Partido otro sancionado en aquellos juicios, János Kádár, posteriormente designado secretario del Partido de Budapest. Se dice que a Kádár le arrancaron las uñas en el curso de los interrogatorios, durante su juicio.

Al mismo tiempo que ocurrían estos hechos, los rumores circulaban libremente. Se hablaba de pasadas torturas y desapariciones en el Cuartel General de la Seguridad (*ÁVH: Államvédelmi Hatóság*, o Servicio de Defensa del Estado), pero sin ninguna información oficial al respecto. Había un estado de opinión bastante generalizado contra los soviéticos, criticando que se llevaban el petróleo, el uranio y la carne del país. Mientras que los soviéticos aducían que los húngaros habían peleado fuertemente junto a los nazis contra el Ejército Rojo, como para justificar las indemnizaciones. (Durante

la guerra, cuando los alemanes se hicieron fuertes en el Castillo de Buda, el Vár, bajó una orden directa de Stalin para que no se bombardeara esa zona, donde radicaban monumentos históricos centenarios, y allí muchos soldados soviéticos perecieron en las cargas a la bayoneta a manos de los defensores alemanes y húngaros.)

Por otro lado, *La Gaceta Literaria (Irodalmi Újság)* empezó a publicar editoriales críticos hacia el gobierno comunista. La publicación corría de mano en mano y se pagaban precios exorbitantes por cada ejemplar. También comenzaron a funcionar los Círculos Petöfi,¹ en los que se discutían problemas de actualidad del país y a los que asistía numeroso público. En ellos se formulaban propuestas de medidas políticas, educacionales y económicas al Gobierno. Poco a poco se iban delineando algunas reivindicaciones populares, aunque no llegaban a expresarse claramente. El clímax de esta situación sobrevino el 22 de octubre de 1956. Ese día, las organizaciones juveniles habían solicitado permiso para organizar una manifestación por un céntrico bulevar de Budapest. Tras una primera negativa oficial, vino una contraorden y la manifestación tuvo lugar. Yo también asistí, como la mayoría de los jóvenes de la capital. Entre las pancartas reivindicativas que portaban en la manifestación, podía leerse:

«¡Retiro de las tropas soviéticas!»

«¡Cese del pago de indemnizaciones de guerra!»

«¡El petróleo para los húngaros, no para los soviéticos!»

«¡Regreso de todos los prisioneros de guerra que aún quedan en la URSS!»

«¡Restitución del título de Doctor a los médicos!»

«¡Autorización de la medicina privada!»

«¡Supresión de la enseñanza del ruso y el marxismo en las universidades!»

«¡Reinstauración de Imre Nagy en el Gobierno!»

Eran muchas más, no recuerdo el resto. Y como puede apreciarse, eran reivindicaciones pequeñoburguesas y nacionalistas, pero no se atacaba al régimen socialista directamente.

La manifestación transcurrió de manera pacífica, pero en lugar de disolverse, cada vez se iban incorporando más personas. Las calles eran un mar de gente. A eso de las seis de la tarde llegó en tren, desde Yugoslavia, uno de los máximos dirigentes de Hungría: Ernő Gerő. Apenas apearse del tren, pronunció un discurso incendiario por radio, acusando a los manifestantes de ser canallas, fascistas y proimperialistas. Esto caldeó los ánimos, pues la mayoría no lo éramos. Se formaron mítines de protesta espontáneos en diversos puntos de la ciudad. En uno de ellos, frente a la emisora de radio, ocurrió un tiroteo que no pudo esclarecerse posteriormente. La gente ya se volcó por entero a las calles, que fueron ocupadas durante toda la noche. Ernő Gerő, primer secretario del Partido, pidió la intervención de las tropas soviéticas y designó primer ministro a Imre Nagy, un dirigente que años atrás había sido marginado del gobierno por desviacionismo de derecha. Nagy formó su gobierno el día 24. Hecho esto, Gerő y otros dirigentes tomaron un avión y se fueron a Moscú luego de solicitar la intervención de las tropas soviéticas. Mátyás Rákosi se había ido ya para esa fecha. En la mañana del 23 de octubre se veían en la Plaza del Parlamento unos cuantos tanques soviéticos rodeados por la multitud, mientras los soldados les explicaban que nada tenían en su contra. Los rusos contemplaban asombrados el espectáculo, pero no hicieron ningún gesto hostil. Eran tropas que llevaban varios años estacionadas en el país, muchos de ellos hablaban el idioma, de igual modo que no pocos húngaros hablaban el ruso, y se entendieron.

En el periódico del Partido, *Népszabadság (La Libertad del Pueblo)*, se publicó un editorial que saludaba el movimiento que pretendía subsanar los errores del socialismo burocrático y sectario. Después los sucesos se precipitaron y sería muy difícil detallarlos en orden cronológico. Varios fueron los hechos que más me llamaron la atención entonces.

Nagy fue organizando poco a poco su gabinete, en el cual incluyó a una ex dirigente socialdemócrata, Anna Kéthly, que estaba ya marginada de la vida política, y a János Kádár, quien jugaría un papel relevante en las próximas semanas.

Se abrieron las puertas de las cárceles y salieron en libertad todos los presos: fascistas, comunistas y delincuentes comunes. Entre los liberados se encontraba el cardenal Mindszenty, obispo de Esztergom y líder espiritual de los católicos húngaros, quien había sido condenado a cadena perpetua en 1949. Apenas libre, pronunció un discurso violentamente anticomunista, y cuando entraron las tropas soviéticas, se refugió en la Embajada de Estados Unidos, donde permaneció durante unos años. Allí estacionaron varios coches de la Seguridad (entre ellos un Tatra checo nuevo, con un potente motor de coche deportivo inglés, según me contó años después un chofer de la Seguridad que conducía para Nicolás Guillén), y se mantuvieron vigilando constantemente la sede para evitar que el Cardenal se escabullera.

Los policías habían desaparecido de las calles.

Las fronteras se abrieron, quedando desguarnecidas, lo que provocó un éxodo inmediato hacia Austria, el único país capitalista que tenía fronteras con Hungría. Se dice que doscientas mil personas salieron del país por esta frontera hasta el fin de año.

Los obreros fueron los más lúcidos y prácticos: inmediatamente ocuparon todas las fábricas y formaron Comisiones

Obreras en todos los centros de trabajo para proteger los medios de producción.

En el desarrollo de este movimiento de las masas húngaras jugaron un papel activo los escritores y otros intelectuales.

En resumen, como causa y a la vez consecuencia de todo esto, se había producido un total vacío de poder: el régimen de Rákosi se había desmoronado por completo, las tropas soviéticas no tenían órdenes de intervenir y el gobierno de Nagy aún no había logrado consolidarse.

El entusiasmo de la población era extremo, se sentía la alegría del pueblo, que gozaba por primera vez de libertad después de varios lustros. Había una disciplina ciudadana ejemplar. Muestra de ello fue una colecta popular que se organizó, no recuerdo para qué, y la gente donaba su dinero en la calle, donde se amontonaba en vasijas puestas al efecto, sin que nadie tratara de robar ni un céntimo. Al mismo tiempo había preocupación por la presencia de las tropas soviéticas en las inmediaciones de Budapest.

El primer ministro Imre Nagy comenzó las negociaciones con los soviéticos, que pronto abandonaron la ciudad, aunque establecieron sus cuarteles en los alrededores. Entre los negociadores que envió Nagy, se encontraba el coronel Pál Malétér, su ministro de Defensa, un militar de carrera que también organizó la defensa de los principales cuarteles de la capital contra las tropas soviéticas. János Kádár era ministro sin cartera. Su última aparición pública ocurrió el 31 de octubre, cuando pronunció un discurso. Luego desapareció. Ya veremos después dónde estaba. Mientras el pueblo celebraba, fuerzas oscuras comenzaron a moverse. Tampoco aquí es posible seguir un orden cronológico; menciono los hechos sobre la base de los recuerdos, en el orden que me vienen a la mente.

Como renaciendo de sus propias cenizas, los antiguos partidos políticos comenzaron a formarse otra vez, entre ellos el Socialdemócrata, y el de los Pequeños Campesinos. Teóricamente, ambos se habían fundido con el Partido Comunista después de la liberación del país, pero sus dirigentes quedaron fuera, o simplemente fueron encarcelados.

Empezaron los ajustes de cuentas, como los de ex presos que reencontraban a sus torturadores y en un motín espontáneo los linchaban. Se perseguía inclusive a los que calzaban botas como las usadas por los guardias de seguridad.

Aunque a mí no me consta personalmente, parece que durante el tiempo en que estuvieron abiertas las fronteras, entraron al país cargamentos de armas, elementos contrarrevolucionarios y agentes de la CIA. El antisovietismo y anticomunismo se acentuaban en la población y en la prensa. El gobierno de Nagy se fue orientando cada vez más a la derecha, pero sin que lograra formar un aparato de poder.

Todo este proceso fue ocurriendo paulatinamente en el lapso que va desde el 23 de octubre hasta el 3 de noviembre de 1956. La vida había vuelto a la normalidad casi por completo, había pan, luz, agua, prensa; pero no producción ni transportes. Yo seguía visitando a mis pacientes, aunque tenía que recorrer a pie unos cuatro kilómetros de ida y cuatro de vuelta, hasta mi distrito. Este era un reflejo de la sociedad de esos momentos. Debo señalar que pese al anticomunismo creciente en una sociedad que evolucionaba, o involucionaba espontáneamente, y aun cuando todo el mundo en el distrito sabía que yo era comunista, no fui objeto de ningún ataque, físico o verbal, ni de ninguna clase de discriminación.

En determinado momento, el camarada Rusz nos anunció que había un barco en el Danubio que nos llevaría a la Unión Soviética. Yo le dije que me quedaba. Hungría me había

salvado de las mazmorras franquistas y yo no la iba a abandonar en los momentos difíciles. La evolución posterior de la situación hizo innecesaria la huida.

Mientras, las negociaciones con los soviéticos permanecían estancadas y las tropas se habían hecho fuertes en los alrededores de Budapest. Más tarde nos enteraríamos de que las divisiones que llevaban años en Hungría, y por lo tanto tenían vínculos con la población, habían sido reemplazadas por tropas frescas procedentes del Asia central. El coronel Maléter no volvió de una de las negociaciones y, por lo menos mientras estuve en el país, no se supo más de él. Hungría seguía orientándose rápidamente hacia la derecha. Apareció la prensa sensacionalista y reaccionaria, y tuvo lugar el ataque a la sede del Comité Central del Partido, donde supuestamente varios militantes, incluyendo al capitán József Papp, se preparaban para la lucha armada. Poco tiempo después me acordaría de este nombre, como veremos más adelante. Pero también hubo un episodio, delante de esa misma sede del Partido, que recibió mucha cobertura de prensa. Empezó a circular la especie de que debajo de ese local había una fosa llena de cadáveres de opositores al régimen comunista. Llevaron grandes excavadoras que hicieron un hueco profundo, sin encontrar nada; pero ya se había sembrado la cizaña y la prensa divulgó de manera sensacionalista la búsqueda. Ese rumor puede haber sido fácilmente una operación «sucias» de la CIA.

En esas estábamos cuando en la madrugada del 3 de noviembre se oyó una emisión radial que no procedía de ninguno de los canales habituales. Era una alocución de János Kádár, quien hasta hacía unos días formaba parte del gobierno de Imre Nagy. En ella anunciaba la formación de un gobierno revolucionario de los trabajadores, para acabar con el rumbo derechista del país, informando también que habían

solicitado la cooperación de las tropas soviéticas. Nosotros estábamos jugando a la canasta en esos momentos, recuerdo, y poco después se empezaron a oír cañonazos. Era una columna de blindados soviéticos que estaba entrando por las principales avenidas de Budapest, disparando cañonazos a diestra y siniestra, que demolían los edificios como si fueran castillos de naipes. Al día siguiente, el humor popular empezó a llamarlos «el ascensor de Zhukov», porque bajaban del último piso a la planta baja en cuestión de segundos. La población civil no se defendió, pero hubo focos de resistencia armada en la Estación del Sur y en uno de los cuarteles, que fueron dominados sin dificultad.

En uno de los tanques, detrás de las tropas soviéticas, venía Kádár, el nuevo gobernante, que se instaló en el Parlamento con una defensa circular de blindados. Se decía que eran los «taxis de Kádár», porque en ellos iba y venía del Parlamento, sede del Gobierno, a su residencia.

La Unión Soviética había demorado once días en intervenir, desde que el gobierno saliente pidió su ayuda y hasta que entraron en Budapest las primeras unidades. Al parecer había discrepancias en el gobierno sobre cómo proceder. Según versiones, el Mariscal Zhukov, ministro de Defensa soviético y famoso por sus victorias frente a los nazis, era partidario de intervenir. Mientras que Andropov, embajador soviético en Hungría y posiblemente la cabeza del KGB (Comité de Seguridad) en ese país, estaba a favor de las negociaciones. Estas se iban desarrollando, pero sin avance aparente. Por fin ocurrió algo que desvió la atención pública mundial de Hungría: la invasión del Líbano por las tropas inglesas y norteamericanas, lo que les dio la coyuntura a los soviéticos para intervenir. Eso ocurrió la noche del 3 al 4 de noviembre de 1956, en horas de la madrugada. Tanto es así que las tropas frescas que recién llegaban del Asia central, tropas sin

conocimientos geográficos, políticos o históricos, cuando veían el Danubio preguntaban si era el Nilo, como resultado del confuso adoctrinamiento recibido antes del combate.

En sus alocuciones radiales, Kádár decía que era necesario sustituir el régimen entreguista de Nagy y con este fin había solicitado la intervención de las tropas soviéticas. Desgraciadamente no he podido leer la copiosa literatura que hay sobre este período de la historia de Hungría, pero parece lógico suponer que los soviéticos lo pusieron entre la espada y la pared, posiblemente chantajeándole con declaraciones suyas en los juicios de Hungría, o mediante alguna otra medida. Algún día se sabrá la historia verdadera, desconocida hasta la actualidad.

Ante el avance de las tropas soviéticas, Nagy hizo un dramático llamado por radio declarando la neutralidad del país y pidiendo la intervención de tropas de las Naciones Unidas. Esto selló su destino: había solicitado asilo político para él y sus colaboradores más cercanos en la Embajada yugoslava, el que le fue concedido. Luego pidieron salvoconducto para salir del país en un autobús. Los soviéticos accedieron, pero el autobús fue interceptado por ellos. Unos meses después salió una nota oficial (no recuerdo si de Kádár, o de los soviéticos), anunciando que se les había concedido asilo en Rumania, país comunista para ese entonces, donde radicarían un tiempo. En junio de 1958 apareció otro comunicado diciendo que habían sido juzgados y condenados a la pena capital, y que la sanción había sido ejecutada (¡!).

En los primeros días de la segunda intervención soviética, cuando todavía había focos aislados de resistencia en la Estación del Sur y en las proximidades de la Universidad, Isabel estaba haciendo sus prácticas de Obstetricia en la Clínica Universitaria. A unas cuerdas de distancia había un tanque soviético, y justo debajo de las ventanas había unos chiquillos

con fusiles disparando contra el tanque. Era un peligro grande, porque este podía responder con un cañonazo. Pero a la sazón se asomó a la ventana una de las enfermeras y con voz de trueno les gritó a los chicos que se fueran. Entonces ellos, que no le tenían miedo al tanque, se asustaron de ella y se marcharon. Es un ejemplo de que entre los de la resistencia había adolescentes que en el ardor del combate no les tenían miedo a las balas, pero sí al regaño de una persona mayor.

En Budapest se instaló un jefe militar soviético, que implantó el toque de queda de seis de la tarde a seis de la mañana, y situaron un asesor soviético en cada oficina del gobierno. Luego empezaron a llamar a los distintos funcionarios a sus puestos de trabajo, donde estaban los asesores soviéticos, que eran los que tomaban las decisiones, y a menudo utilizaban intérpretes. Esta situación era de conocimiento común y la pudo comprobar el director del policlínico de mi municipio cuando fue convocado a la oficina del ministro de Salubridad para recibir la orden de que no permitirían, bajo ningún concepto, una huelga de médicos.

Esto se debió a que las Comisiones Obreras de las fábricas, ahora coordinadas por una Comisión Central, habían declarado la huelga general, y nada funcionaba, salvo las panaderías, la salud pública y la luz eléctrica. Como en razón de mi trabajo yo debía moverme por la ciudad después del toque de queda, me extendieron un salvoconducto escrito en ruso y en húngaro, con mi nombre y profesión, que me autorizaba a ello, firmado por el jefe soviético de la plaza. Todavía lo conservo.

Durante los días anteriores, en mi distrito yo había atendido a pacientes de las más diversas corrientes políticas, desde el presidente de una Comisión Obrera hasta un coronel de la

Seguridad que convalecía de un infarto y tenía miedo de ser ajusticiado en el hospital.

El baluarte de las Comisiones Obreras estaba en la isla de Csepel, al sur de Budapest, un fuerte núcleo industrial. Pero también mi barrio, Újpest, tenía grandes fábricas, como la Orion, con capital extranjero, que igualmente se mantenía firme. Los obreros de empresas como esta, que tenían acceso a divisas extranjeras, cobraban sueldos superiores al resto de los trabajadores, por lo que había una alta demanda de estos empleos.

El Boulevard Lenin, la arteria principal de la ciudad, mostraba las ruinas de numerosos edificios derrumbados por los tanques, aunque había señales del ataque en casi todos los puntos. El sentir general de la población era que Budapest, solo después de un largo plazo, volvería a su antiguo esplendor. Pero se equivocaban.

Entretanto, Kádár trataba de poner en marcha el país negociando con las Comisiones Obreras, proceso que demoró más de un mes, durante el cual la producción estuvo paralizada. La Unión Soviética envió a Hungría centenares de trenes con alimentos, materiales de construcción y mercancías de todo tipo, y algunos años después la ciudad estaba como antes de la invasión.

Se persiguió y reprimió a los que se habían levantado en armas contra los soviéticos; aunque, al inicio, no contra los miembros de las Comisiones Obreras. Pero no se reintegró a sus cargos a los dirigentes administrativos que habían simpatizado con el gobierno de Nagy. La represión se fue haciendo paulatinamente, en proporción a la ampliación de la base social del gobierno. Y la readmisión de los cuadros y funcionarios a sus cargos se condicionaba a su aceptación de ingresar al nuevo Partido, lo que favoreció el acceso de

oportunistas y la repetición posterior de errores semejantes a los del gobierno de Rákosi. Esto había ido debilitando las bases del nuevo régimen. Pero la situación fue normalizándose poco a poco, con la rápida mejoría de las condiciones económicas, y a los dos años ya nadie hablaba del levantamiento y la invasión.

Recuerdo claramente todo lo ocurrido en aquel período, no solo por el impacto emocional de las vivencias, sino también porque me dediqué a recopilar los artículos de prensa (incluidos los editoriales de *La Gaceta Literaria* de antes del levantamiento), así como las octavillas diseminadas por la ciudad y varias de las órdenes del jefe soviético de la plaza. Luego traduje todo eso en dos ejemplares y formé sendos álbumes: uno lo entregué a la dirección del Partido Comunista de España y el otro lo traje a Cuba y se lo entregué a Che Guevara.

Tengo que hablar del colectivo de españoles y del Partido Comunista de España en relación con el levantamiento del 56 y la posterior intervención soviética.

Ya en años anteriores, los españoles que trabajaban en el Metro informaron al Partido que había descontento entre los obreros, y que a ellos les decían que no trabajaran tanto, pues luego subirían las normas. Los trabajadores españoles vislumbraban el mal y la crisis del régimen, pero el Partido no les hizo caso, ni los camaradas húngaros tampoco, sino que les dieron una reprimenda por diseminar infundios. Durante los días que transcurrieron entre las dos intervenciones soviéticas, esos españoles se mantenían por lo general en casa, ya que no se trabajaba y no entendían lo que estaba pasando, por su desconocimiento del idioma. Entonces, unos quince o veinte días después de que cesaron los combates, el secretario de nuestra célula fue citado a Praga, donde se encontraba la dirección del Partido. A los cuatro días volvió con la «explicación» total de lo ocurrido, según la versión de

los soviéticos. Yo, por mi parte, hablé sobre lo que había leído, y lo que había visto y oído en la calle, por lo que fui criticado duramente por el general Líster.¹ Me defendí, diciendo que nosotros, como comunistas españoles, debíamos analizar el caso a fin de sacar experiencias útiles para nuestra lucha en España, aunque internacionalmente hubiera que dar una versión más depurada de los hechos; pero no se me hizo caso y casi fui sancionado. El horóscopo continuaba cumpliéndose.

Mientras tanto, seguía atendiendo a mis pacientes, aunque iba a pie desde el otro extremo de la ciudad. Ellos lo reconocieron y solicitaron al Ayuntamiento Municipal que me dieran un apartamento cerca del distrito. Me dieron justamente el que había pertenecido al capitán József Papp, asesinado en el local del Partido de Budapest. Mi nuevo apartamento estaba ubicado en el número 18 de la calle que rebautizaron con su nombre. En mi relación con los pacientes fue surgiendo un nuevo elemento del que no tenía idea. Fue así: como al año de estar trabajando en el distrito, algunas personas (especialmente señoras mayores), después que curaba al paciente, querían darme dinero. Yo me ofendía y lo rechazaba de plano, diciendo que era mi trabajo, por el que me pagaban. Pero ellas argumentaban que estaban muy contentas con mi atención y que mi sueldo no estaba a la altura del trabajo que hacía. Estábamos en ese tira y afloja, y ellas a veces lo dejaban caer en el bolsillo de mi abrigo, colgado en la percha, sin que me diera cuenta. Hasta un día que me llamaron a una casa, donde se había reunido un grupo de cuatro o cinco pacientes, y me hicieron sentar y me obligaron a escucharlas. Entonces me explicaron que allí la costumbre había sido siempre atenderse por un médico particular que fuera a sus casas. Es más, que pasara de vez en cuando, aunque no me llamaran, para chequear cómo estaban los

ancianos y los niños; es decir, un concepto muy claro de lo que debe ser un médico de familia. Además, me aclararon que si no aceptaba el dinero, me lo iban a pasar por debajo de la puerta de mi apartamento. Al final tuve que ceder, pero lo que hice fue iniciar poco después una consulta particular (autorizadas luego de los hechos del 56, junto con la restitución del título de Doctor) para salvar mi conciencia.

Pero también ocurrieron otras novedades. Una de mis primeras pacientes fue Agnes (Agi, más familiarmente), mujer de original belleza y elegancia en el andar, los gestos y los movimientos, con labios trémulos y ojos azules brillantes, húmedos y expresivos, con una voz melódica. Era una mujer de 34 años bien llevados, a la cual consultaba por determinadas dolencias crónicas que el médico anterior no había acertado a curarle, y la trataban en un hospital. Su esposo era economista y trabajaba en una fábrica. Ella anteriormente no trabajaba, pero en esa época era profesora de alemán, idioma que dominaba como el propio. No voy a negarlo, desde el primer momento una especie de corriente magnética se estableció entre ambos, aunque dentro de los límites del decoro y de la relación profesional. Pero el tiempo fue pasando, yo acudía varias veces a la semana a aplicarle unas inyecciones que le habían recetado en el hospital, ella siempre muy amable conmigo, enseñándome modismos y costumbres húngaras que la Universidad no me había enseñado. Inclusive nos invitaron a comer un domingo y no paraba de tener atenciones conmigo. Su estado de salud mejoraba ostensiblemente y todo el mundo estaba satisfecho, inclusive el esposo. Pero ocurrió lo inevitable: nos enamoramos perdidamente uno del otro, y ese amor perduró hasta el momento de viajar a Cuba.

Con muchas dificultades y cuidado, pero con mucho ardor, con verdadera pasión. Todo el tiempo de mi estancia como médico de barrio, aunque tuve alguna que otra aventurita

mientras, fue el tiempo de nuestro amor, que no declinaba con el transcurrir de los meses y los años. Durante la revolución del 56 ella floreció, pues rememoraba los viejos tiempos, su época de oro, en medio de una sociedad que ya no existía. Su marido se incorporó a las Comisiones Obreras, aunque, prudentemente, no se comprometió mucho. Ella trataba de explicarme las razones que movían a los húngaros en esos meses de octubre y noviembre del 56.

Ya en los finales de la década del 50, parece ser que los soviéticos y el Gobierno húngaro habían decidido mantener satisfecho al pueblo, porque la situación mejoró de manera radical en todos los aspectos, principalmente en el orden material: había buenos sueldos, las tiendas estaban abarrotadas y abrieron numerosos restaurantes y otros establecimientos de comidas y bebidas, lo que mantenía satisfecha a la población. Pero los estímulos materiales habían desatado un mercantilismo feroz y había que dar propina por adelantado para todo, inclusive para que le echaran la norma de café a un expreso, o para conseguir una mesa en un restaurante.

Un día me llamó mi amiga Judith Weiner y me dijo que había un profesor latinista que quería componer un diccionario húngaro-español y español-húngaro, y quería hablar conmigo. Se trataba del profesor László Gáldi. Cuando fui a verlo me habló en un español correcto, pero con horrible pronunciación, y examinó mis conocimientos de ambos idiomas. Quedó complacido y me dio el trabajo. Aun cuando lo consideré mal retribuido, era muy interesante y lo hice con gusto, creo que duró poco más de un año. Consistía en lo siguiente: él confeccionaba las fichas, una para cada acepción de cada palabra, y yo las revisaba después completando las omisiones, o haciendo rectificaciones cuando así lo consideraba. Muchas cuestiones las discutíamos entre ambos. Las fichas estaban colocadas en cajas alargadas, como las de los catálogos de

las bibliotecas. Cada semana le llevaba una caja terminada y traía otra. Solo podía trabajar en esto por las noches, y a menudo me quedaba hasta tarde, pero sentí una gran alegría cuando lo imprimieron. Me regaló un ejemplar dedicado.

De entre mis pacientes siempre recordaré al matrimonio Boldog, ancianos ambos. Él era un hombre robusto y pletórico de sangre, con tendencia a la hipertensión arterial, pero bastante saludable. Ella era una mujercita endeble que requería cuidados constantes. Aunque no me llamaran, yo iba a visitarlos cada dos o tres semanas. Y en la primavera húngara, cuando no hay frutas ni verduras frescas, ni radiación solar, le inyectaba a ella una tanda de vitaminas que elevaban sus defensas y le permitían pasar un nuevo año, indicándole también sus medicamentos específicos. Ella me quería mucho. Cuando se empezó a correr la noticia de que yo viajaba a Cuba, quedó desolada y me preguntó que cuándo volvería. Por primera vez le mentí y le dije que en un año. Luego me contaron que apenas sobrevivió poco más de ese plazo. Su recuerdo, matizado de cierto sentimiento de culpa, no se me borra de la mente. Tampoco Gabriella (Gaby), una mujer sumamente bella e interesante, que entonces trabajaba en una fábrica. Por ella conocí numerosos manjares de la cocina húngara y muchos matices del idioma.

Para mis visitas yo llevaba un maletín con todo lo que pudiera necesitar en una emergencia: el estetoscopio, el aparato de la presión, unos tubos especiales de acero cromo que contenían jeringuillas esterilizadas, una caja de metal que servía para hervir las jeringuillas en el lugar, alcohol, algodón y ampollitas de las medicinas más necesarias para las distintas emergencias médicas, todo dentro de un estuche de cuero especial. A los pacientes les impresionaba cuando abría el maletín y me veían sacar el esfigmomanómetro, el estetoscopio, jeringuillas en estuches esterilizados y ámpulas de

medicinas que me permitían resolver las distintas situaciones sin pérdida de tiempo.

Por ese entonces nuestra situación económica había mejorado francamente: teníamos nuestros dos sueldos, más la consulta privada y las traducciones, que hacían ya una suma considerable. Podíamos ir a los balnearios a orillas del Bala-tón a veranear, teníamos un abono a la Ópera y comíamos a menudo en restaurantes caros, de modo que decidimos comprar un coche, que el Estado estaba vendiendo a la población según una lista de peticiones. Vendían dos clases de coches: los Wartburg de la República Democrática Alemana, con motor de dos tiempos, y los Skoda checos, con motor de cuatro tiempos. Me apunté para uno de estos últimos. Una de mis pacientes, que era secretaria del director de la Compañía Importadora y Distribuidora de Automóviles, me adelantó en el escalafón. Durante las semanas que duró la espera me fui fijando en los choferes de taxi y de autobús, en cómo manejaban, y lo iba practicando mentalmente. De tal modo pude salir con mi flamante Skoda Octavia manejándolo yo mismo, hasta llegar a casa y meterlo en un garaje que había alquilado. En Hungría, por el frío, durante el invierno no se pueden dejar los autos en la calle por las noches, porque se congela la grasa del diferencial, y aunque tenga líquido anticongelante en el radiador, no arrancan. Luego aprendí a manejar correctamente con un mecánico amigo.

No obstante las comodidades de que disfrutaba, o tal vez debido a ellas, no me sentía bien moralmente. Ya no era el revolucionario romántico de mi juventud, y mis preocupaciones se parecían más a las de un pequeñoburgués. Poco después el destino me depararía la ocasión de volver a ser yo mismo.

A mediados de 1960 empezaba a cansarme del distrito: era un trabajo agotador y no tenía posibilidades de superación. Intenté trabajar en un hospital, pero las regulaciones legales

me lo impedían: como médico de distrito tenía un sueldo superior al del personal hospitalario y no podían trasladarme a una plaza con ingresos inferiores. Entonces leí un aviso de la Empresa de Medicamentos Medimpex: pedían un médico con dominio del español como asesor científico. Me aceptaron enseguida, el trabajo consistía en redactar folletos de divulgación de los medicamentos de Hungría, que no eran pocos, pues el país tenía una fuerte industria farmacéutica. Allí aprendía bastante y me sentía bien. Por las tardes seguía atendiendo mi consulta privada.

Pero también, como dije antes, me empezaba a sentir diferente de lo que había sido en mi juventud: me daba cuenta de que mi vida se encaminaba solo al bienestar material, y mis antiguos ideales habían palidecido. En otras palabras, me estaba aburguesando.

Capítulo 12

Reaparece Ernesto, el Che

Las noticias sobre Cuba en la prensa húngara eran exiguas y a menudo inexactas. Recuerdo haber leído sobre un aventurero pequeñoburgués llamado Fidel Castro, que desembarcó en la Isla para derrocar al Gobierno, pero nada más por largo tiempo. Aunque el triunfo de la Revolución cubana apareció en primera plana en el *Népszabadság* de enero de 1959, el hecho no fue tratado con la importancia que merecía. No es hasta la llegada de las primeras delegaciones de cubanos que empiezo a conocer la Revolución de Fidel en este país. Primero llegó el insigne poeta Nicolás Guillén, de quien fui intérprete y acompañante. De él aprendí bastantes cosas sobre Cuba. Lo llevamos a una Casa de los Artistas en Szigliget, a orillas del lago Balatón, el más grande de Europa después del Ladoga (si mal no recuerdo) y lleno de balnearios, donde los creadores se alojaban para producir sus obras de arte. Pero eso no le entusiasmó mucho, a él le gustaba la vida activa. Mi principal problema no fue traducir lo que decía, sino encontrar una cerveza bien fría en el caluroso verano de Budapest, donde las bebidas frías no eran del gusto de la población.

Luego vino una delegación de la industria farmacéutica cubana a entablar negociaciones con su contraparte húngara y yo les serví de traductor y acompañante. Por ellos me enteré de la marcha de la Revolución y sus características. Advertí un hálito de frescura y romanticismo en el proceso revolucionario cubano, muy distinto del oportunismo y la esclerosis

burocrática que reinaba en Hungría. Al saber que yo había vivido en Argentina, me contaron que entre los dirigentes revolucionarios cubanos había un argentino, Ernesto Che Guevara, que era médico. No estaba seguro de si sería el mismo Ernesto de mi adolescencia, porque nuestros caminos se habían separado y ni siquiera sabía que hubiera estudiado Medicina, y así lo comenté con ellos.

Según me enteré después, un periodista que estaba con la delegación le hizo una entrevista a Guevara en Praga y le habló de mí. En diciembre de 1960, Judith Weiner, mi buena amiga traductora, me llamó para decirme que el Che había pasado por Budapest, donde estuvo solo unas pocas horas, que me habían llamado por teléfono a mi casa pero yo no estaba y que ella tenía algo para mí. Fui a visitarla y me dio una carta manuscrita de él, una minúscula esquelita que escribió en la tarjeta que indicaba su lugar en no sé qué negociaciones, o en un banquete. Estaba escrita con letra menuda, pero perfectamente legible. Conservo la fotocopia, el original lo entregué al museo. Decía:

Querido Fernando: Sé que tenías dudas sobre mi identidad, pero creías que yo era yo. Efectivamente, aunque no, pues ha pasado mucha agua bajo mis puentes y del ser asmático, amargado e individualista que conociste, queda el asma. Me enteré que te habías casado. Yo también, tengo dos hijas, pero sigo siendo un aventurero, solo que ahora mis aventuras tienen un fin justo.

Saludos a tu familia de este sobreviviente de una época pasada y recibe el abrazo fraterno de

*Che
que tal es mi nuevo nombre.*

La carta me emocionó e incrementó mi interés en la Revolución cubana, a lo que contribuían los visitantes que venían de allá, así como los materiales que traducía.

Hay que agregar que el mercado cubano, con sus pagos en dólares, despertó una fiebre de ventas en las empresas húngaras y tuve que traducir prospectos y libros de texto. También me dieron a traducir el libro de un ex emigrado que había retornado al país. Este libro, titulado *Profesión: emigrado*, cuyo autor, si mal no recuerdo, era István Szabó, narraba las miserias y desgracias de la sociedad capitalista (en Cuba lo vi en las librerías.) Me llamó la atención cuando lo traducía, que el manuscrito, que cambiaba cada día, estaba escrito con distintas letras y corregido muchas veces, como si se tratase de un agente que está siendo interrogado o entrevistado por diversas personas.

Poco a poco fui conociendo más sobre Cuba. Entre otras cosas, que había una gran necesidad de médicos, pues la inmensa mayoría de ellos, con clientela burguesa o pequeño-burguesa, había seguido la vía del exilio hacia los Estados Unidos. Aumentó mi curiosidad e interés por la Revolución cubana y tomé la decisión de viajar a ese país para prestar mis servicios como médico. Le escribí a Che en este sentido, al Banco Nacional, del cual era presidente. Al mismo tiempo le escribí otra carta al Comité Central del Partido Comunista de España, comunicándole mis deseos. Argumentaba el viaje con la mención de Che Guevara y con que sentía que me estaba aburguesando en Hungría. La respuesta se demostraba, mientras el Partido Español ponía trabas a mi viaje: algunas ideológicas, como que no se trataba de una revolución socialista sino pequeño-burguesa; otras de índole práctica, como que había que tener primero un contrato para poder viajar. Volví a escribirle a Che y mi carta posiblemente dejara

entrever estas dudas. Su respuesta, en papel con el membrete del Presidente del Banco Nacional de Cuba, decía:

La Habana, febrero 15 de 1961 Año de la Educación

*Dr. Fernando Barral, Papp J. 18
Ujpest, Hungría*

Querido Fernando:

Es verdaderamente una lástima no habernos podido ver aunque fuera unos minutos. Te escribo con la precipitación y la concisión que demandan en mí muchas ocupaciones diversas; espero lo comprendas.

Concretamente, aunque no lo dices específicamente en tu última carta y sí en la anterior, creo que tienes deseos de venir a trabajar por estas tierras. Desde ya te puedo decir que aquí tienes trabajo para ti y tu mujer. Que el sueldo será decoroso, sin permitir mayores lujos y que la experiencia de la Revolución Cubana es algo que me parece muy interesante para personas, que como tú, tienen algún día que empezar de nuevo en la patria de origen. Por supuesto, podrías traer a tu madre y aquí se te conseguirían las comodidades de tipo personal necesarias para tu trabajo. La Universidad se está reestructurando y hay campo para trabajar aquí si les interesa.

Naturalmente, aquí encontrarás más cosas irracionales que en ese país pues una revolución lo conmueve todo, lo trastoca todo y poco a poco hay que poner a cada uno en el puesto que mejor pueda desempeñar. Lo único importante es que no se obstaculiza el trabajo de nadie.

Para resumir, aquí está tu casa, si quieres venir lo avisas en la forma que mejor creas y me explicas los trámites que

habría que hacer, si fuera necesario alguno, para traer a tu mujer. Como hemos seguido rumbos tan distintos desde hace muchos años, te comunico a manera de información personal que estoy casado, tengo dos hijas y que tuve algunas noticias de los viejos amigos por mamá, que estuvo a visitarnos hace algunos meses.

Recibe el fraterno abrazo de tu amigo,

Che

La carta me llenó de júbilo, pues era una invitación oficial a visitar Cuba, e inmediatamente fui a los camaradas del Partido húngaro para pedirles mi pasaporte. Este era un documento de apátrida, con el que había salido en los distintos viajes, ya que no tenía nacionalidad española ni húngara. Pero los camaradas me contestaron que solo podían dárme lo si el Partido español lo autorizaba, y hasta el momento no lo había hecho. Ante las trabas, le mandé un telegrama a Che Guevara pidiéndole que me reclamara. Mientras estaba aguardando, vino una solución del lugar menos esperado. La empresa Medimpex, donde yo trabajaba, me dijo que me iba a enviar a Cuba por dos meses para dar a conocer los productos farmacéuticos húngaros entre los médicos de ese país, de modo que ellos me gestionaban el pasaporte. Y poco antes de salir, el camarada Rusz me llamó para decirme que Che me había reclamado por vía diplomática, a mí y a mi mujer, y que no teníamos problemas con la salida. Entonces acordé con el director de la empresa, compañero László Hamburger, que haría mi trabajo en los dos meses, le haría un informe escrito sobre los resultados y mis recomendaciones y después nos quedaríamos en Cuba.

Así lo hicimos y viajamos cómodamente por la KLM, luego de una escala en Praga, donde visitamos una tienda que vendía

productos que no veíamos en Hungría, a precios de ganga. Seleccionamos algunas cosas, pero cuando fuimos a pagar en coronas checas, no nos aceptaron el dinero. Así nos topamos con la primera tienda

«Tuzex», que vendía en moneda convertible, y de las que no teníamos idea. Luego supimos que muchas muchachas checas hacían lo increíble por obtener cupones para dichas tiendas.

Vida IV

Médico en Cuba

Capítulo 13

En el Hospital «Calixto García»

Llegamos a La Habana el 31 de mayo de 1961 y enseguida nos envolvió el calor húmedo del trópico. Recuerdo que tardé más de un año en adaptarme. Nos esperaba el agregado comercial de la Embajada húngara, quien nos llevó al Hotel Habana Libre (ex Havana Hilton). Él me facilitó en los días subsiguientes las primeras entrevistas. Por una de esas casualidades se trataba del mismo funcionario que me dio la visa húngara en Buenos Aires, en 1950; azares que tiene el destino. Unas semanas después fuimos en su coche, un Chevrolet Bel Air de 1960, a Trinidad, en la costa sur del macizo del Escambray. Manejaba yo porque él no veía bien. Pero tuvimos que dar un rodeo, pues el paso por las montañas estaba interrumpido debido a las operaciones militares contra los «alzados» (los bandidos contrarrevolucionarios). Contra lo que puede suponerse, esas operaciones corrían principalmente por cuenta de milicianos; es decir, obreros y campesinos, y no por las fuerzas regulares del Ejército. No podía imaginar entonces que apenas dos años después yo también participaría en ellas. Supongo que el agregado había recibido instrucciones de su Gobierno para averiguar cuál era la situación con los alzados.

Tan cálido como el clima tropical era y es el pueblo cubano: abierto, hospitalario, lleno de simpatía, generoso y entusiasta. Por otro lado, las estructuras administrativas no estaban todavía anquilosadas, todo era posible, por muy difícil

que pareciese de inicio. El pueblo idolatraba a sus dirigentes, quienes vivían muy cerca de él, eran muy visibles. Era posible encontrar a Fidel en la calle, en los más diversos lugares. La gente les hablaba de tú a Fidel y a Che cuando los veía por las calles y en los actos públicos, que eran muchos, y con un entusiasmo desbordante. Esto no ocurría por azar, ni por la indudable fuerza oratoria de Fidel. Era el reconocimiento sincero por todo lo que el pueblo había recibido de la Revolución: la Reforma Agraria, la Reforma Urbana, el castigo de todos los torturadores y los politicastros ladrones que formaban las capas dirigentes de la sociedad bajo el régimen del tirano Batista y los corruptos gobiernos que le precedieron en el poder. Por eso el pueblo se sentía dignificado y mostraba su agradecimiento a los «barbudos», a los guerrilleros que, encabezados por Fidel, habían expulsado a los cabecillas del régimen anterior e instaurado uno revolucionario, del cual se sentían protagonistas. De ahí su entusiasmo, el fervor con que acudían a los mítines a escuchar a Fidel y a Che. Todo esto contrastaba agudamente con la sociedad húngara, burocratizada, con abismos insalvables entre pueblo y dirigentes, y un estado todopoderoso e inasequible. En Cuba había una verdadera revolución, y una revolución joven. En pocos años, con las conquistas sociales que la población iba obteniendo y los discursos de Fidel, la mentalidad del pueblo fue cambiando radicalmente: antes admiraba a los Estados Unidos, luego se convirtió en antiimperialista.

En las semanas siguientes a nuestra llegada visité varios hospitales y me reuní con numerosos médicos, a los que ofrecí explicaciones sobre los productos farmacéuticos húngaros, que tenían buen renombre internacional, en particular los de la fábrica Gedeon Richter. Mientras, Isabel visitaba por su cuenta la Cátedra de Fisiología y demostraba sus experimentos ante alumnos y profesores, para asombro de

muchos, ya que esta disciplina estaba poco desarrollada experimentalmente en la Universidad prerrevolucionaria, mientras que Hungría tenía buena tradición médica y experimental.

A los pocos días de estar en La Habana se celebraba un partido de fútbol entre un equipo argentino y uno cubano, y fuimos a verlo. Cuál sería mi sorpresa al ver, en una de las tribunas, a Che. Nos acercamos a él y enseguida me reconoció y me dio un abrazo. Después del partido nos llevó a su despacho en el Ministerio de Industrias, del cual era ministro entonces. Íbamos a través de un mar de gente, en un Chevrolet Impala del año 60, sin columnas, pero en peores condiciones que el del agregado comercial húngaro, mientras la multitud que salía del encuentro deportivo lo aclamaba. Gozaba de indiscutible popularidad. Manejaba despacio, sereno y sonriente, mientras fumaba un puro, sin ninguna precaución por su seguridad, aunque dos guardaespaldas iban sentados en los guardafangos, atentos, sobre todo, a que en el tumulto nadie se hiciera atropellar por el coche.

El Ministerio de Industrias estaba instalado en dos edificios de diez pisos, uno al lado del otro, ocupados actualmente por el Ministerio del Interior, enfrente del monumento a José Martí, en la Plaza de la Revolución, donde se congregaban las multitudes para escuchar los largos discursos de Fidel Castro. El despacho de Che, hoy convertido en museo, estaba en el noveno piso, justo frente a un elevador privado que iba directo a ese piso desde el aparcamiento, lo que me asombró, pues nunca había visto una cosa así. Estaba tan emocionado por el encuentro que casi no recuerdo de qué hablamos, aunque nos contamos uno al otro algo de nuestras respectivas vidas. También me dijo que fuera a ver al doctor Piedra, decano de la Facultad de Medicina, para lo de mi trabajo.

Al mes, aproximadamente, di por terminado mi encargo para los húngaros y le entregué el informe al agregado comercial, quien valoró como buena mi actividad. En mis conclusiones resaltaba el hecho de que Cuba estaba en proceso de industrialización y que era preferible venderle materias primas y medicamentos genéricos para que pudiera desarrollar su propia industria farmacéutica, en vez de medicamentos patentados, más caros, y que las negociaciones las hicieran con el Comandante Guevara, de quien dependía esta industria. Por ese entonces, en Cuba se hallaba Celia madre, la mamá de Che, y él vino con ella y Aleyda, su esposa, a comer a casa. Por cierto, vivíamos en el mismo edificio que Orlando Borrero, su segundo en el Ministerio de Industrias y futuro ministro de la Industria Azucarera.

Poco tiempo después Isabel quedó contratada como Profesora Invitada de Fisiología, pues ya la habían visto realizar sus experimentos. Ahora me tocaba a mí buscar trabajo. El doctor Piedra estaba en un viaje largo por Europa, y los funcionarios que me atendieron en su lugar me parecieron perfectos burócratas que no estaban interesados en resolver mi problema, pero la solución salió de forma inesperada. A mi llegada, yo me había presentado ante el grupo de camaradas del Partido Comunista de España, y allí conocí a un médico hispano-soviético, el doctor Florencio Villa Landa. Él daba clases en el Departamento de Psiquiatría del Hospital Universitario «Calixto García», el más grande del país, con numerosos pabellones separados por verdaderas calles. Villa Landa me invitó a ir allí para que hablara con los profesores. Todos tenían mucha curiosidad por la medicina en Hungría, el socialismo, el levantamiento del 56 y otros temas. Me dijeron que había una plaza como médico general y que si me interesaba, podía trabajar allí. Acepté de inmediato y ellos me hicieron los trámites. El director del Departamento era el

doctor José Galigarcía, un eminente psiquiatra y bellísima persona, que aunque era de posición acomodada, se quedó por conciencia en la Cuba revolucionaria. De inmediato me puse a estudiar Psiquiatría, sobre la que tenía solo conocimientos empíricos. En particular estudiaba Psicoanálisis y Psicología Dinámica, el primero vedado totalmente en la Unión Soviética y en Hungría; la segunda, poco utilizada en la psiquiatría de aquellos países, ya que en el bloque socialista predominaba un enfoque organicista absoluto acerca de las enfermedades psiquiátricas. En una librería de segunda mano encontré lo que nunca hubiera soñado hallar en Hungría, en cuanto a variedad de títulos y de enfoques.

Estábamos contratados como profesionales extranjeros y, en esta condición, percibíamos sueldos más elevados que los cubanos y teníamos derecho a una vivienda. En nuestro caso, esto era una necesidad imperiosa, porque el pago del hotel se llevaba buena parte de nuestros salarios, además de que ya me sentía claustrofóbico de pasar tanto tiempo estudiando en la habitación del hotel, más apta para lunas de miel que para estudiar en ellas. Después de visitar varias veces al compañero encargado de estos asuntos en el Ministerio de Salud Pública, nos dieron un modesto apartamento de dos cuartos en una zona céntrica, próxima a 12 y 23, la esquina desde la cual Fidel proclamó el carácter socialista de la Revolución en vísperas de la invasión mercenaria por Playa Girón, en abril de 1961.

Ya con trabajo ambos y con vivienda, mandamos a venir a mi madre, que se había quedado con el temor de que a lo mejor la dejábamos allí, en Hungría. Nos acomodamos en el apartamento, pero un buen día se presentó un funcionario de la Universidad y le dijo a Isabel que ella, como era Profesora Invitada, tenía derecho a una vivienda mejor, y efectivamente, nos dieron un amplio apartamento de tres

habitaciones y dos terrazas en el otrora exclusivo barrio de Miramar, al oeste de La Habana. También me vendieron un coche, a plazos. Era usado, uno de los tantos que dejaron los que se fueron del país y que se vendían preferentemente a los técnicos extranjeros, a los médicos y a otros profesionales. Escogí un Opel Kapitán, todo un lujo después del Skoda que manejaba en Hungría.

En realidad, aunque en Hungría llevábamos una vida acomodada, en Cuba, en nuestra condición de técnicos extranjeros, disponíamos de un confort superior, porque había todavía tiendas particulares que ofertaban pequeños lujos y comodidades heredadas del período prerrevolucionario, y subsistían desigualdades que nos permitían, por ejemplo, tener una empleada doméstica (a través de la misma Empresa para la Atención a Técnicos Extranjeros) y adquirir coches occidentales. También comprábamos en tiendas especiales, mejor surtidas que las otras y con entrega a domicilio, aunque esto no duró mucho. Esta atención especial a los técnicos extranjeros era comprensible por la sangría que había sufrido el país con la huida de los médicos y otros profesionales, asustados por el fantasma del comunismo y las campañas propagandísticas de los Estados Unidos contra Cuba. Aunque en algo sí acertaron: la Revolución se encaminaba realmente hacia el comunismo, tal vez más deprisa por el bloqueo y los ataques de la gran potencia del Norte. También disfrutábamos de las magníficas playas. Con frecuencia íbamos al círculo de los médicos, en la playa de Santa María, al este de la Habana, que permaneció exclusivo para estos todavía un año más, aproximadamente. Un día habíamos ido a esa playa en compañía de mi amigo Luis Azcárate (ya mencionado, que ahora trabajaba en Cuba como ingeniero en la industria sideromecánica) y una de sus hijas, cuando Fidel, rodeado por algunos guardaespaldas, se metió en el agua por donde

estábamos nosotros y nos saludó, nos preguntó que de dónde éramos y entablamos una breve conversación. También lo veíamos frecuentemente en el hotel. Situaciones como esta eran inimaginables en Hungría, donde los dirigentes vivían muy aislados de la población.

En Cuba se estaba realizando entonces uno de esos empeños que parecen imposibles: alfabetizar a toda la población. Se hizo una campaña bien organizada. Y los alfabetizadores, con su uniforme y una lámpara incandescente de keroseno, se dirigieron a todos los rincones del país (inclusive a las zonas campesinas más atrasadas), donde estuvieron cerca de un año conviviendo con los campesinos en sus bohíos (casas rústicas con piso de tierra y techo de guano, que son hojas de la palma). Con unas cartillas confeccionadas al efecto, enseñaron a leer y a escribir a todos los analfabetos. Lo mismo se hizo en las ciudades. Quienes lo hacían eran no solo los maestros, sino los alumnos de secundaria y miles de otros voluntarios. El 22 de diciembre de 1961, cuando se dio por finalizada la campaña, decenas de miles de alfabetizadores, portando banderas y lápices gigantes, desfilaron frente a la tribuna de la Plaza de la Revolución, gritando: «¡Fidel, Fidel, dínos qué otra cosa debemos hacer!» Isabel y yo estábamos en la tribuna de los invitados. Yolanda Pérez, una amiga de los tiempos de Hungría que trabajaba en la atención a los extranjeros, nos había dado las entradas. En la tribuna central, cerca de Fidel, se hallaba el Che.

Capítulo 14

Docencia, psiquiatría y marxismo

Me incorporé con entusiasmo al Departamento de Psiquiatría, seguía estudiando por mi cuenta y aprendía mucho en los pases de visita y en las discusiones de casos. Observaba que en las opiniones de los médicos se refractaban, como en un prisma, las luchas ideológicas que tenían lugar en el movimiento revolucionario, aunque con los matices filosóficos y científicos propios de esta especialidad. En efecto, en el campo revolucionario se enfrentaban, aunque no antagónicamente, dos tendencias: la del Movimiento 26 de Julio, encabezado por Fidel, quien había dirigido la lucha armada hasta acabar con la tiranía batistiana, y la de los viejos comunistas del Partido Socialista Popular (PSP), una parte de los cuales, hacia el final de la contienda, se unieron a Fidel y lograron una cuota de poder. Luego del triunfo, Blas Roca (antiguo secretario general de dicho partido), reconociendo el liderazgo de Fidel, puso el viejo Partido a disposición de la Revolución. En aras del llamado a la unidad se constituyeron las Organizaciones Revolucionarias Integradas (ORI), formadas por las fuerzas del Movimiento 26 de Julio, el PSP y el Directorio Revolucionario 13 de Marzo. Posteriormente, como consecuencia del desarrollo de una facción sectaria en su seno y tras un proceso de depuración, se disolvieron las ORI y comenzó el proceso de formación del Partido Unido de la Revolución Socialista de Cuba (PURSC), a partir de asambleas y discusiones con la participación de las tres formaciones antes mencionadas. En 1965 el PURSC convoca a una reunión nacional

de sus cuadros y se decide allí unánimemente el cambio de nombre por el de Partido Comunista de Cuba, con Fidel como primer secretario y Raúl como segundo. Los periódicos nacionales *Hoy* (órgano del PSP) y *Revolución* (partidario del Movimiento 26 de Julio) fueron convertidos en uno: el *Granma*, situación que se ha mantenido hasta el presente.

En estos años ocurre un hecho inolvidable para mí, la Crisis de los Misiles (octubre de 1962), cuando los aviones espías norteamericanos fotografiaron un silo de cohetes soviéticos casi operacional en la región de San Cristóbal, en la provincia de Pinar del Río, al oeste de La Habana. En realidad, ya desde antes era un secreto a voces en Cuba que camiones cargados con largos y voluminosos tubos circulaban por la noche, y también otros camiones cargados con jóvenes rubios no uniformados, aunque sí vestidos de la misma manera, pero que se notaba a la legua que no eran cubanos. Fidel, por su parte, explicaba en sus discursos que las armas que tenía Cuba eran de índole defensiva, necesarias por las amenazas norteamericanas contra la Revolución. Unos técnicos chilenos que trabajaban en la Universidad se asustaron y se fueron. Pero el pueblo cubano no se arredró ante el inminente peligro que lo acechaba, estaba unánimemente al lado de Fidel, el Comandante en Jefe. Pocas veces en la historia de los pueblos se ha registrado una identificación entre pueblo y dirigentes de manera tan estrecha y entusiasta como la de aquellos días. La gran mayoría estaba unida, junto a Fidel, y cumpliendo las tareas que se les había encomendado: en la defensa unos, en la producción los otros.

Inmediatamente, cuando se declaró la Crisis de los Misiles, nos acuartelaron en el hospital, pero no hacíamos nada. Isabel y yo queríamos participar más activamente en la movilización de todo el pueblo y nos presentamos en un centro de reclutamiento. Resultó ser una división organizada por el

Ministerio del Interior. Isabel estaba en esos momentos embarazada, de modo que la destinaron a vacunar a las tropas; y a mí, como jefe del puesto médico de uno de los batallones. Me sentí orgulloso cuando vestí por primera vez el uniforme de las Fuerzas Armadas Revolucionarias. Me dieron una mochila con medicinas y equipos de curación, y después de una escala temporal nos atrincheramos en un barrio del sureste de la ciudad: el Reparto Eléctrico. Se había formado un cerco defensivo rodeando La Habana.

Allí dormíamos en un bohío, y hacía un frío horrible para estas latitudes. En realidad fue uno de los inviernos más fríos de los últimos años, y con el clima húmedo se sentía mucho más. Apenas podía dormir en la hamaca, pues no estaba acostumbrado a ella y el frío me lo impedía. En el campamento me ocupaba de la purificación del agua y de atender las pequeñas dolencias que suelen aparecer en una tropa cuando no participa en combate. También encontré a un simulador, quien fingía un dolor inexistente en el hombro, lo que le «impedía» cavar trincheras. Le apliqué un tratamiento de 30 microinyecciones de Novocaína (no era una tortura, si el dolor fuera real se lo habría quitado; como era fingido, solo sintió los 30 pinchazos), que lo mantuvieron alejado de la enfermería a todo lo largo de la movilización. Por ambulancia tenía un tosco camión soviético que aprendí a manejar rápidamente. Allí me hice amigo de Lucindo, un detective que teóricamente sería el chofer de la ambulancia que no llegó a tener. La amistad perdura en la actualidad.

Los aviones norteamericanos pasaban en vuelo rasante sobre nuestras cabezas, pero teníamos órdenes estrictas de no dispararles. Había una gran tensión, pues estábamos bajo la amenaza de un golpe nuclear, pero ni la tropa ni la población tenían miedo. Albergaban una fe inagotable en Fidel y afrontaban el futuro con serenidad. Permanecí movilizado poco

más de veinte días, y luego volví satisfecho a mi trabajo en el hospital, con una hoja de reconocimiento en el bolsillo.

Unos dos meses después me llamó a su despacho el jefe de Servicios Médicos del Ministerio del Interior, quien me había reclutado en la Crisis de Octubre, para decirme que tenían un batallón luchando contra los alzados en la provincia de Matanzas, al centro del país, y que su médico se había enfermado. Me preguntó si yo podría reemplazarlo. Acepté inmediatamente, y unos días después me presenté en el campamento. El jefe del batallón era el mismo que tuve durante la Crisis de Octubre, al que por su vocabulario llamaban «Teniente Coj...»

Esta unidad era más numerosa que la anterior y estaba fogueada. La jefatura del batallón tenía un *jeep* soviético y había además varios camiones para la tropa, pues nos movilizábamos de operaciones a distintos lugares, según las informaciones que se recibían de la presencia de los alzados. Primero acampamos en las inmediaciones de Jagüey Grande, en medio de un naranjal que dejamos pelado. Contábamos con unas cuantas tiendas de campaña (yo tenía una, que hacía las veces de enfermería) y para brindar atención me auxiliaban un enfermero y dos sanitarios o camilleros. Me aburría estar allí, de modo que le pedí al teniente participar en las operaciones, a lo que accedió. Me dieron una metralleta checa, fácil de manejar. Era un arma para distancias cortas, los buenos tiradores portaban fusiles FAL belgas.

Las operaciones consistían fundamentalmente en acciones de cerco y «peine»: la jefatura recibía una información de la Seguridad, en el sentido de que había bandidos en una zona o caserío determinado, y entonces salíamos de noche, antes de la madrugada, en los camiones que nos iban dejando a unos diez metros de distancia unos de otros, en perfecto silencio, rodeando el lugar en cuestión. Una vez que ya estaba

el cerco tendido, entraba el «peine» desde el otro lado, cada soldado más próximo uno al otro, empujando a los alzados contra el cerco en una operación de pinzas. Algunas operaciones eran difíciles, como «peinar» un campo de caña espeso a pleno sol. Tendimos otro cerco en la Ciénaga de Zapata, más al sur, donde abundaban los mosquitos y los terribles jejenes, esos minúsculos insectos que penetraban a través de la gasa con la que nos cubríamos la cara.

Muchas veces no lográbamos resultados, pero pronto se aclaró el misterio. Los campesinos que daban cobijo a los bandidos solían cavar huecos dentro de sus viviendas, donde los ocultaban, con la entrada bien camuflada, mientras permanecían en absoluto silencio. Buscábamos sobre todo a la banda de un forajido, el Pichi, que había cometido varios asesinatos en la provincia.

Al final rodeamos al Pichi y sus secuaces cerca de la costa norte, en una elevación cercana a la localidad de Limonar; pretendían escapar a los Estados Unidos en un barco, pero no lo lograron. Fue un combate con todas las de la ley, porque se habían hecho fuertes detrás de unas rocas, y yo me enfrentaba por primera vez con una situación de guerra real. Hubo heridos de ambas partes. A uno de los nuestros, con una herida en el pecho, lo llevé hasta la ambulancia, cubriéndolo con la camisa de mi uniforme. La ambulancia lo trasladó al Hospital Militar de Matanzas.

Más de treinta años después, estaba yo en una de mis caminatas de jubilado por La Habana, cerca del río Almendares (que separa El Vedado de Playa), cuando un guardia de seguridad que había frente a un establecimiento comercial me reconoció: era compañero de aquella batalla y me dio detalles que yo casi no recordaba. Me puso por las nubes y me preguntó si me habían otorgado la Medalla de la Lucha contra Bandidos. Le dije que no, y él se ofreció y me entregó luego

un aval en el que certificaba mi comportamiento entonces. Para mi asombro, unos meses después me la concedieron. Yo estaba de viaje por el interior y mi hijo Fernando fue a recogerla. Es la única medalla que tengo.

Por entonces yo portaba una pistola, lo que en aquellos momentos era un símbolo de estatus, pues como oficial debía llevar arma corta, aunque en aquella época no se había introducido todavía la estructura militar en el MININT. La pistola era una Walther P38 alemana, como las que usaba la Gestapo (policía secreta de los nazis). Cuando me llamaron en el 62 para combatir contra los bandidos, no pensé en nada más que lo que me dijeron: que el médico se había enfermado. En años posteriores, y ya con más experiencia, caí en la cuenta de que había sido una prueba a la que me sometían, pues tenían planes futuros para mí.

Concluido mi compromiso en Matanzas, regresé al hospital con la satisfacción del deber cumplido, como suele decirse. Me había puesto a prueba una vez más, y la había pasado.

Poco después, el 29 de abril de 1963, Isabel dio a luz. Fue una niña, a la que pusimos Ana María, y también tendría varias vidas sucesivas. Isabel no había querido tener hijos mientras estuvimos en Hungría, principalmente a causa de su trabajo, pero aquí en Cuba por fin nos decidimos. Ya era hora, ambos teníamos 35 años.

En el Departamento de Psiquiatría, entretanto, me habían nombrado Profesor Auxiliar: tenía que dar clases a los estudiantes en su rotación por esta especialidad, y entonces no me imaginaba qué consecuencias tendría para toda mi vida. Las clases las daba a pequeños grupos de diez o quince estudiantes, y me quedaba afónico, porque mi voz tenía que competir con el estruendo de un compresor eléctrico que estaba justo debajo de la ventana. Además de las clases, hacía

demostraciones prácticas de hipnosis, que despertaban la curiosidad de los estudiantes.

Un día la práctica era una visita al Hospital Psiquiátrico de La Habana, conocido como Mazorra, una institución para pacientes crónicos, la que antes de la Revolución era una verdadera cárcel, donde los enfermos estaban sucios, desnudos, acostados en el suelo y sin ningún tratamiento. La Revolución, en la persona del doctor Bernabé Ordaz (quien había estado en la Sierra Maestra con el Ejército Rebelde y ostentaba el grado de Comandante, máxima jerarquía militar que se otorgaba allí), lo convirtió en una institución humana y científica, que logró grandes éxitos utilizando inteligentemente la terapia ocupacional y las actividades deportivas y culturales, aparte de los tratamientos convencionales modernos. Pero seguía siendo un establecimiento de enfermos crónicos. En nuestra visita observamos a un paciente en estado catatónico, es decir, inmóvil, rígido y sin contacto con la realidad que le rodeaba desde hacía más de veinticuatro horas. Quise poner a prueba mis conocimientos de psicoterapia y me agaché para hablarle al oído. En estos casos oyen más el cuchicheo que los gritos. Me puse en su lugar y le dije lo que a mí me hubiera gustado oír de estar en semejante situación. Para asombro de todos, y de mí mismo, a los diez minutos se despertó, se levantó y comenzó a conversar. Fue todo un éxito.

Tuve otros éxitos terapéuticos más, entre ellos el caso de un estudiante de ingeniería que entró en una psicosis profunda, pero pude sacarlo de ella y reanudó sus estudios. Años después me lo encontré en la calle perfectamente restablecido. Y el de un detective joven, quien por el mucho trabajo, la falta de sueño, el estrés, los estimulantes y el alcohol, se psicotizó, y que logré volverlo a la realidad. Posteriormente estudió Medicina y practicó Ortopedia, aunque quedó emocionalmente

inestable, de modo que aconsejaron jubilarlo por enfermedad. Todavía lo veo de vez en cuando. Tuve también fracasos, pero, falto de modestia, no voy a hablar de ellos aquí.

Ocurría también por esos años sesenta que los psiquiatras tenían curiosidad por conocer el marxismo y las particularidades de la especialidad en los países socialistas. Buena parte de ellos poseían una formación psicoanalítica, aunque pocos eran psicoanalistas ortodoxos. Por el otro lado estaban los que procedían del antiguo partido comunista (Partido Socialista Popular), por entonces familiarizados con las doctrinas en boga en la Unión Soviética, conocidas como «Reflexología», y las defendían a ultranza. Se trataba de una doctrina de Estado, altamente especulativa, que según ellos era la aplicación de los descubrimientos del insigne fisiólogo ruso Iván Pavlov sobre los reflejos condicionados, sacadas de su contexto experimental y aplicadas a la psiquiatría, campo en el que Pavlov jamás incursionó. La divulgación de estas doctrinas como representativas del marxismo más puro, junto al ataque contra todas las numerosas corrientes de la psiquiatría occidental, tachándolas de idealistas, creó una gran confusión ideológica, a la vez que una división peligrosa entre profesionales que apoyaban unánimemente a la Revolución y que, por otro lado, los estigmatizaban como antimarxistas. Como si esto fuera poco, en esos años aterrizaron en La Habana, en calidad de invitados, dos profesores rusos: Viktorov e Isaiev, que eran la quintaesencia del sectarismo y la escolástica, y echaron más leña al fuego.

Lo más curioso del caso de la «Reflexología» es que solo tenía una existencia virtual, en algunas publicaciones teóricas y para el extranjero. Pero los psiquiatras rusos, como los húngaros que yo conocía tan bien, eran organicistas, seguían la escuela alemana que achacaba todas las perturbaciones de la conducta a lesiones en el cerebro.

El Hospital Psiquiátrico de La Habana, donde predominaban estas concepciones, dio gran publicidad a la visita de los profesores soviéticos, que eran agresivos en las polémicas e incrementaron la confusión entre los psiquiatras.

Yo, que venía del campo socialista (ya sabía de la pobreza teórica y clínica de la psiquiatría en estos países) y había conocido en Cuba la riqueza y variedad de los conocimientos psiquiátricos de Occidente, participaba en la medida de mis posibilidades para evitar esas divisiones y buscar una articulación teórica entre la psiquiatría y el marxismo. En la Argentina había leído un valioso libro de don Ramón Turró (eximio fisiólogo y filósofo catalán), titulado *Los orígenes del conocimiento: el hambre*, escrito con gran rigor científico y filosófico, que contenía implícita una crítica a las concepciones soviéticas que se desarrollaron después, y que me ayudó considerablemente a rebatir la concepción mecanicista que tanto tiempo imperó en la Unión Soviética, la «Reflexología», basada en la teoría del reflejo leninista. Con ese fin escribí un folleto con el pomposo título de *El materialismo dialéctico y la medicina*, que la Universidad me publicó, aunque con la aclaración de que no compartían mis puntos de vista. Poco después de su publicación fui citado al Departamento de Filosofía de la Universidad, donde casi me hicieron un juicio inquisitorial por mis afirmaciones. Ellos no me conocían y creían que yo era un intelectual trasnochado y diversionista, pero aquello no llegó a mayores.

Poco a poco las cosas volvieron a su cauce y se dejó de hablar de la «Reflexología» en el campo psiquiátrico. Durante este período había habido una dualidad en la línea de la Revolución, en el campo de la intelectualidad. El concepto rector de la política revolucionaria en materia cultural, a propósito de una reunión con los intelectuales (1961), había sido un pensamiento de Fidel: «Dentro de la Revolución, todo; contra

la Revolución, nada». En 1967 se había creado el Instituto del Libro, para el que se destinaron fuertes recursos, que publicó centenares de obras científicas y técnicas norteamericanas, sin pagar por los derechos de autor: eran los libros «fusilados», como luego los conoció la población, que se destinaban a los estudiantes universitarios. Y en concordancia con aquel concepto rector, también en las librerías se podían comprar libros de Antonio Gramsci, de ideólogos de la izquierda europea y de autores renombrados en el campo de la filosofía, la sociología y la antropología, entre otros, y se publicaba mensualmente por aquel mismo Departamento de Filosofía de la Universidad de La Habana la revista *Pensamiento Crítico*, abierta a autores de diversas tendencias. No duraría mucho, un tiempo después fue cerrada. Poco a poco fueron desapareciendo de las librerías los libros no ortodoxos desde el punto de vista marxista.

Mientras tanto, el país seguía adelante, después de aplicar las leyes de nacionalización, la Reforma Agraria y Urbana, que favorecían al pueblo. Pero ya se hacía sentir la escasez en el abastecimiento de víveres, lo que había obligado a establecer un racionamiento, «la libreta», que aseguraba una distribución equitativa de lo que había, que no era mucho.

Todo esto requeriría una explicación más larga y documentada, ya que la historia de la Revolución no fue un proceso lineal, sino lleno de fracturas y contradicciones, que no cabe describir en estas memorias. Me limito a lo esencial para dar una idea del clima que me rodeaba en aquellos años.

Capítulo 15

Nuevos retos. Ministerio del Interior

Regreso momentáneamente a 1963, porque fue en ese año que recibí una llamada del jefe de Servicios Médicos del Ministerio del Interior, con quien había tratado en las dos movilizaciones, y fui a verlo. Me dijo que su jefe, a quien yo no conocía, quería verme. Era el propio Ministro del Interior. En la entrevista me propuso concretamente que ingresara a ese organismo, aduciendo que no tenían un psiquiatra propio y que me necesitaban, pues no habían tenido buenas experiencias con otros profesionales civiles. Valoré detenidamente la propuesta. Por un lado era un honor ser propuesto para trabajar en el Ministerio del Interior, organismo altamente selectivo, que estaba en la primera línea de defensa de la Revolución contra los ataques de sus enemigos. (En aquel momento no lo sabía, me enteré muchos años después, que habían consultado el asunto con Che.) Por el otro, yo intuía que una vez dentro perdería muchos de mis contactos con la vida civil, con los profesores y demás colegas. Sentí que todavía no estaba preparado y le pedí un año para completar mi formación como especialista. No obstante, acordamos que en mis ratos libres haría las tareas que me encomendaran. Estas consistían, principalmente, en ver casos de enfermos y hacer evaluaciones psicológicas al personal de nuevo ingreso. Para esto preparé una batería con diversos test que cubrían las áreas de interés para el personal del organismo. En ello me fue muy útil la lectura del libro *Assesment of Men*, porque explicaba el funcionamiento del centro que tenían los servicios

especiales norteamericanos en un lugar de Virginia, conocido como La Granja (*The Farm*), para evaluar y seleccionar a sus agentes. Un psicólogo amigo que estudió en los Estados Unidos me lo había recomendado, lo mandé a comprar en ese país y me fue muy útil. Más adelante acordé, con el mencionado funcionario, que trabajaría de manera compartida: seis horas para el hospital y la Facultad, y dos horas en las tareas del MININT, lo que me facultaba para ir de uniforme.

Cuando comencé a trabajar en el MININT me di de baja del Partido Comunista de España, pues en esas circunstancias no me parecía ético seguir perteneciendo a sus filas mientras, por otro lado, debía acatar la disciplina militar de este país. Ya había tenido mis discrepancias con ellos por su posición filosoviética a ultranza y sus críticas veladas a la dirección del proceso revolucionario cubano. Me había hecho el propósito de ganarme la militancia en el Partido cubano por mis propios méritos y no por haber estado antes en el Partido Comunista de España. No sabía entonces lo largo y difícil que me resultaría conseguirlo.

Mientras esto ocurría, sucedieron otras cosas importantes en mi vida: me enamoré. Laly era una de las estudiantes de mi grupo, de ojos y cabellos negros, que se destacaba por su belleza, inteligencia y simpatía. Además, tenía una marcada personalidad. Nunca olvidaré un día en que le llamé la atención por llegar tarde a la clase y se defendió elegantemente aduciendo la estética: había ido al dentista a arreglarse un diente partido, ¿cómo iba a presentarse en clase con un diente partido? Me convenció. Era muy activa en las clases y empezamos a simpatizar.

Un día nos encontramos fuera del hospital, nos pusimos a conversar y me pareció que la situación estaba madura para una cita. La invité a comer en la Casa Potín, en Línea y Paseo, con un vino clarete, y luego salimos a pasear en el

coche. Eso ocurrió el 23 de agosto de 1963, y por largos años celebramos en la intimidad este aniversario secreto. Hablamos mucho de nosotros mismos, nos fuimos conociendo y cada vez me atraía más. Concluimos besándonos y citándonos para otra vez. Me dijo que tenía novio, un médico, y que estaban haciendo preparativos para casarse. Pero nuestro amor se encendía más con cada día que pasaba y decidió romper con él, para disgusto de sus padres, lo cual se acrecentó cuando se enteraron de que estaba enamorada de un hombre casado, y para colmo militar. Nos veíamos todos los días y hablábamos por teléfono de noche y de madrugada. Llegó un momento en que no soportaba la doble vida y me fui de mi casa, aunque iba por allí a ver a la niña, que era atendida por mi madre y la doméstica que había en la casa, en las horas de trabajo de Isabel. Yo no tenía dónde vivir, pero el Ministerio de Salud Pública me dio en alquiler una casa en el barrio de los técnicos extranjeros, en Alamar, al este de La Habana, que resultaba muy cara. Los domingos Laly iba a visitarme en autobús desde el otro extremo de la ciudad, y a veces me llevaba unos sabrosos flanes que, según me dijo, hacía ella, pero yo sospechaba que eran elaborados por su mamá.

Mi madre no me perdonó nunca que abandonara a Isabel, pero un matrimonio sin amor no sirve para nada.

Por esta época (corría 1965) ya estaba trabajando a tiempo total en el MININT, de modo que le informé al jefe de Servicios Médicos mi propósito de casarme, diciéndole, como era reglamentario, el nombre de la novia, del que tomó nota. Unos días después me convocó nuevamente y, en tono muy serio, me comunicó que no podía casarme con ella porque había sospechas de que estaba siendo «manejada por el enemigo», que debía cortar inmediatamente la relación y no podía decirle la causa. Me quedé frío, pero les pedí que me

mostrarán las pruebas, a lo cual tenía derecho, porque me parecía improbable tal cosa. De todos modos, siguiendo la disciplina militar, corté mi relación con ella y no le dije la razón. A los pocos días me citó otra vez el jefe de Servicios Médicos. Estaban presentes un oficial de la Seguridad del Estado y el agente que había aportado la información. El caso es que este agente, que se presentó ante ella como contrarrevolucionario, la fue a ver en una ocasión cuando estaba ingresada en el hospital y le dijo que estaba siendo perseguido por la Seguridad, que le guardara la pistola por unos días. Ella supuestamente aceptó, lo que demostraba (me dijeron) que estaba ayudando a los contrarrevolucionarios.

A mí no me convenció la historia, en primer lugar porque no conocía que ella hubiera estado ingresada en un hospital, de modo que empecé a investigar por mi cuenta. Su mejor amiga, María del Carmen, vivía cerca de mi casa y la fui a ver, tuve varias conversaciones con ella, tratando disimuladamente de averiguar si había estado ingresada. Por fin me enteré de los hechos. Resulta que Laly tenía una prima de aproximadamente la misma edad, el mismo apellido y apariencia física semejante, que sí había estado ingresada en el hospital que el agente decía (el «Calixto García»). Con estos elementos en la mano, pedí una nueva reunión con los mismos participantes y les expuse los hechos. No tuvieron más remedio que admitir su error, que trataron de justificar con el exceso de trabajo y la pobre confección de los informes. Se levantó el veto. Pero no dejé de pensar en cuántos casos podía haber ocurrido algo similar en el torbellino de los primeros años de la Revolución.

Cuando se levantó la prohibición, llamé enseguida a Laly, quien al principio no quería saber de mí, pero poco a poco se reconcilió conmigo e hicimos planes de matrimonio. Me pidió que fuera a pedirle la mano a su padre, cosa que hice,

asegurándole que estaba en trámites de divorcio, como era cierto. Así llegamos a mayo de 1965. El divorcio se firmó el día 13 y el papel me llegó poco antes del 18, cuando nos casamos en una notaría de la Habana Vieja. Hicimos una pequeña celebración en su casa, a la que asistieron los amigos más cercanos, entre ellos el jefe de Servicios Médicos. Luego nos fuimos al Hotel Habana Libre, que siempre permitía hacer reservaciones de tres días para los recién casados. Pero, mientras, habían pasado otras cosas.

Una de ellas era que mi madre había recibido una carta de los parientes en España. Yo, como miembro del MININT, no podía tener correspondencia con ningún extranjero, aunque fuera familiar mío. Mis parientes contaban que habían ganado un juicio sobre mi herencia, que ascendía a unos cien mil dólares (de aquellos tiempos), más un apartamento en Madrid. En mi posición no podía imaginarme a mí mismo poseyendo esa herencia y decidí donarla al Gobierno revolucionario. Pedí a cambio un apartamento para mi madre (pues Isabel retornaba pronto a Hungría, después de casarse con el embajador de ese país) y que se le otorgara una pensión, porque ella no tenía ingresos propios. Y para mí solicité un coche, el modelo más barato de Volkswagen. Hice los poderes en el Ministerio de Relaciones Exteriores y escribí una carta explicativa a mis primos. Pero los diplomáticos fueron muy rápidos, y antes de que llegara mi carta, ya se habían personado en su casa con los poderes, interviniendo todo, revisando todas las facturas y cuentas, hasta el punto de que mis parientes no sabían a qué atenerse, pensaban que sería un amigo mío que recogía las cosas en mi nombre, cuando no era otra persona que el abogado del Consulado cubano en Madrid. El disgusto fue mayúsculo y solo muchos años después, en 1998, ya jubilado y con la ciudadanía española recuperada, pude viajar y explicarles personalmente lo

ocurrido. Por cierto, en ningún momento recibí comprobante alguno de mi donación.

Capítulo 16

La clínica psiquiátrica del Ministerio del Interior

La tarea que me asignaron cuando ingresé a tiempo completo al Ministerio del Interior fue organizar una clínica psiquiátrica para su personal. Para ello me entregaron la residencia que había sido sede de la Embajada de Brasil (país que para esa fecha había roto relaciones con Cuba), ubicada en una céntrica avenida de El Vedado, y me dieron carta blanca para el programa y el proyecto. El inmueble era muy apropiado para esos fines, pues constaba de dos edificios y tenía amplios jardines, donde los pacientes podrían pasear o sentarse a la sombra. No pude viajar a ninguna parte para asesorarme, de modo que me basé en mi experiencia, en las instituciones existentes (aunque no para copiarlas), en mis estudios sobre las modernas instituciones psiquiátricas en el extranjero, el análisis de cuáles debían ser sus objetivos y peculiaridades, dadas las características de sus futuros pacientes, y en mi sentido común.

Uno de los principales problemas que debía resolver era el prejuicio contra la psiquiatría, extendido en la población, y más fuerte aún entre el personal del Ministerio, que decía (no sin cierta razón) que si los declaraban «locos» les darían de baja del Ministerio, lo cual no deseaban en absoluto, pues era una cuestión de honra pertenecer a ese cuerpo militar. En aquel entonces los psiquiatras eran llamados popularmente «loqueros», y se identificaba erróneamente enfermedad

psiquiátrica y «locura». Pero no era esta la patología dominante en el MININT ni mucho menos, sino problemas neuróticos, de personalidad, de estrés, agotamiento y otros trastornos ocupacionales principalmente. Aunque en los jóvenes reclutas del Servicio Militar, que no habían sido admitidos mediante una evaluación profunda, podían presentarse cuadros más graves. Para combatir el prejuicio, impartí conferencias y charlas a grupos de oficiales, jefes y personal llano.

El otro paso que debía dar era crear un servicio abierto, sin enclaustramiento. La población que tratábamos era personal selecto, que cumplía responsabilidades sociales muy serias y no podíamos despojarlos de su conciencia y autoestima encerrándolos bajo llave, aislándolos de sus familias y de sus compañeros. Fue el primer servicio psiquiátrico abierto del país, situado, además, en una zona residencial. A tenor de esto, hablamos primero con los vecinos para explicarles qué clase de institución estábamos formando.

Otro problema serio era la carencia de personal especializado. Al principio estaba yo solo con dos enfermeras, luego se me unieron dos estudiantes de los últimos años, que eran miembros del propio Ministerio. Y por último estaba el problema del acondicionamiento de los locales. Había que hacer arreglos e instalaciones, y eso llevaba tiempo. Mientras, empezaban a llegar enfermos que había que tratar y devolver a su trabajo. Posteriormente se incorporarían una residente de Psiquiatría, dos internos de la misma especialidad y una psicóloga. La residente, doctora Yodalia Leyva, era «prestada», pero en los años que estuvo allí nos brindó una magnífica ayuda.

Poco a poco había ido redondeando la idea de lo que sería la clínica y elevé el programa a mis superiores para su aprobación, partiendo de que debía haber una proporción y articulación entre la vertiente puramente clínica y la social y laboral.

Para esto me sirvió de algo la experiencia como médico de los seguros en mi distrito de Budapest, donde aprendí a valorar el papel del estrés laboral y de la familia, por ejemplo, y mis lecturas sobre comunidades terapéuticas en distintos países. También articulaba la vertiente terapéutica o curativa con la preventiva. Sin entrar en muchos detalles, que no vienen al caso, diré que nos fijábamos en la procedencia de los pacientes, es decir, en qué órganos trabajaban, para estadísticamente investigar dónde había más enfermos; es decir, una mayor tasa de morbilidad. Luego hablábamos con los jefes de estos órganos para conocer las condiciones de trabajo y los factores estresantes que pudieran ser el origen de sus trastornos, a fin de tomar medidas para precaverlos. También hacíamos estudios epidemiológicos de muestras del personal de distintos órganos, para detectar patología latente: los que no habían acudido a la consulta aun necesítandolo. Esto nos daba un mapa de las áreas más conflictivas, que era útil para la superioridad también. Para elaborar esta información usábamos tarjetas manuales precodificadas, que estábamos a punto de reemplazar por otras perforadas, pero procesadas manualmente. Muy a lo lejos soñábamos con utilizar computadoras, pero esos tiempos aún no habían llegado. Estoy hablando del año 1965.

Del mismo modo, a veces encontrábamos pacientes que no hubieran debido ingresar al Ministerio por motivos psicológicos o neurológicos, lo que comunicábamos al departamento de personal para que perfeccionara sus métodos de selección. Por último, en la clínica se hacían actividades culturales, psicoterapias de grupo y reuniones con los pacientes y el personal, para discutir sobre el funcionamiento de la clínica. En estos intercambios intervenían los pacientes, lo que les daba un sentido de responsabilidad y de participación en las decisiones, y evitaba que cayeran en un limbo psiquiátrico. A todo

esto lo llamábamos Comunidad Socioterapéutica. En el Sexto Congreso Médico Nacional, la doctora Leyva presentó un trabajo con este título, exponiendo su concepción y funcionamiento, lo que despertó el interés de los asistentes.

Otra de las prácticas que introduje fue que siempre atendía, personalmente, a los pacientes nuevos. Les hacía una entrevista y un examen exhaustivos, que me llevaban una hora y media o más, y anotaba en la historia clínica mis hallazgos y conclusiones diagnósticas preliminares, apuntando orientaciones al psicólogo (en realidad era una psicóloga) sobre qué aspectos seguir explorando y qué tratamientos coadyuvantes se indicaban: ventilación de conflictos, relajación, etcétera; así como observaciones al personal que haría los exámenes complementarios. Con todos estos elementos hacíamos una discusión diagnóstica y decidíamos quién tomaría en sus manos el tratamiento y seguimiento del caso. Las historias clínicas eran la clave para un control efectivo del trabajo asistencial. Yo las revisaba todos los días para conocer los nuevos elementos y discutíamos colectivamente la evolución de los casos. El sistema funcionaba, pues permitía una uniformidad en la atención a los pacientes, a la vez que se valoraba el aporte de los distintos profesionales. Yo era muy exigente con el personal y algunos no me lo perdonaron. Luego les llegaría el tiempo del desquite. Pero también logré cultivar amistades duraderas. La institución que continuó el trabajo de esta clínica (ahora ubicada en otro lugar, más amplia y dotada de personal altamente calificado) es en la actualidad uno de los mejores centros psiquiátricos del país, si no el mejor.

En la etapa que narro, simultanéé mi trabajo al frente de la clínica con varias investigaciones sociales, como una realizada a los cubanos que emigraban hacia los Estados Unidos, para conocer desde entonces sus verdaderas motivaciones.

Esta investigación fue iniciada por profesoras de la Facultad de Psicología de la Universidad de La Habana.

Al mismo tiempo, algo que despertaba todo mi interés era la teoría de sistemas y la cibernética, aunque yo no poseía base matemática. Empezamos, como dije, con tarjetas precodificadas, de uso manual, donde apuntábamos las principales variables clínicas y sociales (institucionales) de cada paciente, para elaborar análisis mensuales de ambas vertientes. También elaboré un documento en el que se abordaba la concepción de la labor de los distintos órganos del MININT como flujos de información y nudos de decisión y retroalimentación. Creo que empleé un lenguaje demasiado teórico, porque no tuvo ningún éxito.

Una de las condiciones más favorables de nuestro trabajo es que no estábamos atados por esquemas, y teníamos acceso a la literatura científica que se necesitaba y que consultábamos en la Biblioteca de la Facultad de Medicina.

En la clínica trabajaba desde temprano en la mañana hasta la madrugada, por lo que necesitaba vivir lo más cerca posible. En fecha coincidente con mi boda, el Ministerio del Interior nos otorgó una vivienda, bajo las condiciones establecidas en la Ley de la Vivienda sancionada por el Gobierno revolucionario; es decir, se pagaba de alquiler el diez por ciento de los ingresos totales de los que vivían en ella. En este caso, como Laly no se había graduado todavía, era el diez por ciento de mi salario. En su mayoría, estas viviendas eran las que habían dejado los que se iban del país, que todavía eran muchos, así que estaban amuebladas, y por los muebles se pagaba otro tanto hasta el valor fijado en la tasación que se hacía antes de firmar el contrato. Posteriormente, en los años 90, se promulgó una nueva Ley de la Vivienda que permitía obtener la propiedad del inmueble una vez amortizado el valor fijado en la tasación. Esto benefició a centenares de miles

de cubanos que hoy disfrutan de vivienda propia, y que pueden dar en herencia a sus descendientes. Pero tiene una cláusula restrictiva: no se puede vender a terceros, para evitar el enriquecimiento ilícito, sino solamente al Estado, por el precio que se pagó por ella.

Después de la boda pasamos una corta luna de miel en Hungría. Aproveché que necesitaba liquidar el apartamento dejado allá y resolver otros asuntos pendientes en Budapest, para hacer este viaje, que duró unos cinco días. Mientras, la familia de Laly nos limpió y pintó el apartamento, que estaba en el piso catorce de un edificio cercano a la clínica. Constaba de dos habitaciones, baño, sala comedor, cocina, un pequeño pasillo y un balcón relativamente amplio.

Al ingresar al MININT, automáticamente cesé en mi condición de técnico extranjero, con las discretas prerrogativas que todavía suponía.

Fue alrededor de 1965 (un año intenso para mí) que también me hicieron llegar, para que la estudiase, la fotocopia del acta de una sesión del Congreso chileno que contenía la transcripción casi completa del Plan Camelot, proyecto norteamericano de inteligencia sociológica y militar que se iba a aplicar en varios países latinoamericanos, incluido Chile, y que fue denunciado por un sociólogo de ese país, quien había integrado el grupo de colaboradores. Inmediatamente se suspendió su aplicación y se inició una investigación parlamentaria. El libro contenía todo el modelo teórico del proyecto, diseñado por eminentes sociólogos norteamericanos, con las fórmulas para volcar en ellas los datos de las encuestas, así como las indicaciones para procesarlos por computadora, y muchos de los cuestionarios, además de otros instrumentos. Lo devoré con ansia y se convirtió por varios años en mi primer e inseparable manual de sociología aplicada. De pocos libros he aprendido tanto como de ese.

El proyecto me sugería la idea de elaborar una especie de imagen especular del mismo, aplicable a la situación de Cuba, para detectar posibles focos de descontento o subversión en el país. Pero la idea era demasiado futurista para los pragmáticos jefes que yo tenía, y no logré éxito alguno en aquel momento.

Aproximadamente en 1966, a raíz de alguna amenaza del Gobierno de los Estados Unidos, Cuba decretó una movilización general de sus tropas, y el Ministerio del Interior también se movilizó y estableció varias unidades de combate en distintos puntos de la periferia de La Habana, sin desatender sus funciones específicas. Las fuerzas del MININT constituían una división compuesta por varios batallones, aunque, por supuesto, con efectivos reducidos. En esta movilización a mí me tocó ser jefe de los Servicios Médicos de las unidades de combate; es decir, de las tropas movilizadas. A tenor de mi responsabilidad, tenía que visitar los distintos batallones dislocados en los alrededores de La Habana, cada uno de los cuales tenía su propio oficial médico. Debía supervisar las condiciones médico-sanitarias de las unidades, la vacunación, el estado de los botiquines y otras cuestiones. En una de las unidades, la fosa de aguas negras estaba desbordada, con un riesgo grande de que se desatara una epidemia. El médico a cargo no había tomado ninguna medida, lo que era una negligencia grave, por lo que le di de baja del batallón y trasladé este a otro emplazamiento. Con la finalidad de medir el estado de la moral de la tropa, confeccioné un sistema de indicadores a partir de la información de los servicios médicos y la de indisciplinas, que se analizaban en las reuniones del Estado Mayor de la División, lo cual constituyó una de las primeras investigaciones institucionales que realizó la clínica.

Por otra parte, en el MININT las cosas no eran del todo fáciles para mí. Quiérase o no, era un extranjero con un pasado

complicado, y esto creaba recelo en algunos jefes, aunque contaba con el apoyo de otros. A veces los casos delicados no me los remitían a mí, sino al residente, que era miembro antiguo del organismo; es decir, no seguían el «conducto reglamentario», regla de oro en las instituciones armadas. Mientras tanto, habían cambiado al jefe de Servicios Médicos, y con el nuevo no tenía ni la misma confianza ni el mismo apoyo. El nuevo dejó de atenderme directamente y delegó en otro, un médico general, la atención a la clínica. Todas las cosas se demoraban más, y cada día había nuevas regulaciones, pues estaban formando unos servicios médicos modernos y profesionales, con más planificación y menos lugar para la iniciativa individual. Dejé de sentir la confianza de mis superiores, una condición básica para el trabajo eficiente y la satisfacción personal en un instituto armado. La clínica funcionaba eficientemente, estaba dotada de personal calificado y yo no era ya tan necesario. Creo que estaban esperando a que cometiera un error para poner un sucesor más dócil. Y lo cometí: uno de los jefes superiores me encargó un estudio, y cuando lo concluí, le remití el informe. Entonces mis jefes inmediatos en la línea de mando pusieron el grito en el cielo, porque no se lo había enviado a ellos primero, violando así el «conducto reglamentario», el mismo que ellos violaban con respecto a mí. En consecuencia, a mediados de 1966 me relevaron de la dirección de la clínica y me enviaron a trabajar como médico de base, por seis meses, a la antigua provincia de Oriente, en el otro extremo de la Isla (años después, cuando trazaron la nueva división político-administrativa de Cuba, quedó dividida en cinco provincias, tan grande era su extensión).

Capítulo 17

Trasladado a la provincia de Oriente

En Oriente tenía que recorrer las unidades del MININT de toda esa región dando consultas al personal. Lo hacía en un Skoda, como el que tenía en Hungría, que me habían asignado (no vendido) como coche oficial por mi cargo de director de la clínica. Yo vivía en régimen de campamento: trabajaba todos los días, sábados y domingos incluidos, y me daban un pase mensual de tres días. Parece que querían que me entrara la disciplina militar. En los pases aprovechaba para venir a La Habana, a toda velocidad, por la estrecha y sinuosa Carretera Central, con un termo de café fuerte y unas naranjas. Solía hacer, en unas catorce o quince horas, el viaje de cerca de mil kilómetros en aquel entonces, antes de construirse una autopista que acorta la distancia. En alguna ocasión vino Laly a verme, y entonces parábamos en el Hotel Versailles, en la carretera del aeropuerto, pues yo dormía habitualmente en el policlínico del MININT, en Santiago de Cuba.

El trabajo en la clínica, de 1964 a 1966, cubrió uno de los períodos más satisfactorios de mi vida profesional, en el que estudié bastante, pude aplicar iniciativas y aprendí mucho también, además de ver el resultado de mi trabajo: los pacientes que volvían a reintegrarse a sus funciones o, en algunos casos, a otras actividades, por sugerencia nuestra. La frustración final por mi sanción no logró debilitar todas esas vivencias positivas, revividas periódicamente cada vez que me encontraba a un ex paciente y me hablaba agradecido por

la solución de su caso. Pero atravesé momentos difíciles: el Ministerio del Interior había empezado la construcción del Partido entre sus miembros, lo que se hacía por el método de asambleas abiertas; es decir, reuniones en las que cada cual decía sus opiniones sobre todos los demás. Yo era extranjero, no era nada ortodoxo y algunas veces había reprendido a mis subordinados: fui blanco fácil de algunos envidiosos y litigantes; otros, en cambio, me defendieron con fuerza, como se demostraría a lo largo del proceso.

Para celebrar el inicio de la construcción del Partido en el Ministerio del Interior se organizó una subida al pico Turquino, el más elevado de Cuba, con poco menos de dos mil metros de altura, en plena Sierra Maestra, escenario de las principales luchas del Ejército Rebelde contra las fuerzas batistianas. Muy cerca del Turquino había estado situada la Comandancia de Fidel durante la guerra, por lo que tenía un significado simbólico, y por diversos años varias graduaciones de profesionales se celebraron en la cúspide, donde hay un busto de José Martí, el Héroe Nacional cubano. Ese busto lo llevaron allá Celia Sánchez, una estrecha colaboradora de Fidel, y su padre, unos años antes de la gesta revolucionaria. Hicimos la subida por la ladera sur, la más empinada y abrupta (elevación que cae con gran inclinación sobre el mar Caribe y se continúa bajo el agua formando la fosa de Barttle, de varios miles de metros de profundidad), por lo que la escalada era extremadamente difícil. Nos levantamos a las tres de la madrugada y llegamos a la cima después del mediodía, salvo algunos con buen entrenamiento que llegaron antes. Yo no estaba en forma deportiva, por mi trabajo llevaba una vida muy sedentaria y tuve que hacer un gran esfuerzo; pero apoyado en dos varas logré llegar a la cima, si no entre los primeros, tampoco entre los últimos. Lo peor, sin embargo, no había pasado. Toda la noche estuve temblando, en parte por

el frío, en parte por el esfuerzo. Y la bajada, con las piernas entumecidas, fue casi tan mala como la subida.

Santiago de Cuba fue una de las primeras ciudades fundadas por Diego Velázquez a principios del siglo XVI. De ahí partió Hernán Cortés a la conquista de México, así como otras numerosas expediciones. La casa de Velázquez todavía se conserva, en un punto elevado de la ciudad, desde la cual se contempla la bahía de Santiago, de aguas profundas y con boca estrecha, lo que la hace sumamente protegida.

En Santiago hace más calor que en La Habana, y al mediodía era difícil de soportar. Cuántas veces estando en la calle Enramadas tomaba granizado tras granizado, ese refresco con hielo frapé que se agradece tanto cuando hace mucho calor. Otras veces cogía el coche y subía hasta la Gran Piedra, una elevación de unos mil doscientos metros de altura, próxima a la ciudad, que posee un microclima fresco, por encima de las nubes que la rodean. En el trabajo en realidad iban surgiendo aspectos de interés. Pude observar que debido a la pobre condición socioeconómica de los campesinos antes de la Revolución y a la deficiente atención a los niños derivada de aquellas condiciones, había proporcionalmente más casos de trastornos orgánicos, genéticos, alimentarios o por traumatismos que en La Habana. Todo esto lo reflejé en mis informes.

Por la condición de mi trabajo viajaba mucho en mi Skoda, recorriendo todos los rincones de la provincia para atender las consultas. También hacía inspecciones sanitarias en unidades del MININT. Fue durante una de estas visitas a una granja de presos que descubrí un brote de hipovitaminosis B, debido a una alimentación deficiente, para lo cual indiqué las medidas apropiadas.

Pero las noches eran muy aburridas en el policlínico del MININT en Santiago, donde estaba alojado. Un día leí en la prensa la convocatoria de un Concurso de Ensayo sobre el tema «La actitud del intelectual revolucionario». Se hacía en honor del intelectual izquierdista francés Régis Debray, cuyo libro *Revolución en la Revolución* había sido un éxito editorial en Cuba. (Debray más tarde sería apresado y torturado por el Ejército boliviano, después de entrevistarse con el Che en la guerrilla.) El primer premio del concurso era la publicación de la obra y un viaje por 40 días a Vietnam, cuyo pueblo estaba luchando heroicamente contra los agresores norteamericanos y gozaba de la total solidaridad de Cuba. Decidí probar suerte, estimulado sobre todo por la perspectiva del viaje. Yo había estado una vez allí, en 1958, como traductor en un evento juvenil, pero solo permanecimos unos días en Hanoi y en la bahía de Ha Long, donde me impresionaron sus pintorescos mogotes emergiendo del mar. Movidado por el propósito de volver a ese país, todas las noches me sentaba a escribir en la Biblioteca Municipal «Elvira Cape», de Santiago. Cuando lo terminé se lo di a Laly, que lo mandó a mecanografiar y lo presentó a la sede del concurso, en La Habana.

Llegamos al 9 de octubre de 1967, fecha del asesinato del Che en Bolivia, sobre el cual se han escrito decenas de libros y miles de artículos, por lo que no voy a extenderme, pues no tengo nada nuevo que aportar. Todo el pueblo estaba consternado, y nosotros, en el policlínico de Santiago, escuchábamos la radio pendientes de detalles. De repente se recibe una llamada desde La Habana. Era el jefe de Servicios Médicos, dándome la orden de tomar el primer vuelo del día siguiente y viajar a La Habana, donde me estarían esperando en el aeropuerto. Así lo hice, carcomido por la curiosidad. Efectivamente, a la llegada me esperaba un periodista, Aldo Isidrón del Valle, con un coche de la prensa. Me llevó a mi casa a

dejar la maleta y de inmediato me condujo a un local en Línea y 12, donde entramos a lo que después supe era la Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado, dirigida por el teniente Pacheco, un ex combatiente de la Sierra. Es un edificio de una sola planta, con grandes ventanales. Una cuadra detrás, en la calle 11, vivía Celia Sánchez, a quien Fidel visitaba con frecuencia. El periodista todavía no había dicho nada. Nos sentamos en un local, con un magnetófono sobre la mesa, y me dijo que le hablara del Che. No podía darme cuenta de qué querían de mí. Expliqué que eran recuerdos muy lejanos y que no había tenido una relación estrecha con él, pero me dijo que no importaba, que hablara según venían las ideas a mi mente. Parecía la técnica psicoanalítica de las asociaciones libres y pensé que habría algún detalle oculto en la juventud del Che que ahora, sabe Dios por qué razón, resultaba importante aclarar. Le dije que mi amigo Pepe González Aguilar, que residía en Cuba también, había estado más próximo a él, pero me contestó que ya habían hablado con él. El periodista creía que por haberme escrito dos cartas personales, nuestra relación debía haber sido más estrecha. Yo hablaba y trataba de adivinar por qué él se había acordado de mí y me escribió. Por fin, cuando había terminado, me dijo que esperara allí, y se fue con el magnetófono y sus notas. Volvió con la versión mecanografiada y me dijo que la había revisado con Fidel y que al día siguiente aparecería en el periódico *Granma*. Entonces me asusté, porque había hablado «por la libre», como él me había pedido, y había cosas que eran suposiciones mías. A falta de recuerdos exactos, lo repasé como pude, tratando de ceñirme lo más posible a los hechos, y ahí quedó todo. Al día siguiente aparecieron en el *Granma* tres artículos sobre el Che: uno de Eduardo Granados, que había sido su amigo de la adolescencia y compañero de aventuras en moto por toda Sudamérica; otro de Pepe González Aguilar, bajo el título «El joven Che», si mal

no recuerdo, y el que aparecía firmado por mí, que llevaba por título «Che estudiante», aunque él y yo no habíamos coincidido nunca en una misma escuela. La cosa no paró ahí, pues en el proceso del Partido algunos me acusaron de ser «autosuficiente», es decir, vanidoso, engreído (en cubano), por haber hablado de mí mismo en lo que creían era un artículo escrito por mí.

Volví a Santiago y seguí realizando mi trabajo hasta que un día, cerca de fin de año, Laly me llamó para decirme que había recibido un telegrama del Consejo Nacional de Cultura, en el cual me informaban que había alcanzado el primer premio en el concurso y debía presentarme en La Habana para recibirlo y asistir luego, como invitado, a las sesiones del Congreso de Intelectuales que se celebraría a principios de año en el Hotel Habana Libre. En una sencilla ceremonia, el poeta y crítico Luis Suardíaz me hizo entrega del premio. El viaje a Vietnam debía posponerse, debido a los bombardeos norteamericanos a Hanoi. Lo haría a finales de 1969. El ensayo se publicó en la revista *Revolución y Cultura*. Por el congreso desfilaron los más destacados intelectuales de izquierda de la época. El profesor Aníbal Rodríguez, de la Escuela de Psicología, y yo presentamos una ponencia sobre los tanques pensantes norteamericanos y la política de contrainsurgencia en América Latina.

Durante los días del congreso había dejado parqueado mi carro en el garaje del Ministerio. En realidad, la sede del evento me quedaba muy cerca de casa y no tenía sentido movilizar el vehículo. Pero al día siguiente de terminado el congreso, al ir a recoger el carro, me encontré que ya no estaba. Como efecto colateral, con el coche se fue también mi maletín de médico, porque lo había dejado dentro. El entonces ministro del Interior, Ramiro Valdés, había tomado la decisión de devolver al Estado todos los carros asignados a su personal,

inclusive él mismo se movió en motocicleta a partir de ese momento. Pasaron dos años antes de volver a tener vehículo asignado, pero el maletín de médico no lo recuperé nunca.

Ya había cumplido el término de mi sanción y me quedé en La Habana. Pero no volví a la clínica: consideraba que se había cometido una injusticia conmigo, pues yo envié el informe en cuestión a quien me lo ordenó. Solicité que me trasladaran de Servicios Médicos y así lo hicieron. Fue una decisión que tomé sin pensarlo mucho, en realidad podía haber planteado mi baja y seguir trabajando como psiquiatra en la vida civil, pero no tomé en cuenta esta alternativa; simplemente, quemé las naos.

Ahí terminó mi vida como médico y empecé una nueva vida, también me iniciaba en una nueva profesión, aunque aún no lo sabía.

Vida V

Investigador social

*«Si el hombre es formado por las circunstancias,
entonces es necesario
formar las circunstancias humanamente».*

CARLOS MARX
La ideología alemana

Capítulo 18

Investigaciones de La Cabaña y Ciego de Ávila

Solicité mi traslado al ayudante ejecutivo del Ministro, en enero de 1967, y pocos días después me situaron en un grupo de investigaciones sociales compuesto por tres psicólogas: Nora Carcassés, Magali Martín y Nancy Zamora. Teníamos dos oficinas en el cuarto piso del Edificio B del Ministerio del Interior, en la Plaza de la Revolución. Ninguna me conocía y supongo que eso provocaría, de entrada, un poco de curiosidad, y tal vez algo de desconfianza, en dependencia de lo que les hubieran dicho sobre mí. Pero a los pocos días nos comunicábamos bien, y en el curso de los primeros trabajos que realizamos en conjunto nos compenetramos y aprendimos cada uno de lo que más sabía el otro. Yo aprendí de ellas las técnicas de encuestas y su procesamiento estadístico, que dominaban muy bien. No había jefe entre nosotros, más bien éramos un grupo operativo, como los definió el psicólogo argentino José Bléjer. El equipo estaba adscrito al Ministro, que era quien nos orientaba los trabajos que íbamos a realizar. Esto nos disponía favorablemente a la hora de emprender las tareas, impidiendo que concepciones estrechas o criterios burocráticos, o la simple resistencia al cambio, obstaculizaran el trabajo.

Los criterios sectarios y dogmáticos estaban extendidos por el país, inclusive en las instituciones académicas, y hasta la misma revista teórica del Partido, *Cuba Socialista*, se hacía

eco de estos criterios en ocasiones, como expliqué al hablar de la psiquiatría. Esto era particularmente notorio en el campo de la investigación social. Era una herencia que habíamos recibido de la Unión Soviética, donde por aquellos años todavía se conceptuaban las investigaciones sociológicas de desviaciones ideológicas, partiendo de que la sociedad soviética era una sociedad justa, que no necesitaba ser investigada. Del mismo modo se calificaba en las revistas teóricas soviéticas a la cibernética; aunque, mientras, los organismos de la defensa la aplicaban intensamente en la investigación cósmica, atómica y coheteril. Era una especie de desinformación, o *mashkirovka*; es decir, hacerles creer ellos a los Estados Unidos que estaban atrasados en esas disciplinas, tan importantes. Pero nosotros no estábamos en esa liga, no teníamos que disimular nada, sino utilizar los adelantos de la ciencia en beneficio de la sociedad. Sobre todo en las ciencias sociales, que permitían detectar y corregir cualquier anomalía y fenómeno negativo en nuestro tejido social. Esto lleva de la mano, forzosamente, el estudio de las instituciones en el lugar investigado, cuyas deficiencias pueden propiciar esos fenómenos negativos y cuya solución pasa por rectificarlas.

En el Ministerio del Interior existían oficiales y jefes que se habían incorporado en los tiempos de su constitución, lo mismo procedentes del Partido Socialista Popular, como del Movimiento 26 de Julio y del Directorio Nacional Revolucionario, y algunos conservaban en su ideología algo de las concepciones soviéticas de la época del dogmatismo y del sectarismo. Es natural que estos compañeros vieran con desconfianza la aplicación de teorías y métodos criticados en los manuales marxistas de su época. Y ahí es donde la autoridad del Ministro contribuía a limar asperezas y disolver prejuicios.

El trabajo más importante que realizamos fue la investigación en la prisión de La Cabaña, una cárcel para presos políticos que se hallaba en la fortaleza del mismo nombre, situada sobre la costa este de la bahía de La Habana. En la actualidad es una locación de las Oficinas del Historiador de La Habana, donde se celebra todas las noches la ceremonia del «cañonazo» del Morro, con un espectáculo que recuerda la época colonial.

La situación por la que requerían del grupo, según nos la expuso el viceministro de Orden Interior, era la siguiente:

La mencionada prisión era la que tenía la mayor población de presos contrarrevolucionarios del país. Desde hacía unos días los presos estaban insubordinados, o como se decía en la jerga carcelaria: «plantados». Para comprender la situación era menester tener en cuenta algunos pormenores, que el viceministro nos explicó.

Desde el principio de la Revolución, los presos comunes (sancionados por delitos comunes) se habían distinguido de los presos contrarrevolucionarios. Estos últimos se consideraban a sí mismo presos «políticos», aunque en realidad estaban presos por delitos de tipo subversivo: bandidismo, terrorismo, atentados y otros. La distinción entre unos y otros presos se expresaba visualmente en el uso de uniformes distintos: los presos comunes llevaban un uniforme de tela de algodón azul, como los *jeans*, y los contrarrevolucionarios un uniforme color amarillo ocre. Había un grupo de presos integrados al llamado Plan de Reeducación: realizaban trabajos productivos en la prisión, recibían clases culturales y políticas, etcétera. Otro grupo de «recalcitrantes» se negaban al trabajo, a las clases y a todo lo demás.

En determinado momento se llegó a la conclusión de que en realidad no existían presos «políticos», sino que los

autodenominados como tales solo eran delincuentes comunes que habían cometido delitos contra la seguridad del Estado, o sea, su prisión no estaba condicionada por sus ideas políticas o la expresión pacífica de estas, sino por intentos concretos de subvertir el poder de las instituciones del Estado y sus dirigentes. Como consecuencia de esta conclusión, resultaba evidente que a todos los presos les correspondía el uniforme azul, y como tal, se adoptó la política de vestirlos igual.

Pero en La Cabaña los presos contrarrevolucionarios se negaron a vestirse de azul y andaban en calzoncillos por las celdas. Entonces un funcionario superior del Departamento de Prisiones decidió dar un escarmiento ejemplarizante. Cogieron a uno de los cabecillas de los «recalcitrantes» y, en medio del patio, ante la vista de toda la población penal, le pusieron a la fuerza el uniforme azul. Como es lógico prever, esto provocó una verdadera revuelta: gritos, golpes en los barrotes, y todos los presos contrarrevolucionarios, incluidos los que estaban en el Plan de Reeducción, se quitaron el uniforme azul y se quedaron en calzoncillos. Abandonaron el trabajo y la producción se paralizó en la prisión. Las autoridades no sabían qué hacer. En estas circunstancias entramos nosotros.

Lo primero que hicimos fue reunirnos con las autoridades de la prisión, así como con el personal raso, sobre todo con los que tenían más experiencia en el trabajo con reclusos, para analizar la situación. Pronto llegamos a la conclusión de que aquel acto de fuerza y prepotencia había sido un error, y había que rectificarlo pronto.

Les planteamos a las autoridades del Departamento de Prisiones la necesidad de que por un tiempo no aparecieran por allí los jefes y guardias implicados en los hechos. Era preciso mostrar que había ocurrido un cambio, pero cuidando de no

debilitar la disciplina necesaria en una institución de ese tipo, y de manera paralela demostrarles a los reclusos que la superioridad estaba interesada en conocer sus condiciones de vida para mejorarlas. Se requería también hacer una investigación, aunque no una simple encuesta con preguntas y respuestas para marcar en un papel, sino una investigación que, además de brindarnos información, actuara sobre los entrevistados en el sentido que deseábamos: bajar la tensión y mejorar las relaciones entre los reclusos y el personal. Pero existía una dificultad: éramos solo cuatro personas, en realidad tres (mi acento peninsular no era adecuado para el caso), y los reclusos eran centenares. Entonces decidimos tomar a los alumnos de un curso de reeducadores que estaban estudiando en esos momentos, entrenarlos en seminarios teórico-prácticos y utilizarlos como entrevistadores. Tenían la ventaja de que conocían bien las condiciones carcelarias. A estos alumnos se sumaron estudiantes de la Facultad de Psicología, que actuaron también como entrevistadores.

El primer paso fue confeccionar el guión de la entrevista. Era un guión detallado, que empezaba por las condiciones del penal y de su vida carcelaria, hasta ir poco a poco llegando al foco de tensión. También nos extendíamos a la vida anterior del preso.

Los entrevistadores debían aprenderse el guión de memoria y no atenerse al orden escrito, sino seguir las vueltas de la asociación de ideas y de la conversación. Los puntos que quedaban fuera eran retomados posteriormente en un momento oportuno de la conversación.

Cada entrevistador hacía una sola entrevista al día, calculada en dos o tres horas, luego iba a una oficina y escribía el informe, subrayando las cuestiones de mayor interés.

Tomamos medidas para evitar la contaminación, es decir, el que sale de la entrevista no debe contarle al siguiente de qué trató, influyendo así, involuntariamente, en las respuestas de este último. Cuando concluían la entrevista, los reclusos eran trasladados a otros pabellones.

Los entrevistadores recibieron orientaciones en el sentido de mostrar comprensión («comprensión empática» es la expresión psiquiátrica para este proceso) hacia lo expuesto por los reclusos, lo que tenía el efecto de producir cierta relajación de las tensiones. Esto se hacía de acuerdo con las dificultades y desaprobaciones que ellos manifestaban.

Recibieron orientaciones también en el sentido de no interrumpir las respuestas, o las conversaciones espontáneas que surgían durante la entrevista, sino seguirles el curso; por ahí a veces se encontraban informaciones interesantes no contempladas en el guión, las que en muchas ocasiones dieron lugar a aclaraciones de casos, e inclusive a rectificaciones de condenas. Estas investigaciones se extendieron a la prisión de mujeres de Guanabacoa y a la de Guanajay.

En resumen, cuando concluimos las entrevistas y su análisis, el panorama se había calmado. Poco a poco los reclusos que estaban en el Plan de Reeducción volvieron al trabajo y se normalizó la situación.

Los resultados y las medidas que debían adoptarse se analizaron con el viceministro y las autoridades de prisiones, quienes elevaron al Ministro una serie de propuestas, entre ellas la de crear establecimientos abiertos, en forma de granjas, con un mínimo de seguridad para los reclusos del Plan de Reeducción; y para los «recalcitrantes», que estaban tan envenenados en sí mismos que no creían lo que decía la radio y la prensa escrita, se organizaron «visitas demostrativas» por los nuevos barrios y obras de la ciudad, inclusive a

Coppelia, medidas todas que fueron aprobadas e implementadas en breve tiempo.

También elaboramos un informe teórico con los principales conceptos que habíamos desarrollado a partir de esta experiencia. Entre ellos estaba el referido a sistemas antagónicos interdependientes; o sea, el sistema de los guardias y el de los presos, antagónicos pero dependientes uno del otro, que hacía muy tensas las relaciones entre una y otra población, o subsistema.

Igualmente desarrollamos el concepto de alienación institucional, con el cual denotamos el comportamiento cognoscitivo de la población penal y, concomitantemente, del subsistema formado por el personal penitenciario. Ambos veían al otro bando con un sesgo notable, en el sentido negativo, en lo perceptual y lo afectivo, lo que predisponía fácilmente a la producción de choques entre ellos.

Hasta aquí la investigación, aunque la cosa no acabó ahí. Por ese entonces hubo un cambio de ministro y nos citaron a una reunión del Alto Mando para dar a conocer los resultados. Para mi desgracia, comencé con el informe teórico, hasta que, al llegar a la «alienación institucional», el jefe que presidía la reunión se levantó y se fue, dejando todo en suspenso. El informe no volví a verlo, y si no fue destruido debe estar aún guardado en un archivo, con muchos otros.

Si hubo algo frustrante en mi trabajo en el MININT fue el no poder discutir los resultados de las investigaciones con otros colegas.

El cambio de ministro tuvo otras consecuencias también. La más importante de ellas fue que el grupo de investigaciones sociales fue disuelto, y nosotros, sus integrantes, enviados a distintas dependencias, Yo «caí», junto con Nora Carcassés, en la Dirección de Información. Para la temporada de la zafra

1969-1970 se había planificado todo a fin de alcanzar diez millones de toneladas de azúcar, cifra sin precedentes en la historia. Con ello se pretendía llegar a una autarquía económica basada en la caña de azúcar. Solo un hombre se opuso, planteando que esa cifra no era alcanzable, y fue justamente el ministro del Azúcar, Orlando Borrego, quien fue destituido un tiempo después. La zafra se organizó como una operación militar, comenzando la planificación año y medio antes. Se plantó toda la superficie posible, inclusive a costa de otros cultivos históricos como frutas y el tabaco, por solo citar algunos, y todo el mundo, empezando por Fidel, cortaba caña.

No recuerdo en qué mes de 1969, cuando yo estaba cortando en los campos alrededor de La Habana, recibí una notificación de que me personara urgentemente en mi oficina. Allí tenía la citación para presentarme a uno de los jefes, y en la reunión me plantearon un trabajo urgente: estudiar la composición social de los que se iban por un puente aéreo acordado entre los Gobiernos de Cuba y Estados Unidos. Este puente se remontaba a los sucesos de Camarioca, cuando gran cantidad de cubanos residentes en los Estados Unidos vinieron en pequeñas embarcaciones a este puerto de la provincia de Matanzas con el fin de recoger a los familiares que deseaban emigrar. Era una operación legal, que luego se continuó con un acuerdo migratorio para que pudieran viajar en avión. Por este puente salieron miles de cubanos disconformes con la Revolución. Se trataba de saber con exactitud cuál era la composición social de este flujo migratorio. Tabulando las planillas de inmigración y mediante entrevistas especialmente diseñadas a una muestra de los emigrantes, llegamos a la conclusión de que gran parte de los que se estaban yendo eran obreros, calificados muchos de ellos, así como técnicos, que en su mayoría no habían tenido contradicción alguna con la Revolución, o sea, que era una emigración

económica y familiar, no política. La mera posibilidad de salir, actuaba como incentivo para hacerlo. No sé si los resultados de este estudio llegaron al Gobierno, pero lo cierto es que un tiempo después se suspendió el puente aéreo. En los años de Revolución se han producido cíclicamente episodios de emigración masiva, creo que esto ha contribuido a que no existan tensiones graves en el seno de la población, ya que las personas desafectas abandonan el país.

En algún otro momento de 1969 me dieron las conclusiones del proceso partidista, en una asamblea muy formal. Se me señalaron las críticas que diversos compañeros me habían hecho por supuestos problemas de carácter y vanidad intelectual, y el hecho de que no pudieron confirmar en Buenos Aires las referencias que yo había dado del Partido español. En realidad fue un error mío dar esas referencias, en vez de las de la Juventud Comunista Argentina, donde sí tenía un expediente claro. Finalmente, varios años después de iniciado el proceso, se me concedió la condición de Aspirante, de un año de duración, procedimiento que entonces formaba parte del proceso para obtener la militancia. (Esto sería en 1980.) Podría asistir a las reuniones con voz, pero sin voto. Al año se me volvería a evaluar, y una de dos, o me daban la militancia o quedaba fuera de las filas del Partido.

En la Dirección de Información existía un pequeño grupo de investigaciones sociales del que formábamos parte Nora y yo. En 1969 se planteó organizar una investigación acerca de las condiciones que suscitaban malestar en la población. Se acudió a la Universidad de La Habana, donde pusieron a nuestra disposición un grupo de profesores y estudiantes, aparte de oficiales del propio Ministerio del Interior, con los que organizamos una gran investigación sobre el terreno, en los lugares más críticos.

Escogimos un central azucarero como zona industrial; una cooperativa pesquera como entidad de pequeños propietarios y una granja colectiva como zona campesina, todas en la región central del país. Por allí se producían sabotajes y otras actividades contrarrevolucionarias más graves y con mayor frecuencia que en otros lugares. Hicimos un estudio preparatorio de todos los casos de actividad realizados en la zona, analizando las características de los autores de estos delitos, cuando eran conocidos. Después estudiamos las características históricas, geográficas y culturales de la región y preparamos los instrumentos para las encuestas en el terreno. Estos los confeccionamos en un grupo de trabajo con algunos de los profesores y estudiantes universitarios seleccionados, dedicándole a este trabajo varias semanas, e hicimos largos cuestionarios especializados para cada área. Formulamos algunas hipótesis iniciales, pero dejamos los cuestionarios abiertos a nuevas variables, según fueran surgiendo en las entrevistas. Luego nos fuimos a la región seleccionada y entrevistamos a los dirigentes del Partido y de la administración local, así como a los funcionarios del Ministerio del Interior de la región, sobre la situación en general y los problemas existentes. También recogimos sus opiniones sobre las posibles causas de las actividades contrarrevolucionarias. Estos criterios igualmente los consideramos en los instrumentos de las encuestas. Insistimos en la importancia de lograr entrevistas significativas, es decir, no formales, lo que exigía ganarnos la confianza de los entrevistados.

El estudio se desarrolló sin dificultades, salvo el tedioso trabajo de completar los cuestionarios después de las entrevistas. Ante los entrevistados nos presentábamos como un grupo de investigadores que quería conocer los problemas que confrontaban los trabajadores de la zona. A mí me prestaron un *jeep* para recorrer los distintos lugares donde se

hacia el trabajo de campo. Por la falta de descanso y el polvo de los caminos contra las lentillas de contacto (a insistencia de Laly me las había puesto), padecí de una inflamación en la córnea que al regresar a La Habana me hizo andar con un ojo tapado durante una semana. Pero las lentillas no he vuelto a quitármelas desde entonces.

Por fin pudimos aislar unas cuantas variables que parecían relevantes en el desarrollo de la actividad contrarrevolucionaria en la región. He aquí las principales, hasta donde recuerdo:

- Influencia de familiares en los Estados Unidos, por diversas vías de comunicación, mostrando su bienestar allí.
- Contacto de los pesqueros con barcos de ese país, con objeto de canje y lucro.
- Deficiencias y autoritarismo en los órganos del poder local (entonces no eran elegidos por la población y no contaban siempre con su respaldo).
- Poca atención a las condiciones de trabajo de los obreros en el central azucarero.
- Problemas con las normas de trabajo: algunas muy laxas, otras excesivamente rigurosas.
- Escucha de las emisoras de radio de los Estados Unidos, cuyas ondas entraban fácilmente en esa zona, cercana a la costa norte de la Isla.
- Influencia ideológica de miembros de la denominación Testigos de Jehová, que tenían una actitud de ayuda a los necesitados y un sentido de la solidaridad que, en aquellos tiempos, los pobladores no percibían en los dirigentes del poder local.

-Indiferencia de las autoridades ante símbolos del lugar, como el famoso Gallo de Morón, una escultura pública ligada a tradiciones lugareñas, que había sido desmantelada.

Nosotros entregamos el informe con los resultados, conclusiones y recomendaciones, pero, como es habitual en las ciencias sociales, nunca supimos si había sido útil o se había aplicado algo de lo que se proponía, teniendo en cuenta que se refería a diversos organismos.

Capítulo 19

El caso Bejucal. Los «frikis» y el *rock*

En 1980 me asignaron un trabajo interesante. Debía dirigir una sección de investigaciones sociales que formalmente pertenecía al MININT, pero con bastante independencia, pues teníamos que trabajar en estrecha colaboración con la Academia de Ciencias (a la cual nos hallábamos subordinados metodológicamente) y en coordinación también con la Universidad de La Habana y otras instituciones y centros de investigación. Debido a esto vestíamos de civil. El grupo se fue organizando poco a poco; mientras, se iba seleccionando cuidadosamente al personal: en total éramos quince. De ellos, doce eran graduados universitarios con perfil de investigación social: unos eran psicólogos (sociales, clínicos y de la infancia), otros, sociólogos. Contábamos asimismo con un criminalista y un matemático. Se cerraba la cifra de profesionales conmigo, psiquiatra por formación, pero que también había incursionado en el ámbito sociológico. Mi enfoque de la criminología era sociológico, no penal. El enfoque penal vale para la respuesta que se dé a los delitos, pero para conocer las causas es necesario ir a las raíces sociológicas, lo que permite una respuesta más efectiva. Todos los integrantes del grupo eran muy competentes en su especialidad, muy inteligentes, además de excelentes compañeros, y trabajábamos muy bien en equipo. Teníamos asimismo una secretaria, un chofer (disponíamos de un vehículo) y una empleada para la limpieza. Estábamos situados en un amplio apartamento del último piso de un edificio que miraba al mar, una ubicación

ideal. Por otro lado, se había autorizado un presupuesto para comprar en México los libros de las temáticas de interés, que seleccionamos por los catálogos ISBN, y todos estudiábamos con ahínco. En cambio, no pude lograr que estudiaran inglés, lo que me parecía una necesidad, dada la bibliografía existente en esa lengua. Unos años después nos asignaron dos ordenadores, de los primeros fabricados en Cuba, para procesar la información e imprimir los informes de nuestras investigaciones.

La primera tarea que nos dieron, en 1981, fue investigar sobre un confuso episodio a raíz de un concierto de música *rock* realizado en la Casa de la Cultura de la vecina localidad de Bejucal, al sur de la Habana. Conocimos, además, que como resultado de este hecho, hubo varios heridos e intentos de ataque a una comisaría de policía. Necesitábamos esclarecer qué había pasado en realidad y por qué causas. Por esos años aún existía un prejuicio bastante arraigado entre las generaciones mayores y entre las propias autoridades contra la música *rock*. Inclusive la música de los Beatles estuvo ausente de las programaciones radiales y televisivas durante bastante tiempo. Mucho antes de ocurrir el hecho que fue objeto de nuestra investigación, cuentan que habían llevado a la unidad de policía a un muchacho que iba a depositar flores a John Lennon (en el primer aniversario de su muerte) ¡en el Cementerio de Colón, en la capital! No puedo asegurar la veracidad del hecho, pero me parecía creíble en aquel entonces, sobre todo si el joven tenía el pelo largo, teniendo en cuenta que la policía solía hostigar a los «melenudos», que fueron los primeros fanáticos del *rock* en Cuba.

Como sospeché que el caso que entonces nos ocupaba sería complejo y difícil de plasmar en un seco informe, decidí grabar todo el proceso de las entrevistas y las conclusiones en Betamax, el sistema de vídeo entonces en uso. Para realizar

este trabajo nos habilitaron los locales de la Feria Agropecuaria, entonces cerrada, donde hicimos entrevistas individuales y dinámicas grupales. También entrevistamos a los familiares de las personas involucradas, a la directora de la Casa de la Cultura y a los policías que habían intervenido. Editamos las grabaciones y quedó un vídeo bastante claro y elocuente. Pudimos esclarecer los siguientes hechos:

-Gran parte del público (todos adolescentes y jóvenes) procedía de otros municipios de la capital, desde donde se trasladaron al concierto atraídos por el grupo que tocaba música *rock*.

-Una parte menor de los concurrentes eran vecinos del lugar, no roqueros, sino escandalosos, y algunos con historial de participación anterior en actividades antisociales.

-El concierto debió efectuarse más temprano, según estaba anunciado, pero empezó horas más tarde. Mientras, entre los muchachos que esperaban en la plaza del pueblo, hubo muchos que ingirieron bebidas alcohólicas y algunas drogas («empastillamiento», en la jerga popular).

-La directora de la Casa de la Cultura no había coordinado oportunamente con la policía para que estuviera presente y garantizara el orden.

-El local era sumamente pequeño para el público asistente, por lo que estaban hacinados y bailaban con demasiada proximidad unos contra otros.

La espera, la música estridente, el baile, las bebidas alcohólicas y posiblemente la ingestión de pastillas estimulantes por parte de algunos, fueron enardeciendo los ánimos, lo que provocó un franco desorden público.

En esta situación, la directora llamó a la policía, que envió un carro patrulla al lugar, sin tener una idea clara de lo que estaba ocurriendo. Al llegar allí vieron que un jovencito (conocido como «Leoncito», por su cabellera rubia encrespada), posiblemente influido por alguna droga, se tiraba desde un balcón y era recogido por sus compañeros al caer. Sin pensarlo más, lo metieron en el coche patrulla a la fuerza y se lo llevaron a la unidad de policía de la localidad, en medio de las protestas e insultos de sus compañeros.

Los muchachos salieron corriendo detrás del coche patrulla para «liberarlo», llegando casi hasta la unidad policial. Entonces uno del grupo se detuvo y arengó a la multitud, diciéndoles que regresaran a sus casas. Esto evitó males mayores.

En el desorden, ya pasada la medianoche, los elementos delincuenciales que se habían mezclado con los roqueros, bajo el influjo de la bebida y la exaltación del momento, se pelearon y se hirieron de levedad con arma blanca. Los roqueros se autodelimitaban claramente de estos elementos antisociales, a los que calificaban de «guaposos» (bravucones).

De las conversaciones, dinámicas y entrevistas sacamos algunas conclusiones. Las principales eran las siguientes:

-En el fondo de todo lo ocurrido había un proceso grupal bastante estructurado, formado por admiradores de la música *rock* (en especial la variante conocida como *rock* duro), cuyo tema de conversación era este, casi exclusivamente. Recopilaban fotos y recortes sobre los grupos en boga entonces (creo recordar que uno de ellos era Queen) y en sus ratos libres se reunían para hablar de este tema, e iban juntos a cada concierto que se anunciaba.

-Imitaban a sus ídolos, dejándose crecer la melena, decolorándose el pelo algunos y utilizando, como aditamentos a su vestuario, crucifijos y otros objetos que veían en ellos.

-Estos muchachos, varones en su mayoría, pertenecían a distintas categorías sociales: algunos estudiaban, otros trabajaban, y había quienes no hacían ni lo uno ni lo otro. Uno de ellos era electricista calificado y ganaba un buen salario,

con el que había podido comprar un buen equipo de música, adornado con luces psicodélicas. Era el líder del grupo, según supimos por el sociograma y las entrevistas.

-Como los grupos que más admiraban eran de los Estados Unidos, algunos de ellos ostentaban en sus vestimentas atributos de este país, como la bandera. Extendían su admiración por el *rock*, al país y sus instituciones.

-La poca oferta de conciertos de *rock* les hacía vivir pendientes de las radioemisoras extranjeras, lo que producía efectos ideológicos indeseables en aquel entonces, pues se tornaban inmunes a la prédica de la Revolución.

-Pudimos demostrar que las heridas habían sido producidas por jóvenes maleantes, que resultaron también las víctimas, ajenos todos ellos al grupo de roqueros.

También sacamos a la luz las principales deficiencias de la Casa de la Cultura y de la propia policía, por falta de profesionalidad en la detención del mencionado «Leoncito».

La recomendación principal que hicimos fue que se ampliaran los cauces legales para oír y ver música *rock*, y que se impulsara la formación de grupos cubanos que cultivaran este género, para que esta música (que se nutría de las

radioemisoras norteamericanas) no siguiera limitándose a los recovecos de nuestra sociedad.

En cuanto a los muchachos participantes (algunos de los cuales habían sido encausados por distintos delitos menores), propusimos para ellos una atención social y no carcelaria. Los que estaban detenidos fueron puestos en libertad. Hicimos un seguimiento de todos ellos durante un año, pues, salvo excepciones, estaban desvinculados de los estudios o del trabajo. Este seguimiento incluía atención por trabajadores sociales y gestiones laborales o educacionales.

Acuñamos la expresión «proceso grupal» para denotar fenómenos como este, de naturaleza grupal, pero sin estructuración definida, con una dinámica muy fluida, y a veces volátil, aunque con la presencia de algún líder natural, generalmente el que más conocía de *rock*, o el que tenía equipos de música relativamente más sofisticados. (Después tuvimos ocasión de estudiar varios fenómenos parecidos en diversos lugares del país.)

En resumen, fue una investigación novedosa por sus métodos no ortodoxos de estudiar un fenómeno y por la forma de hacerlo, en vídeo, el que fue luego difundido ampliamente en el Partido provincial, el MININT y en otras instituciones.

En años subsiguientes se produjo un poderoso movimiento de *rock* cubano, no sé si como consecuencia indirecta de nuestro estudio, o por el desarrollo natural de la cultura musical en el país.

En los meses sucesivos investigamos otros dos «procesos tumultuarios», uno en Santiago de Cuba y el otro en Isla de Pinos (Isla de la Juventud). Ambos tenían características similares: una actuación policial inadecuada en el seno o las proximidades de un proceso social vecinal que tenía algún motivo de descontento, y la concurrencia de un líder natural

que canalizaba el descontento colectivo contra la policía. Ignoro qué consecuencias tuvieron estos estudios (si las tuvieron) para la política del MININT.

Mientras tanto, la Revolución seguía adelante. El pueblo, al principio, llamaba *Fidel* a su líder, pero paulatinamente la denominación pasó a ser *Comandante en Jefe*, o simplemente *Comandante*, como distinción única, aunque desde su origen había numerosos comandantes. Son matices que solo se pueden interpretar correctamente aquí en Cuba.

Capítulo 20

En Vietnam. Encuentro con el prisionero John Sidney McCain

Este capítulo está basado en las notas que tomé durante los 40 días de recorrido por varias provincias de Vietnam, en el año 1969, y en la entrevista que le hice en ese país al comandante McCain.

ESTUDIO DE LA RETAGUARDIA

Estábamos a mediados de diciembre de 1969 cuando me avisaron que por fin se iba a dar el viaje a Vietnam, lo que me alegró sobremanera, pues esa experiencia en directo iba a ser una vivencia única. El 12 de diciembre, después de pasar tres días en Pekín, donde admiré los productos de la industria ligera china y me compré una libreta de bolsillo que usé durante toda mi estancia en Vietnam (y todavía conservo), en una soleada tarde volé a una ciudad del sur de China (no recuerdo el nombre), desde la cual se realizó el siguiente vuelo, en un pequeño bimotor, hasta Hanoi. Ya sobre la ciudad, pude contemplar el famoso puente sobre el río Rojo, que había sido bombardeado no sé cuántas veces y siempre reconstruido por los zapadores vietnamitas. Uno de los lugares que visité fue el lago de la Espada Restituida (al menos así me lo tradujeron), con un templete en forma de pagoda en

medio de las aguas, situado casi en el mismo centro de la ciudad. Y en Hanoi pude apreciar sus construcciones, formadas particularmente por edificios que datan de la época de los colonialistas franceses.

Al llegar a Vietnam hacía realidad el sueño de muchos cubanos y ciudadanos de diversos países, por lo que significaba viajar a un país que era ejemplo de heroísmo en la lucha contra los norteamericanos.

En Hanoi me presenté ante el Encargado de la Embajada de Cuba, quien me presentó a Vu Quoc Vy, vicepresidente del Departamento de Relaciones Culturales con el Extranjero. Él me recibió en su oficina y me hizo una introducción general a Vietnam. Para mi asombro, me trataban como a un escritor (aunque lo único que había escrito en mi vida era un pequeño ensayo de menos de cien páginas), y me preguntaron qué quería conocer. Yo ya sabía lo que quería y les dije que estaba interesado en estudiar las bases sociológicas de la solidez de la retaguardia, apoyo logístico efectivo de las tropas en el Sur, pese a que recibía constantemente los ataques de la aviación norteamericana, sin quebranto de ninguna clase. Les expliqué que quería hacer un estudio directo en la población, una investigación en el terreno, y no un estudio académico o estadístico.

Mientras esperaba que me avisasen, me fui de paseo por las calles, donde observé con atención, especialmente, los refugios individuales, casi uno al lado del otro en las aceras, formados por anchos tubos de hormigón enterrados en el suelo, con su tapa al lado. Otro detalle de interés era la cantidad de bicicletas, con variantes curiosas, usadas como transporte individual y colectivo, así como de carga. Y en tercer lugar, que apenas se veían hombres. La calle estaba llena de mujeres, muchas de ellas jóvenes, pues los hombres estaban todos en el ejército, tanto en Vietnam del Norte como en el Sur, en la

guerrilla, y en funciones de aseguramiento. Pero no había expresión de temor en sus rostros, sino de firme determinación de vencer. Esto lo confirmaría en el curso de mi estancia en el país.

Ellos me elaboraron un plan de visitas a la provincia de Quang Binh y a una pequeña región independiente, Vinh Linh, próxima al paralelo 17, línea que dividía el país en dos partes: Vietnam del Norte y Vietnam del Sur.

Al día siguiente me llevaron a visitar el Museo Histórico, que mostraba la historia milenaria de este pueblo. Me llamó la atención que el centro de las explicaciones eran las relaciones entre Vietnam y China, que había ocupado el país durante unos siete siglos. Ponían mucho énfasis en el aspecto de que a pesar de la dominación de los emperadores chinos, el pueblo vietnamita había conservado su lengua, su alfabeto y su cultura, y al final se había liberado. (No pude menos que proyectar esa visión histórica a los momentos que corrían, cuando había serios problemas en las relaciones entre ambos países.) Y me lo hicieron saber sin pronunciar una sola palabra en contra del Gobierno, o del pueblo de China. Debido a las tensiones existentes entre ambos países, Vietnam del Norte no recibía armamento chino, sino de la Unión Soviética, cuyos cohetes SAM derribaron centenares de aviones norteamericanos. A los pocos días de esta visita, emprendí viaje por el interior del país.

Visita a la región de Vinh Linh.

La primera visita sería a la región de Vinh Linh, a varios centenares de kilómetros de Hanoi. Viajábamos en un *jeep* soviético y hacíamos paradas temporales en rústicas casas de visita, medio escondidas entre los árboles. Todo el camino

transcurría en medio de la jungla. En esas casas de visita había un cocinero, pero salvo legumbres, la comida se llevaba desde Hanoi en el *jeep*, pues en el campo no había nada más que arroz y tubérculos, especialmente yuca. En Vinh Linh me recibió Nguyen Binh Anh, del Comité del Partido. Él me dio una explicación general de la zona que controlaban y de la situación de la guerra en ese lugar, así como de la producción. Luego hice visitas a pequeñas localidades, es decir, aldeas y cooperativas. Casi todos los trabajos habían quedado en manos de las mujeres, pues los hombres, salvo los ancianos o los enfermos, estaban en el frente: bien en las unidades del ejército regular de Vietnam del Norte, bien con los guerrilleros en las selvas del Sur. Las mujeres tenían que realizar su trabajo y al mismo tiempo atender a los niños, ancianos y enfermos. Además, recibían entrenamiento militar, y casi todas ellas tenían fusiles en sus casas.

Para poder compaginar todas esas tareas con las labores domésticas (me explicaban ellas), existía una célula organizativa que agrupaba a los habitantes por cada cinco casas, a la cual llamaban «grupo pentafamiliar», que contaba con una responsable. Entre esas cinco familias centralizaban una serie de tareas, como la atención a los niños y ancianos, la cocina y la atención al corral, mientras los demás estaban trabajando en los campos, o en misiones de vigilancia antiaérea.

Cuando terminé mi visita quisieron festejarme y prepararon una pequeña despedida, con cantos y la elaboración de algunos alimentos. Como los pobladores sabían que había un cubano, esto significaba una gran alegría para ellos, pues Cuba era el país que en la medida de sus modestas posibilidades mostraba mayor solidaridad con su lucha. Entonces decidieron homenajearme con el manjar más exquisito para sus paladares, al que atribuían, además, propiedades vigorizantes. Se trataba de huevos de pato enterrados en el suelo no sé

por cuánto tiempo, hasta que entraban en putrefacción y entonces despedían un olor repugnante. En pro de la solidaridad tuve que hacer de tripas corazón y comerme cuatro de esos huevos.

Como pude averiguar a medida que avanzaba en el terreno, la estructura básica en el campo era la aldea. Esto se remonta a más de dos mil años de antigüedad y tiene que ver con la geografía del país, concretamente la orografía y la hidrografía, al menos en el Norte, en la cuenca del río Rojo, que fluye del noroeste al sureste y atraviesa Hanoi, la capital. Este río se caracteriza por sus crecidas anuales, que anegan buena parte del territorio, dejando únicamente las pequeñas elevaciones y colinas fuera del agua, en las cuales se establecieron las poblaciones. El agua del río se utiliza desde tiempos inmemoriales para cultivar arroz, pero requiere de obras de contención, acequias y diques, que deben ser atendidos. La población se congregó siempre en las aldeas, y tenían un gran espíritu colectivo, surgido de la necesidad de emprender obras y atender sembrados que excedían las posibilidades de las familias aisladas. Esto desarrolló una autoridad milenaria y sumamente respetada por todos los pobladores, así como un espíritu colectivista también surgido de esas necesidades económicas. En esta estructura se basaron después las organizaciones populares.

La población de Vinh Linh sufrió mucho bajo el dominio de los franceses. En esa época tenían un per cápita de arroz (alimento principal) de 50 kg al año, vestían harapos, y algunas familias tenían un solo pantalón para el hombre y la mujer, por lo que ambos no podían salir al mismo tiempo. Pero con la liberación, mejoraron sensiblemente tanto las condiciones de vida como las higiénico-sanitarias, y se eliminó el analfabetismo. En 1963 la provincia tenía un hospital de 150 camas, con todas las especialidades.

Los norteamericanos empezaron su agresión con operaciones de guerra psicológica, pero pronto pasaron a los bombardeos con B52 y con los cañones de la 7ª Flota.

En tierra existían los refugios y las zanjas de comunicación, que permitían llegar rápidamente a ellos, con lo cual se protegían muchas vidas. Además, los refugios eran solo para dos o tres personas, de modo que los proyectiles únicamente cayendo justo encima podrían ocasionar víctimas. En otros casos lo que ocurría era que quedaban enterrados, y el problema era acudir lo más rápidamente posible a rescatarlos. Para acelerar el salvamento se usaban varios métodos:

- En cada refugio se situaban algunas herramientas.

- Al llegar a un refugio, no desenterraban de inmediato a sus ocupantes, sino que abrían un respiradero, o introducían una caña de bambú con ese mismo fin, para dirigirse rápidamente a otro.

- Precisaban bien la ubicación de cada refugio, pues luego de un bombardeo no se distinguían del entorno.

- Pese a la vida subterránea, trataban de mantener la limpieza y la higiene. Y se desarrolló un movimiento para construir refugios más seguros y con mejores condiciones de higiene y respiración.

Especial atención se brindaba a los jóvenes que habían perdido a sus padres en la guerra, pues de hecho se quedarían sin sostén. Se instruyó a las comunas para que les diesen trabajo, de manera que se les pudiera asegurar una subsistencia adecuada.

La familia

Como pude comprobar, la familia había sufrido una profunda transformación como resultado de la guerra. En primer lugar, porque el padre se hallaba ausente (en el frente), de modo que la madre debía asumir las principales tareas domésticas, productivas y educativas. Se aplicaba un rigor familiar, pero no se castigaba a los hijos, quienes también colaboraban en las tareas que tenía que efectuar la madre. Si una madre poseía muchos hijos, los vecinos la ayudaban, existía un elevado sentido de la solidaridad. En cuanto a la alimentación de los niños menores, luego del destete, la comuna les suministraba leche de búfala para apoyar su nutrición. Toda esta ayuda se realizaba a nivel de base, de la comuna, o del «grupo pentafamiliar», para no recargar a la cooperativa. También ayudaban a los niños en la escuela. En la comuna que visité, ningún niño había repetido grado escolar alguno. En resumen, la madre jugaba el principal papel en la educación de los niños.

Me viene a la mente un caso especial: se trataba de una madre de seis hijos. Dos de ellos murieron en la lucha contra los franceses, y otros tres estaban en ese momento en el frente. El Partido intervino para que el único hijo que le quedaba a esta madre en casa no fuera movilizado al frente, pues ya esa familia había dado un aporte excesivo de vidas a la lucha. Esto no era una excepción, sino la regla: la cooperativa o la comuna atendían a las familias que habían tenido víctimas de guerra.

Otra señora con la que hablé tenía 41 años. Su hija mayor tenía 19 y estudiaba en un instituto tecnológico, la muchacha quería ser médico. La madre hubiera deseado que el segundo hijo fuera tractorista, mas se alistó, aunque su ideal era ser operador mecánico.

Como se puede apreciar, a la mujer le estaba reservado un importante papel en la defensa y el aseguramiento de la re-
taguardia, por ejemplo:

- Reemplazar a los hombres en sus labores habituales, para que estos pudieran cumplir siempre sus tareas en la defensa.

- Hacerse cargo de la familia, y estimular al marido, así como a los hijos, para que pudieran desempeñar sus labores en el frente.

- Prestar servicios o participar en los combates cuando fuera necesario.

Ellas, además, tenían cinco compromisos:

- Luchar contra los norteamericanos y sus títeres.

- Producir con estricta economía.

- Alimentar bien a los heridos y cuidarlos.

- Realizar las tareas familiares, cuidando y alimentando a los niños.

- Ser virtuosas y comportarse correctamente.

Conversación con Nguyen Thi Sau, médica de nivel medio

Esta médica comenzó su carrera en 1942, antes era partera, pero luego estudió para hacerse médica de nivel medio. Tenía hijos y nietos que estaban en el ejército.

Me contó el caso de una mujer embarazada, casi en labores de parto, que en un bombardeo sufrió una grave lesión en el cráneo. La llevaron a su hospital subterráneo y le practicaron

los primeros auxilios, pero ella no podía ya hacer las labores del parto, por lo que tuvieron que extraer al niño con fórceps. La madre murió pocos minutos después y al niño lo llevaron a otro salón, también subterráneo, donde le dieron las atenciones que requieren los recién nacidos. Al día siguiente vinieron los familiares a buscarlo. Ella lo entregó con mucha pena, porque ese niño no tendría madre, y les dio los certificados de constancia para la familia, y para la leche y otros alimentos. Ella misma y una enfermera estuvieron atendiendo al bebé hasta que creció y se puso fuerte.

Esta doctora también me explicó otras secuelas de los bombardeos: disminución de la agudeza visual (por la permanencia en la oscuridad), afecciones reumáticas, debidas a la humedad, y trastornos menstruales.

Comuna de Nhan Trach, en Quang Binh

Se trataba de una comuna próxima a la costa. Estaba formada por tres sectores, compuestos en total por 18 grupos, separados por varios kilómetros. Se halla al norte de Vinh Linh, en la gran provincia de Quang Binh. Para sus moradores la pesca constituía la producción principal. Pero era inútil buscar los barcos o las casas, unos y otros estaban enmascarados, y no se percibían ni desde tierra ni desde el aire.

Los moradores me explicaron la lucha de resistencia que sostuvieron contra los franceses, durante la cual el lema de los vietnamitas era:

*Quando los enemigos entran, salimos;
cuando los enemigos salen, nosotros entramos.*

Por su cercanía al mar, la comuna estaba expuesta a los abusos de los barcos de guerra norteamericanos, y en efecto, fue arrasada por los agresores yanquis, que no dejaron ni una vivienda en pie, ni ninguna otra edificación: todo lo que habían construido en los diez años de paz fue destruido. Como promedio, cayeron 42 bombas y proyectiles diversos por habitante. En 1966, al arreciar los ataques, 1 500 personas fueron evacuadas del lugar.

La organización de la vida estaba regida por normas sencillas, por ejemplo, en cada casa debía haber:

- Un refugio.
- Ganado y aves de corral.
- Cultivos para la familia y los animales.

En la zona costera se ponía énfasis en no abandonar la tierra, aunque hubiera bombardeos. Para cumplir con esta orientación, se hacía necesario tener:

- Firmeza en los refugios.
- Firmeza del Partido.
- Firmeza de la cooperativa.

Los refugios y zanjas de comunicación se construían en tres cordones, uno externo, otro intermedio y otro más adentro.

Casas de huérfanos

Apenas terminaron los bombardeos, la comuna se puso a construir una casa de huérfanos para alojar, criar, educar y atender a los niños que habían perdido a sus padres. Se organizaban actividades recreativas y escolares, de acuerdo

con la edad y el nivel, y se incorporaron maestras que garantizaban su adecuada atención.

Exogamia

El compañero Nang me explicaba que en la comuna existían alrededor de veinticinco apellidos, aunque predominaba el apellido Pham, y en segundo lugar el apellido Nguyen. Antes, los jóvenes se casaban según los deseos de los padres. En la época que narro, se conocían en cualquier lugar y eran libres para formar pareja. Los jóvenes se casaban preferentemente dentro de su comunidad, y las muchachas igual. Dentro de la comunidad los jóvenes con el mismo apellido no pueden casarse entre sí, salvo cuando el segundo nombre no es el mismo, entonces sí que pueden casarse. Esto es una tradición, la sociedad misma se lo enseña a los jóvenes.

Herencia

Antes, la herencia de la familia pasaba toda al hijo mayor. Si los padres vivían, cuando alguno de los hijos se casaba, recibía algo de dote. Esto se modificó: al morir el padre, la herencia es compartida.

Iniciación

Los muchachos comenzaban a aprender el oficio de pescadores y marinos en las aguas cercanas a la costa. No existía ceremonia de iniciación, pues iban aprendiendo el oficio paulatinamente. En un plazo de cuatro a cinco años, ya se hacían marinos.

Al término de mi recorrido por la provincia, vino a despedirme el compañero Dang Gia Tat, dirigente del Partido en Quang Binh, considerada como:

- Frente del Norte, retaguardia del Sur.
- Pecho del Norte, espalda del Sur.

Por esta posición estratégica en que se encontraban, los pobladores de Quang Binh debieron hacer grandes sacrificios, pero también obtuvieron el privilegio de jugar un papel destacado en la lucha. Para los habitantes era un honor que el enemigo hubiera concentrado tantos ataques contra ellos.

Los compañeros vietnamitas dedicaban mucha atención al trabajo ideológico, pues según decían ellos, era la base de sus éxitos militares. En este campo tenían varias campañas, diseñadas con esmero y aplicadas a conciencia. Me llamó la atención especialmente una: «¡De cara al enemigo, fuego...!» En Quang Binh me explicaron cómo surgió.

Partía de un hecho real: una batería antiaérea había sido objeto de un ataque por aviones norteamericanos en vuelo rasante. El jefe de la batería, aun a sabiendas de que iba a morir en breves segundos, tuvo tiempo de dar su última orden, que era justamente esa: «¡De cara al enemigo, fuego!» La orden se cumplió y el avión fue derribado. Tanto el oficial como la mayoría de la dotación de la batería perdieron la vida. En el Alto Mando Militar se analizó el hecho y se generalizó la conducta del heroico artillero, experiencia que se aplicaba a nivel de los fusileros. Habían analizado el caso de la siguiente manera: cuando un avión se lanzaba en picada, si alguien le disparaba con un fusil, de frente, las dos velocidades (la del avión y la de la bala) se sumaban, y el impacto de un proyectil lanzado así era capaz de producir un boquete que derribaba el avión.

En los lugares que visité tenían maquetas reducidas con los perfiles de los aviones más utilizados por los norteamericanos, a fin de que los campesinos, todos armados, pudieran reconocerlos y mantuvieran la actitud de no huir del avión, sino enfrentarse a él disparándole cuando se lanzaba en picada. Esto condujo un tiempo después a que los pilotos norteamericanos les tuvieran miedo a las misiones sobre el territorio de Vietnam: en las alturas se encontraban con los cohetes SAM soviéticos, a media distancia con las piezas de artillería convencionales, mientras que a baja altura se enfrentaban con las armas de infantería, y todas podían tener un efecto letal. La experiencia fue analizada en el Estado Mayor y en el Partido, y se decidió organizar un movimiento ideológico con esa consigna, que se extendió a toda una serie de situaciones y campañas.

En resumen, pude sacar algunas conclusiones sobre la solidez de la retaguardia en Vietnam, y en qué factores radicaba. Sin embargo, nada más lejos de mis propósitos que ofrecer una receta válida para otros países, pues son razones profundas, arraigadas en el pueblo durante muchas guerras y conquistas de que ha sido objeto, además de que entre ellos existe un factor de unión hombre-medio, muy especial también.

Hechas estas salvedades, paso a exponer muy someramente lo que encontré durante mis cuarenta días en Vietnam del Norte.

El primer factor radicaba en el pasado de luchas y guerras de conquista de que ha sido objeto el pueblo vietnamita, y siempre por enemigos más fuertes. En el curso de estas conquistas habían tenido ocasión de luchar con diversos métodos, contra enemigos muy diversos, de los cuales también habían aprendido. Simultáneamente, en estas situaciones adversas habían sido capaces de conservar su lengua, sus costumbres

y su cultura, lo que demostraba la fortaleza y unidad que siempre han acompañado a este pueblo.

En segundo lugar, y no independiente del anterior, que se trataba de un pueblo muy valiente, que ha sabido templar más aún esa valentía natural con un profundo esfuerzo educativo e ideológico extendido a todos los sectores y grupos de la población. Este trabajo lo había venido realizando el Partido Comunista de Vietnam, sin dogmatismos ni sectarismos, y aprendiendo siempre del pueblo, con el oído puesto de manera permanente en lo que este piensa y siente.

Otro factor importante lo constituía la capacidad de adaptación a las condiciones naturales del medio, fundiéndose con la naturaleza, obteniendo de ella refugio y alimentos, y haciéndose invisibles inclusive para las poderosas armas de detección que poseía el enemigo.

De igual modo, nunca combatieron las estructuras sociales tradicionales, ni la organización de la economía que a lo largo de muchos siglos hizo posible la manutención y autorregulación de la población. Se limitaron a eliminar a los señores feudales y a los colonialistas extranjeros, pero dejaron en pie la estructura vital de la sociedad.

No solo eso, sino que adaptaron la organización de la producción y de la vida social, y todo este accionar con el estímulo y control del Partido.

Por otro lado, han sabido convocar y movilizar inteligentemente a toda la población en las tareas del combate, la producción y la vida social.

Y han demostrado una creatividad rayana en lo genial, ejemplo de lo cual fue la construcción de los túneles, que en el Norte fueron de carácter defensivo, de protección, pero en el Sur jugaron un papel ofensivo y de movilización de las tropas.

Algo parecido ocurrió cuando, en la lucha contra los franceses, pasaron los cañones a fuerza de brazos a través de las montañas, para emplazarlos a tiro en Dien Bien Phu, obligando así a los franceses a rendirse.

La unión entre el Sur y el Norte fue la clave estratégica que obligó a los norteamericanos a evacuar Vietnam.

Han sido también maestros en influenciar la retaguardia del enemigo, prueba de ello fueron las campañas que en contra de la guerra se desataron en los propios Estados Unidos, lo cual contribuyó oportunamente al retiro de las tropas.

ENTREVISTA A MCCAIN

Llevaba cuarenta días de estancia en el país cuando los compañeros vietnamitas me preguntaron si había alguna otra cosa que me interesaba ver. Les dije que ya tenía una idea de las raíces sociológicas, políticas e ideológicas de la sólida retaguardia que poseía Vietnam. Entonces les participé mi interés por ver el otro lado de la medalla y entrevistarme con un prisionero norteamericano. Hicieron consultas con la superioridad, y dos o tres días después me informaron que había sido autorizada la entrevista. No era algo baladí, iba a ser la primera entrevista pública de un extranjero con un prisionero norteamericano. Esto me lo comunicó un oficial del Ministerio de Defensa, quien vino a concertar esa entrevista.

El encuentro se realizó en un saloncito, creo que en el Comité de Relaciones Culturales con el Extranjero, en la ciudad de Hanoi. El prisionero de guerra era el comandante John Sidney McCain, hijo del almirante del mismo nombre, quien en aquellos momentos era jefe del Comando Pacífico de la Marina de los Estados Unidos, la máxima autoridad militar norteamericana en el Sureste Asiático. La conversación tuvo

lugar junto a una mesita donde había tazas de café, mandarinas y dulces. El prisionero entró envuelto en una especie de bata o mono gris, con una toalla alrededor del cuello. Estábamos en invierno y el húmedo frío de Hanoi calaba los huesos. Yo me presenté por mi nombre, diciéndole que era un psiquiatra español que estaba de visita en Vietnam, lo cual correspondía a la verdad. El embajador cubano me había prestado su reloj y su estilográfica Parker para estar más a tono con mi identidad. El prisionero aceptó la entrevista. Luego me dijo que hablaba algo de español, porque lo había estudiado en el colegio y debido a que, además, había hecho varios viajes a España, en uno de los cuales había visitado la Academia Naval de ese país y también, según me contó, había conocido al infante Juan Carlos (hoy Rey de España).

El comandante McCain era un hombre de unos 30 años, prematuramente encanecido. En ese momento cojeaba (ayudándose con una muleta), como consecuencia de las heridas sufridas al ser derribado su avión sobre Hanoi, el 26 de octubre de 1967, cuando sobrevolaba esta ciudad para atacar una planta energética. En el aire, al catapultarse, chocó contra los restos del avión y sufrió múltiples fracturas en brazos y piernas antes de caer a las aguas del lago que se halla en Hanoi. Las heridas le fueron atendidas en un hospital militar de la ciudad. El avión era un A4E, con base en el portaaviones *US Oriscany*.

La conversación se desarrolló en francés, con ayuda de un intérprete vietnamita que traducía de este idioma al inglés. Pero McCain introducía muchas palabras en español, sobre todo cuando le parecía que el vietnamita no encontraba el vocablo apropiado. Al hablarme de sus heridas le hice un somero reconocimiento físico general y además le examiné la pierna. Solo encontré una pequeña limitación de movimientos en la flexión del codo derecho. Mentalmente estaba alerta y

sosegado, en plena conciencia. No mostraba inquietud, ni depresión, inclusive tuvo manifestaciones de ironía y humor, lo que revelaba un buen equilibrio psíquico. Dijo también que él jamás pensó que caería prisionero; iba a mucha altura, en un buen avión, y él era considerado uno de los mejores pilotos, de modo que se sentía seguro. Parece que su propio sentimiento de superioridad le daba ánimos para cumplir sus mortíferas misiones de bombardeo contra el pueblo vietnamita.

El derribo ocurrió en pleno centro de Hanoi, a la vista de sus pobladores, que acudieron en grupos a rescatarlo de las aguas y lo apresaron. Ellos le salvaron la vida, pues como el mismo McCain expuso, estaba paralizado por las heridas y no podía nadar ni mantenerse en la superficie.

En un momento de la conversación me habló de su mujer, de la cual recibía algunas cartas. A él le permitían enviarle postales de felicitación. Le dije que esta entrevista se iba a publicar, por si quería transmitir algún mensaje a su familia. Me dijo que su esposa se llamaba Carol y me dio una dirección en Palo Alto, California, que escribió él mismo, de su puño y letra, en mi libreta de notas (la que todavía conservo). «Dígale que estoy bien, que le deseo felicidades y que no se preocupe por mí», me dijo. Mencionó también que aunque su padre era superior en mando al general Abrams (jefe del Cuerpo Expedicionario Norteamericano en Saigón), el presidente Johnson a veces pasaba por encima de él y le daba a este último las órdenes directas. Estaba muy orgulloso de la tradición militar de su familia, que se remontaba a varias generaciones, y de su propia carrera como piloto. Tenía un número de horas de vuelo considerablemente superior a las requeridas, pero se esforzaba porque quería ser piloto de pruebas y cosmonauta. La guerra se lo impidió. Algunos años después de la guerra, McCain regresó de visita a Vietnam y

contempló un monumento erigido en Hanoi, que conmemora su captura.

La conversación se desarrolló en un clima cordial, McCain no daba la impresión de ser un prisionero de guerra, pues estaba relajado, sonriente y despreocupado. No expuso ninguna queja sobre sus captores, o sobre el trato recibido, salvo mencionar que en el hospital lo atendieron muy bien. En mi opinión la entrevista fue reveladora por lo que dijo (la ostentación de sus títulos familiares, varios almirantes entre sus antepasados directos, y que lamentaba el derribo, pues de no haber ocurrido hubiera sido el almirante más joven de la Marina), así como por el lenguaje extraverbal, sereno y relajado que manifestó en todo momento.

En la conversación previa que tuve con el oficial del Ministerio de Defensa para coordinar la entrevista, este me narró algunos detalles interesantes. Contó, por ejemplo, que cuando socorrieron a McCain, lo primero que dijo a sus captores fue que su padre era jefe del Comando Pacífico de la Marina Norteamericana, lo cual no me asombró, pues en la entrevista mencionó el hecho varias veces. También habló de sus conquistas amorosas, que según él incluían a una hija del ministro de Defensa de Brasil, entre otras personalidades.

La entrevista fue publicada íntegramente en el periódico *Granma* (La Habana, 24 de enero de 1970) por recomendación de Melba Hernández, a quien se la di a leer y valorar en su condición de presidenta del Comité de Solidaridad Cuba-Vietnam. Luego la reprodujo la prensa vietnamita, de modo que estoy seguro de que el mensaje llegó a su destino. La versión de la entrevista apareció también en un documento secreto del FBI desclasificado hace algunos años.

Después de la guerra, en 1973, McCain fue liberado, regresó a los Estados Unidos como un héroe y, luego de ser tratado

de las secuelas de sus heridas, siguió la carrera política. Tiene una activa vida como parlamentario, y al momento de escribir estas páginas, despuntaba como el candidato republicano a la presidencia de los Estados Unidos.

Cuando John McCain se hizo famoso por su campaña electoral, se me ocurrió colgar una fotocopia de mi entrevista en la pared del comedor de la modesta «paladar»¹ de mi hijo Fernando en La Habana, y pronto se enteraron los periodistas, que me asediaron por más de dos semanas. *The Washington Post*, *El Mundo*, *CNN*, *Saint Petersburg Times* y otros más, incluyendo el *Népszabadság*, de Budapest, me hicieron entrevistas. Luego, todo volvió a la normalidad.

El Ministerio del Interior no mostró el más mínimo interés por mi viaje a Vietnam, parece que lo consideraban un asunto puramente personal. No me dieron licencia de trabajo para poner en orden mis abundantes notas y publicar un libro, como los compañeros vietnamitas esperaban de mí, ni se mencionó en mi expediente. Nada. Apenas pude sacar un artículo, por gestión propia, en la revista *Moncada* (publicación mensual a colores que editaba entonces el MININT), y que titulé

«Organización, heroísmo, eficiencia».

Capítulo 21

Trabajo y familia: dos pasiones

UNA «RESISTENCIA» NECESARIA: EL TRABAJO

Continuaba atendiendo mis actividades de investigación social, ahora en el plano teórico, pues me resistía a abandonar este trabajo, que sigo considerando necesario y de la mayor utilidad. Por eso acepté gustoso un nuevo reto cuando, a mediados de los 80, fui informado de que participaría con mi grupo en las tareas del Programa de Investigaciones Sociales sobre la Juventud, que desarrollaría la Academia de Ciencias de Cuba.

El programa se extendería hasta el 86, y sería dirigido por un Comité de Expertos presidido por el sociólogo Juan Luis Martín. El Comité de Expertos estaba conformado por los jefes de Tema, y yo tendría a mi cargo el de Delincuencia y Juventud. En esa condición, estaría también en el Comité de Expertos. Mi grupo, conocido como «la gente del Focsa», por el edificio en que nos encontrábamos, estaba constituido por Mariví Bellón, Zelmira Díaz, Mayté Tellería, Maritza Moleón, Ángel Sánchez Montero, Lourdes de la Guardia, Emilio Amiéiro, Mercedes Ravelo, y una secretaria, Nilda Piñeiro, una oficinista, Rosabel García, y el chofer del microbús, Gilberto Bressó. Todos muy buenos en su trabajo.

Por estos años yo formaba parte de la Comisión de Grados Científicos del Ministerio. Entonces tenía a mi cargo las candidaturas en el área de la investigación social, que una vez

evaluadas y aprobadas por la Comisión, formaban parte del Plan de Investigaciones Sociales del organismo y eran objeto de supervisión por la Comisión.

Como resultado de los análisis que habían sido objeto del tema, escribí dos folletos titulados «Modelación sociológica de la delincuencia», de 1989 y «La mercantilización de la delincuencia en Cuba: características, desarrollo y peligros futuros», este de 1990.

El primero fue acerbamente criticado por los criminólogos de la Universidad; el segundo fue ignorado, aunque recibí opiniones muy favorables de algunos amigos que lo leyeron. Pero ninguno fue publicado o incorporado a los centros de documentación de Ciencias Sociales. Otro tanto había pasado con el «Informe científico del tema Delincuencia y Juventud, a la Academia de Ciencias», de 1989.

Esta situación de aislamiento y censura me parecía absurda y no beneficiaba a nadie, de modo que acudí al Consejo de Estado, el que me respaldó y le encargó al presidente de la Sociedad Cubana de Criminología y Derecho Penal que divulgara mis trabajos. Así lo hizo durante un año, aproximadamente. Me hicieron miembro de la Sociedad y me organizaron algunas conferencias y charlas. Luego todo quedó igual.

Por ese entonces me llamaron de la Unión de Jóvenes Comunistas. Su primer secretario me dijo que en la FEU de la Universidad Central (Santa Clara) habían leído mi análisis del concepto de delincuencia que se enseñaba en los textos y querían que fuera personalmente a exponerlo. Cuando viajé a esa ciudad desarrollé reuniones, seminarios y conferencias ante estudiantes y profesores de ese centro de altos estudios. Más adelante, en 1992, en colaboración con un profesor de Economía, Bienvenido Cuéllar, y una estudiante de la Facultad de Derecho, escribí una monografía titulada «Economía

subterránea y mercado negro delincencial en Cuba», que tampoco se publicó, ni existe en los Centros de Documentación de Ciencias Sociales ni de Criminología.

Pero las relaciones científicas con los profesores de la Universidad Central prosiguieron. Una profesora de Sociología, Celia Marta Riera, que había pasado un entrenamiento de varias semanas en el Focsa, creó posteriormente la Facultad de Prevención, donde, entre otros, se utilizan trabajos míos como base material de estudios.

También en este período asesoré una maestría del jurista Alejandro Aldana Fong, que resultó una experiencia extraordinaria. Él elaboró una tesis brillante, que incluía algunas de las ideas que he desarrollado. Desde entonces se ha convertido en colaborador y amigo.

Por esos años escribí un polémico folleto, que titulé ambiciosamente «Dogmatismo y burocratismo en las ciencias sociales y, particularmente, en la criminología», que desde luego no fue publicado, lo cual no lamento. Tuve en cuenta para ello los ejemplos de Lisenko y la «Reflexología», además de la negación, en su tiempo, de la cibernética y las encuestas sociales, ya que, según la concepción dominante, «la sociedad soviética no tenía por qué ser investigada». Mi tesis era que en la criminología cubana todavía había rastros visibles de ese fenómeno. Aparte de las lecturas y la experiencia profesional directa, consulté también varios trabajos y cartas de Che que tocan el tema.

Los años transcurridos desde mi retiro han sido pródigos en trabajo y en resultados. Pero también he chocado con la dura realidad de que las ideas nuevas no se abren camino por sí solas, ni son fácilmente aceptadas. Me queda proseguir el esfuerzo de divulgación, fomentar la investigación ulterior de los problemas menos estudiados, como el de la delincuencia

ocupacional y la corrupción, así como desarrollar modelos de acción para transformar la situación, además de una continua investigación que retroalimente la práctica. Deseo escribir un libro que exponga sistemáticamente estas ideas, emanadas de las realidades de la delincuencia en Cuba a partir de las investigaciones y generalizaciones desarrolladas aquí, que ayude a estudiantes y profesionales a comprender y enfrentar este fenómeno en su actividad práctica. Espero tener tiempo y ayuda para ello.

LOS HIJOS SE PARECEN MÁS A SU TIEMPO QUE A SUS PADRES

Esa misma falta de tiempo se reflejó en la atención a mi familia, integrada por Laly, mi amor de siempre, Ernesto y Fernando, nuestros dos hijos. Por otro lado estaba Ana María, mi hija con Isabel, que vivía en Hungría con su mamá, pero que al terminar el bachillerato vino a Cuba a estudiar en la Universidad.

Recuerdo que cuando Laly estaba embarazada de Ernesto, en 1966, yo no pude asistir al parto, porque me encontraba en una reunión de la que no podía evadirme. Llegué cuando los sacaban del salón. Laly es psiquiatra infantil y trabajó en el mismo hospital desde que se graduó hasta que se jubiló recientemente. Como ya narré, nos enamoramos a primera vista, cuando yo era su profesor, y el tiempo transcurrido no ha debilitado nuestro amor. No solo es cariño, es mutua comprensión y apoyo. La comunicación con ella me inspira y me facilita mi vida y mi trabajo. Pero ¡ojo!, somos diametralmente opuestos en casi todos los meridianos, y también un ejemplo vivo del dicho: «los opuestos se atraen». Poco a poco hemos aprendido a tolerar nuestras discrepancias y a concentrarnos en los puntos comunes, que son los dominantes. Laly tiene un corazón que no le cabe en el pecho, y está pendiente y

ayudando a mucha gente, aparte de su labor profesional. Y por los hijos y los nietos siente verdadera adoración, la misma que sentía por sus padres, cuya memoria venera.

De nuestros hijos, Ernesto es el primogénito. Busqué un nombre alusivo, no quería ligarlo desde el nacimiento al mío. Fue un modelo en la escuela y en diversas actividades sociales y militares, que le encantaban. Él estudió Medicina, se especializó primero en medicina militar, en la Marina, pero no le gustaba y pidió la baja, fue a parar a un policlínico. Le gustaba mucho practicar *windsurfing* y era muy hábil en este deporte. Practicaba todo el tiempo que podía en las playas de Miramar, cerca de donde vivimos.

Un día soleado, como tantos días hermosos y soleados del cielo cubano, nos llevamos un susto. Eran las ocho de la noche y todavía no había llegado, cosa extraña en él. Recorrimos las casas de sus amigos y compañeros de *surfing*, y nos dijeron que a eso de las dos de la tarde tomó rumbo Norte y se perdió en el horizonte.

Eran los días del éxodo de los balseros, cuando los guardafronteras permitían salir del país a todo el que quisiera, con cualquier clase de embarcación rústica. Enseguida pensamos lo peor, máxime que no se había llevado nada consigo, ni siquiera agua, solo el bañador y el reloj.

Estábamos sobresaltados, la madre lloraba desconsoladamente y yo no cabía en la casa. Por fin, a eso de las dos de la madrugada, una vecina tocó a nuestra puerta. Había estado escuchando Radio Martí, donde anunciaban todos los cubanos que tocaban costa en los Estados Unidos, y oyó su nombre entre ellos. En ese país, él tuvo que realizar nuevos estudios de la carrera y esforzarse estudiando, mientras trabajaba de noche para mantener a su familia.

Quince años después, es un médico pediatra con una moderna y próspera consulta en una ciudad de la costa atlántica de la Florida. Con su esposa Elena, que lo siguió a Estados Unidos apenas pudo, nos ha dado tres bellos nietos, posee una casa cómoda y un motovelero, que es su pasión y su solaz. En las elecciones vota republicano.

La historia de Fernando difiere en algunos detalles de la de Ernesto. Él se hizo ingeniero mecánico y se ha dedicado desde hace años a restaurar automóviles clásicos. Actualmente pertenece a una asociación de propietarios de estos coches.

Desde pequeño se distinguió por su creatividad, su pensamiento original y su sentido práctico, aunque de niño era muy travieso, y en nuestras semanales excursiones al Parque Escaleras de Jaruco a montar caballo, frecuentemente volvía castigado. Aprendió a montar muy de niño, no llegaba a los estribos, pero se mantenía en perfecto equilibrio. Estas cualidades se le desarrollaron más con la edad; era el que resolvía (y resuelve) cualquier problema en la casa. Al faltar el hermano mayor, dio un paso al frente y se hizo cargo de la familia. Él ha sido y es el puntal de la casa, tanto cuando vivían los padres de Laly como después de su fallecimiento. Ha sido el sostén, la mano servicial que siempre está dispuesta a ayudar, con prontitud y eficacia, sea cual sea el problema de que se trate.

De él fue la idea de abrir una «paladar» en 1995 para afrontar la dura situación económica, y desde los primeros instantes se hizo cargo de esta y la administra eficazmente, aunque yo presté el nombre para obtener la licencia. Fernando posee la «sabiduría de la calle». Es apolítico. Tiene un hijo que es un dechado de cualidades, inteligencia y simpatía.

Ana María, mi hija húngara, es fruto de mi primer matrimonio con Isabel Dubecz, compañera de estudios en la Facultad de Medicina de Budapest. Aunque nació en Cuba, apenas la conocí de niña. La vi dos vacaciones, una allí y otra aquí en Cuba. De pequeña era dulce y una lectora voraz, todas las semanas sacaba cuatro o cinco libros de la biblioteca cercana y se los leía. Además, le gustaba mucho dibujar vestidos de moda e historietas. Recuerdo una de ellas, en que había varias personas leyendo legajos interminables, y en la que rotuló, ella misma: «El Ministerio del Chisme», jamás sabré por qué.

Después de divorciarnos, su mamá se casó con un húngaro y los tres regresaron a Hungría. Ana María terminó allí el bachillerato, pero tomó la decisión de venir a Cuba a seguir la Universidad, y se especializó en Bioquímica, que era su vocación desde los tiempos del bachillerato. Aquí vivía con mi madre, que la adoraba.

Ha sido la más independiente de los tres, haciéndose su propia vida desde jovencita. Tiene una veta rebelde y luchadora. Cuando terminó la carrera estuvo diez años trabajando en el Instituto de Oncología como investigadora y docente. En 1995, ya con familia, se fue a Suecia para completar el doctorado. Defendió su tesis en 2001, y decidió hacer estudios postdoctorales en San Diego, California, donde reside actualmente. Tras unos años en una empresa farmacéutica, se cansó del mercantilismo imperante y el trabajo rutinario, y ahora se dedica a la docencia. Como buena representante de la cultura californiana de izquierda, es activa en causas sociales como el Proyecto Alternativas contra la Violencia, pero también disfruta de la cultura playera, actividades físicas y buena música. Tiene un hijo de 18 años que sigue sus pasos en cuanto al interés en justicia social y el medio ambiente. Ana María gusta decir, creo que con razón, que de todos, ella

es la que más ha heredado el legado de ideales sociales de los Barral.

Pero los tres, a pesar de sus diferencias, tienen un rasgo común: ser buenos padres y buenos hijos.

Epílogo

Una de las cosas curiosas de mi vida es cómo se ha ido cumpliendo la profecía que me hizo nuestra amiga Aida, en mi temprana adolescencia, en el sentido de que siempre tendría problemas con las autoridades y con los documentos, porque Marte, mi planeta regente, se encontraba al momento de mi nacimiento en la Casa XII (si mal no recuerdo), que rige la autoridad, las instituciones y los papeles oficiales, y entonces se hallaba en mala posición en el firmamento. También me dijo que esta influencia negativa pasaría en la vejez, al cambiar la configuración de los planetas.

En su momento no le hice caso a esto, y solo muchos años después me fijé en los hechos, que parecían confirmar sus palabras. Efectivamente, a lo largo de toda mi vida tuve problemas, de una u otra índole, con las autoridades, en unos países más graves, en otros no tanto, pero problemas al fin. Y de los documentos... ni hablar, pues gran parte de mi existencia la pasé indocumentado. No fue hasta 1977 que adopté la ciudadanía cubana, y la española en los años 90, cuando tuve papeles en regla. Desde mis tiempos en Hungría estaba solicitando el pasaporte español, pero siempre me lo negaban.

Otro detalle curioso fueron los ciclos de once años, bien demarcados. No sé cuándo me di cuenta de ello, pero se han cumplido rigurosamente a lo largo de mi vida, al menos hasta mi jubilación. No sé si el ciclo actual durará otros once años.

Durante los 48 años de vida en Cuba, se distinguen dos ciclos bien diferenciados: como médico (Vida IV) y como

investigador social (Vida V). El período vivido en este hermoso país ha sido, con mucho, el más fructífero de mi vida, toda una vida, podría decir, en la que desarrollé dos profesiones y en ambas obtuve resultados, aunque no siempre reconocidos.

Vine a Cuba con una visión romántica e idealista de la Revolución, pese a que Che me había advertido en su carta de invitación:

Naturalmente, aquí encontrarás más cosas irracionales que en ese país [Hungría] pues una revolución lo conmueve todo, lo trastoca todo y poco a poco hay que poner a cada uno en el puesto que mejor pueda desempeñar. Lo único importante es que no se obstaculiza el trabajo de nadie.

Sobre la importancia de Che en mi vida quiero relatar un pequeño episodio.

Los problemas que encontré, a los cuales me refiero en varias partes del libro, se derivaron fundamentalmente del burocratismo y de rezagos de dogmatismo filosoviético, ajenos a la ideología de la Revolución. Esto lo toco, en parte, en la Vida IV, y sobre todo en la V. Acerca de estos problemas el Che también había alertado. La Vida V es menos movida que las anteriores, sobre todo el Anexo, que expone los resultados de varios años de investigación empírica y teórica sobre la delincuencia.

Che influyó no solo a través de las advertencias de su carta, eso fue en las etapas recientes de mi vida, cuando empecé a repararlas con vistas a estas Memorias. Hubo una influencia más importante y permanente, que dimana de su quehacer revolucionario como dirigente estatal y político en Cuba, y que quedó recogido en la memoria del pueblo, en sus

escritos, en sus numerosas cartas, en las actas del Consejo de Dirección del Ministerio de Industrias y en otros trabajos, previsoramente recogidos y publicados por Orlando Borrego en su inigualable recopilación en siete tomos *El Che en la Revolución cubana*, donde se aprecia su vuelo filosófico, sus concepciones siempre socialistas y marxistas, su crítica al dogmatismo, su humor, cáustico a veces pero siempre chispeante.

En *Mis vidas...*, en Cuba, ha estado siempre una presencia cercana que me ha hecho amar este país, romper «la maldición de los once años». Ella me ha compensado y comprendido, dándome amor e hijos admirables: Laly, mi esposa, a quien dedico este libro.

Anexo

Elementos para una teoría de la delincuencia

En junio de 1989, después de veintitrés años de duro trabajo y total dedicación en el Ministerio del Interior, me retiré, con el grado de Teniente Coronel. En todo ese tiempo afronté grandes retos profesionales y obtuve hondas satisfacciones, amén de algunos contratiempos. Llegué a desarrollar un gran sentido de pertenencia al organismo, que consideraba casi como mi casa.

Pero tuve que pagar un precio: mis trabajos pertenecían al Ministerio y raramente podía confrontar los resultados con los científicos de la vida civil. Inclusive un trabajo hecho en el marco de la Academia de Ciencias de Cuba con el tema

«Delincuencia y Juventud», fue clasificado como «secreto», de modo que no había posibilidades de publicación.

Después de mi retiro me puse a escribir, a elaborar las conclusiones teóricas de las investigaciones que había realizado. Del año 90 data «La mercantilización de la delincuencia en Cuba: características, desarrollo y peligros futuros», que fue valorado positivamente pero no llegó a ninguna imprenta, y lo mismo pasó con otros materiales.

Por esta razón he decidido incluir en estas memorias los principales resultados y conclusiones teóricas de mis investigaciones. Pudiera parecerle a un lector excesivamente meticuloso que el contenido de este capítulo no continúa con la historia de mis vidas. En realidad, los resultados que presento

constituyen para mí lo más importante que he hecho en mi vida profesional. Era justo, pues, que estuvieran aquí.

Entre 1979 y 1980, como expresé en el capítulo anterior, fui informado de que participaría con mi grupo en las tareas del Programa de Investigaciones Sociales sobre la Juventud, que desarrollaría la Academia de Ciencias de Cuba. Este programa estaría dirigido por un Comité de Expertos y yo tendría a mi cargo el ya citado tema «Delincuencia y Juventud».

En la primera reunión del Comité nos dieron unas directivas de la propia presidenta de la Academia de Ciencias, doctora Rosa Elena Simeón, las cuales establecían que debíamos presentar tablas estadísticas sobre la delincuencia juvenil, desglosadas por distintas variables sociodemográficas, todas estadísticamente validadas.

Por supuesto, no existía una estadística sobre la delincuencia juvenil, porque esta no era una categoría estadística, sino que había delincuentes jóvenes (sancionados por los tribunales) y menores con conducta antisocial (atendidos por los Consejos de Menores, órganos no judiciales). Por eso fuimos a la prisión Combinado del Este y allí conformamos tablas sobre la base de los reclusos jóvenes que estaban presos. Otro tanto hicimos con los adolescentes atendidos por el Consejo de Menores.

Ese enfoque estadístico de la delincuencia no era nuevo, como comprobaría poco después. Lo primero que hicimos fue acudir a la Policía y al Órgano de Menores, para recoger la experiencia viva de los expertos, así como lo que se hubiera escrito al respecto.

CONCEPTO DE DELINCUENCIA EN LA CRIMINOLOGÍA CUBANA

Por mi parte, fui a consultar los libros de criminología. Lo que predominaba era la criminología socialista, que era calcada de la soviética, incluida la cubana. En todos esos libros existía la misma definición de «delincuencia», como un cliché.

Todas ellas constaban de dos partes:

- a) Una declaración general y abstracta, en el sentido de que la delincuencia es un «fenómeno social históricamente transitorio, surgido y condicionado clasistamente en las formaciones económicas explotadoras».
- b) «Formado por la suma de los delitos en una sociedad dada, en un período de tiempo determinado».

O sea, después de una declaración tan amplia y abstracta, la definición se traduce en una tabla estadística: *la suma de delitos cometidos en una sociedad dada, en un período determinado*. Esto, en el mejor de los casos, es una estadística judicial, pero difícilmente un concepto teórico para profundizar en el conocimiento, prevención y control de la delincuencia. La suma de muchos hechos individuales no permite comprender ni analizar un fenómeno social complejo.

Lo más triste del caso, aparte de la pobreza epistemológica de sus autores, todos eminencias jurídicas en su país, la (antigua) Unión Soviética, es que Cuba la había copiado también en sus manuales. No engañarse, esto estaba ocurriendo nada menos que en los años 80 y persiste en la actualidad (2008).

Como se comprenderá, la que aparece en los manuales es una *definición penal*, pues se limita a registrar los datos de los sancionados. No aporta nada a la comprensión de la

delincuencia como *fenómeno social*, que está en contraposición antagónica con la sociedad.

Nuestra primera presentación al Comité de Expertos fue, justamente, la

CRÍTICA DE LA DEFINICIÓN DE DELINCUENCIA EN LA CRIMINOLOGÍA SOCIALISTA.

Para la discusión, el Comité de Expertos citó a las dos figuras más sobresalientes de la criminología cubana, una profesora universitaria y el presidente de la Sociedad Cubana de Criminología y Ciencias Penales, quienes, por supuesto, se expresaron en contra de nuestras opiniones. El resto del Comité, por ser un tema ajeno a sus conocimientos y actividades científicas, no expresó opinión alguna. El material, por lo tanto, no fue incorporado a los resultados del Problema. Hay que decir aquí que esa definición idealista, penal y estadística de la delincuencia, sigue aún vigente en los libros cubanos de criminología a la hora de escribir estas líneas.

No nos dejamos decaer por la derrota, y consecuente con la crítica de la definición penalista y estadística, nos pusimos a estudiar LA DELINCUENCIA COMO FENÓMENO SOCIAL COMPLEJO. Para ello, seguimos otro camino. Empezamos por entrevistarnos con los especialistas de investigaciones, para informarnos de lo que no aparecía en las estadísticas: relaciones entre los delincuentes, cómo actuaban, cómo empezaron, y otros aspectos de interés.

Un caso llamó especialmente nuestra atención: el caso «Millonario». Porque se trataba, efectivamente, de un millonario, pero lo interesante es cómo se enriqueció.

Todo empezó una mañana, a eso de las once. Un alto jefe de la Policía pasaba

frente a una heladería de moda, cuando le sorprendió ver allí un coche con todos los

«extras» y «adornos» que en aquel entonces eran característicos de los coches de los dirigentes. Luego el Ministro del Interior mandó quitar los cristales tintados, las antenas llamativas y otros implementos que indicaban «estatus»). Al oficial le entró la curiosidad y llamó por la planta para que le dijeran a quién pertenecía el coche. Para su sorpresa, el dueño era el administrador de la propia heladería. ¡Había que averiguar cómo un simple administrador podía comprar un coche así, y rodearlo de lujos!

Por ahí empezó la investigación, que duró más de un mes, y se obtuvieron los resultados. El asunto es que el administrador había retirado los cucharones dispensadores de las bolas de helado, y en su lugar mandó hacer otros con menor capacidad, y se podía vender más con la misma cantidad de helado recibido. La diferencia se la distribuían entre los empleados, en proporción directa al cargo de cada uno, de modo que el administrador se hizo «millonario». Las cosas no terminaban ahí, por supuesto, con tanto dinero en el bolsillo podía comprar lo que quería, generalmente en la bolsa negra, o encargar exquisiteces.

Continuando nuestra búsqueda de información, también acudimos al Órgano de Menores, una institución no penal que atiende a los adolescentes menores de 16 años que habían cometido algún delito y, por ser menores de edad, no podían ser procesados policíaca ni judicialmente, así como aquellos que habían abandonado sus estudios y manifestaban una conducta antisocial. Ahí hablamos con los especialistas, muchos de ellos psicólogos de distintas especialidades y sociólogos, para penetrarnos con el modo de vida y relaciones de esos adolescentes, y estudiamos expedientes de casos significativos.

Una de mis colaboradoras hizo un estudio en el terreno de un barrio marginal: el Romerillo, y obtuvo una cuantiosa información sobre la vida, familia y actividades delictivas y antisociales que tenían lugar allí, o en otros barrios marginales cercanos. Todo esto nos permitió delimitar el modo de vida antisocial y el papel que jugaban en él los delincuentes y sus familiares, y en especial cómo los adolescentes de estas familias poco a poco se incorporaban a ese modo de vida y terminaban cometiendo delitos ellos mismos.

Otra colaboradora permaneció varios meses en una planta procesadora de café y, mediante el método de la observación participante, pudo establecer la forma en que se desarrollaban las actividades delictivas en el seno de la empresa, donde no pocos empleados se aprovechaban para sustraer a veces cantidades considerables de café.

A otro colaborador, criminalista, le encargué hacer un estudio de hechos violentos y homicidios, así como de casos de hechos tumultuarios.

También hicimos estudios de casos de familias antisociales.

A esto hay que añadir el seguimiento que habíamos realizado recientemente a los jóvenes y adolescentes del caso Bejucal.

De esta forma, cada miembro del equipo (psicólogos en su mayoría y con buen entrenamiento en entrevistas y en métodos de análisis de documentos escritos) exploraba una parte del universo delincencial. Sánchez Montero, el matemático, se encargaba de los análisis estadísticos de las variables.

Así fuimos reuniendo evidencia empírica, identificando variables y relaciones para analizarlo todo en conjunto. Yo no me había asignado ningún proyecto particular, sino la elaboración general y la síntesis resultante. Con toda esa riqueza de

informaciones ya no podíamos servirnos en absoluto de las definiciones de la criminología socialista.

Quería llegar a una SÍNTESIS TEÓRICA CONCRETA DE LA DELINCUENCIA, no una definición abstracta y en el fondo de corte penal, no criminológico.

Pero la delincuencia, como empezábamos a verla, era algo verdaderamente complejo, de modo que nos pusimos a analizar esa complejidad, a ver de qué dependía.

Pronto llegamos a una primera conclusión: que hay una serie de delincuentes que no encajan en ninguna parte, ni caben en ninguna clasificación. Por suerte no eran muchos, y se trataba generalmente de «delincuentes de un solo delito». Debido a esto, corté por lo sano y formé un grupo pequeño al que llamamos «criminalidad aislada», el cual dejamos para estudios posteriores.

El resto del mundo delincuencial se interrelacionaba estrechamente y constituía una complejidad sociológica que no podía ser analizada con instrumentos tan endebles como la estadística penal. Había que buscar nuevas categorías. Las encontramos en la sociología y la economía política marxista. De todo esto, y al cabo de dos o tres años, salió nuestra próxima entrega al Comité de Expertos:

MODELACIÓN SOCIOLÓGICA DE LA DELINCUENCIA EN CUBA.

Nos planteamos en primer lugar hacer un análisis desde el punto de vista de las clases sociales, no encasillando a la delincuencia como una clase social, sino estableciendo qué relación guardaba con las clases, que es el punto de partida más amplio para analizar un fenómeno social. Constatamos que la delincuencia NO era una clase social, como es natural, pero guardaba ciertas relaciones interesantes con las clases, como veremos más adelante.

Lo que encontramos fue que (excluyendo la «criminalidad aislada») la delincuencia constituye un grupo social, un gran grupo social, aunque un grupo abierto, un sistema complejo abierto. Ya por ahí teníamos la llave para entrar en el análisis.

Pero ese gran grupo no era homogéneo, no se correspondía plenamente con el concepto de lumpenproletariado acuñado por Marx, puesto que había delincuentes que habían trabajado toda su vida, y delinquíán.

Analizando el material empírico encontramos dos subgrupos. Uno de ellos tenía las siguientes características:

- Cometen los delitos fuera de las relaciones de producción, en la calle, en lugares públicos, en viviendas, en vehículos. Podría llamársele, por tal motivo: «delincuencia callejera», pero no es lo suficientemente exacta. El hecho es que su vinculación laboral es pobre, abundando entre ellos los desocupados parciales.

- Son delincuentes generalmente jóvenes, inclusive adolescentes.

- Pueden cometer sus delitos solos, o con algún cómplice.

- Los delitos en que más frecuentemente incurrían son el hurto, el robo, el asalto, lesiones, homicidios, asesinatos, violaciones, estafas, delitos de droga, etcétera.

- Con frecuencia proceden de un medio marginal, bien en el barrio, o en la familia, y sus características sociales y psicológicas son francamente marginales.

- Tienen pobre desenvolvimiento escolar, muchos de ellos han dejado la escuela.

- Tienen tendencia a reincidir y con frecuencia han pasado un tiempo en Centros de Reeducción para menores, o en la cárcel, según la edad.

-Por todas estas características, a este grupo sociológica y penalmente bastante homogéneo lo designamos como «delincuencia marginal».

El otro grupo tiene características muy diferentes:

-Por definición, trabaja; es decir, tiene una praxis positiva hacia la sociedad.

-Pertenece a las clases trabajadoras, clase obrera, intelectualidad y clase media. Pero es justamente en su ocupación o profesión donde comete los delitos, valiéndose de las facultades y facilidades que estas le brindan.

-No tienen características socioculturales diferentes del común de la población, de modo que no hay grupos de riesgo identificables.

-Su edad promedio corresponde a la edad laboral.

-Su actividad delictiva no implica cambios notables en su conducta social, salvo cuando obtiene altos ingresos que modifican su estilo de vida.

-Por sus características, a este grupo lo llamamos «delincuencia ocupacional». (En la sociedad capitalista existe el «delincuente de cuello blanco». En la sociedad socialista pueden delinquir trabajadores más modestos.)

Relaciones entre la delincuencia marginal y la ocupacional

La asociación entre delinquentes ocupacionales y marginales es más frecuente de lo que podría imaginarse, teniendo en cuenta su diverso origen social y su distinto estatus en la sociedad.

Generalmente se buscan uno al otro para hacer «negocios» que les pueden reportar beneficios. Puede que el ocupacional, con dinero, quiera conseguir algún artículo que no se encuentra fácilmente en el mercado, o bien que el marginal, conociéndolo, se aproxime a él para hacerle alguna «oferta» de venta. Por todo esto podemos hablar de una especie de convergencia entre la delincuencia marginal y la ocupacional.

Reproducción de la delincuencia marginal

Las relaciones sociales (familiares y grupales) que conforman la delincuencia se reproducen continuamente en el plano individual, y lo mismo ocurre en el plano general de la delincuencia en su conjunto.

La reproducción de la delincuencia marginal tiene características propias, muy peculiares.

Aunque en Cuba, hasta donde conozco, no se han efectuado mediciones de la amplitud y velocidad de reproducción de la delincuencia, pueden hacerse las siguientes suposiciones:

La delincuencia marginal tiene un ciclo de reproducción más corto, y se reproduce con mayor amplitud debido a:

Un ciclo de maduración delictiva más breve que para el delincuente ocupacional. Los delincuentes marginales son más «precoces», si cabe la expresión, porque empiezan su carrera delictiva en la adolescencia o temprana juventud, sobre todo si abandonan la escuela y se quedan sin estudiar ni trabajar. En esta situación conforman lo que conocemos como «delincuencia juvenil», que no es una clase de delincuencia diferente, sino la etapa adolescente-juvenil de los delincuentes marginales. Los delincuentes juveniles, si la sociedad no logra encarrillarlos incorporándolos al sistema escolar, o al

trabajo cuando tengan edad, y si no se modifica su modo de vida antisocial, se convierten en delincuentes marginales adultos.

Ese modo de vida antisocial, con su escala de valores desviada, su sistema de actitudes individualista, es producto y a la vez causa de la delincuencia marginal.

De esto se desprende que para prevenir la delincuencia marginal, hay que prevenir su etapa anterior; es decir, la etapa juvenil. Porque, además, cuanto más joven, menos «encallecido» está y más eficaz será el trabajo de reorientación y reeducación.

Este razonamiento nos llevó a elaborar una «estrategia de prevención precoz de la delincuencia juvenil», que expondremos más adelante, porque antes hay que describir otro proceso dialéctico que interviene en la lucha contra la delincuencia. Nos referimos al «proceso de criminalización secundaria».

Proceso de criminalización secundaria

Es el efecto paradójico que tiene sobre el delincuente el sistema de justicia penal, especialmente cuando el contacto entre el delincuente y las autoridades no tiene lugar en medio de estrictas medidas de profesionalidad. Es un problema difícil de resolver, sobre todo en el caso de los internados en centros juveniles y en reclusorios. En estos establecimientos, los reclusos van conformando una «mentalidad de presidarios», que ve mal todo lo que hacen las autoridades y estimula actitudes adversas por parte de los reclusos. Hay valores sobreestimados en la comunidad de reclusos, como el de la «hombría», la dureza y la violencia, y se forman claques entre los reclusos, con sus líderes y acólitos serviciales, que a

menudo se convierten en administradores de las migajas de poder que logran asir, bien en forma de bienes (cigarros, drogas, cuando logran introducirlas), bien en la obtención de favores sexuales de otros reclusos.

A este reforzamiento de la mentalidad delictiva en las prisiones y centros correccionales, se contraponen los planes de reeducación que existen en ambas instituciones, donde participan en trabajos socialmente útiles y reciben clases culturales, además de la influencia personal del reeducador. Pero la policía tiene que investigar y vencer las reservas de los delincuentes, lo que no deja de producir cierto grado de resentimiento social hacia las autoridades.

En este sentido, para muchos delincuentes que han pasado por prisión, o centros de reeducación, la reincidencia suele ser un mérito en el mundo delincuencial, y esto se refleja en su sistema de valores y de actitudes.

En el caso de los delincuentes adultos es difícil, aunque no imposible (con trabajo educativo paciente y ganándose su confianza), evitar este «encallecimiento» institucional, que obra contra su reeducación. El problema es más delicado en el caso de los adolescentes, de por sí más influenciables por unos y otros. Ya veremos qué papel juega esto en la llamada «estrategia de prevención temprana».

Estrategia de prevención temprana de la delincuencia marginal

Como el problema de la investigación era la juventud, y nuestro tema era «Delincuencia y Juventud», nos centramos en la elaboración de un programa de acción para prevenir la delincuencia juvenil. Sobre esta habíamos reunido una cuantiosa información empírica y, en menor medida, también teórica.

Ya señalamos anteriormente que la *delincuencia juvenil* no es más que *una etapa en el proceso de reproducción de la delincuencia marginal*. La delincuencia ocupacional, por su parte, exige como condición *sine qua non* que los delincuentes tengan la edad laboral (como mínimo) para poder estar trabajando y cometer delitos en sus relaciones sociales laborales.

Los adolescentes y jóvenes del grupo marginal, por su parte, reciben influencias antisociales de algún miembro de su familia, o de amigos o vecinos en el barrio; sobre todo si es un barrio marginal, o viven en condiciones marginales en zonas aisladas de un vecindario. Muchas veces, cuando esos adolescentes llegan a la mayoría de edad (que en Cuba, para muchos efectos, es a los 16 años), tienen ya una mentalidad antisocial y delictiva, en no pocos casos bien arraigada, y han tenido experiencias con la policía en ocasión de algún delito, o inclusive pueden haber estado recluidos en un Centro de Reeducción de menores. En no pocos de estos casos son ya «huesos duros de roer».

A partir de esta situación empíricamente conocida, nos planteamos elaborar una estrategia preventiva que actuara sobre los adolescentes antes de que incurran en experiencias de ese tipo.

Esta estrategia preventiva se caracterizaba por actuar sobre los menores en situación de riesgo, pero que no eran objeto todavía de atención o acciones por parte de los Órganos de Menores, de la Policía, o de la Comisión Nacional de Prevención, entre otros.

Un punto de vista importante es la familia, pues investigaciones y encuestas previas han demostrado que alrededor del 60 o 70 % de estos menores proceden de familias con antecedentes delictivos o antisociales. Este criterio serviría de

base, pues, para seleccionar una buena parte de los menores en riesgo, aunque no manifestaran abiertamente conducta antisocial ni cometieran actos delictivos.

Otro pilar de esta *estrategia* es el enfoque grupal. No se trata de tomar a un menor en riesgo antisocial y tratarlo individualmente, a solas, sino de ejercer una acción integral sobre el menor, la familia y su medio ambiente, en cada caso a través de las instituciones adecuadas.

Muy especial atención hay que dedicar al menor cuando se inicia en la vida escolar, teniendo en cuenta que la familia a menudo carece del nivel cultural y educacional adecuado para ayudarlo, lo que requiere apoyo especial del maestro y de algún vecino de suficiente nivel educacional y voluntad de ayudar. Se precisa de un esfuerzo pedagógico extra para que el niño se adapte bien a la escuela.

En ocasiones alguno de los progenitores puede necesitar ayuda profesional: consulta con un psicólogo o un psicopedagogo, por ejemplo.

Un factor determinante es el de evitar la criminalización secundaria. Para esto, los menores que incurren por primera vez en un acto delictivo, no deberían ser tratados por el procedimiento habitual, sino ser atendidos por instructores especializados que hayan recibido una formación psicológica adicional, o contar con la ayuda de algún psicólogo. Y deberá evitarse por todos los medios que el menor sea enviado a un Centro de Reeducción, donde sus tendencias negativas pueden ser reforzadas por la psicología grupal de la población penal.

Todo lo anterior requiere un estudio de la población menor de 15 años, para detectar cuáles son los que están en situación de riesgo. Esto es perfectamente posible con la infraestructura de organizaciones sociales de que dispone el país.

Cuando presentamos la *estrategia*, prestábamos especial atención al médico de la familia, en tanto ellos constituían una red que llegaba a todos los hogares. Actualmente ya no es así, pero se ha adquirido una gran experiencia con los trabajadores sociales, quienes pueden ser formados con este nuevo perfil. Aparte de eso, están los Comités de Defensa, la Federación de Mujeres Cubanas y la Comisión Nacional de Prevención Social, que tiene fines más amplios.

Muchas de las acciones que se proponían en la *estrategia*, se realizan por las citadas organizaciones, pero con la diferencia esencial de que todo cuanto se propone en la misma, es *tratar* a los menores que están todavía en situación de riesgo, para evitar que cometan actos delictivos. Esto no reemplaza la acción de las autoridades ante hechos consumados por adolescentes o jóvenes ya antisociales.

Esta *estrategia* está fundamentada teóricamente, pero no surgió de las nubes, ni de elucubraciones puramente teóricas. Sus puntos principales fueron sometidos a un pilotaje de factibilidad en un barrio populoso del Municipio Playa, en el cual abundaban, sin ser mayoría, las familias con riesgo antisocial. Con el análisis de los resultados de este pilotaje, ajustamos la *propuesta de estrategia*. El diagnóstico social debe preceder a las acciones preventivas. Este nos indicará sobre qué institución (la escuela, la familia, o simplemente la calle, el barrio) debe ejercerse la acción correctora, y sobre qué adolescentes en particular.

Relaciones económicas de la delincuencia

La mayoría de los delitos tienen como finalidad la apropiación de un bien o un valor ajeno. Esta tendencia fue notada por Engels ya en el siglo XIX, señalando entonces que

empezaban a superar en número a los de carácter violento, pasional, exentos de interés material. Desde entonces esta tendencia se ha intensificado más. Pero no nos referimos solo a los ladrones aislados, sino al conjunto de relaciones económicas que se forma *en y en torno a* la delincuencia.

Podemos considerar que la acción más simple del ladrón, de cualquier tipo que sea, es cuando se apropia de algo (un valor de uso) que luego consume él mismo: es el ciclo elemental de apropiación-consumo. Pero esto no constituye todavía una relación económica, porque no existe un intercambio, ya que el ladrón no le ha entregado nada a la víctima por lo que le robó.

Una relación más compleja es cuando lo sustraído es dinero, que el ladrón utiliza para comprar una mercancía, o pagar un servicio; bien en el marco de la economía oficial, bien cuando se le compra a un particular. De hecho, lo más frecuente para un ladrón ocasional es que sustraiga lo que encuentre, dinero o mercancías.

Los revendedores

En las situaciones expuestas (salvo cuando lo sustraído es dinero), surge de forma natural la necesidad de vender lo robado, todo, o lo que no se consuma. Aquí aflora la primera relación económica ilícita, una relación de compraventa que vincula a dos individuos. Pero estas compraventas son distintas de las de carácter legal.

El ladrón-vendedor no puede ofrecer a cualquiera la mercancía robada, sobre todo si es un reincidente.

Tampoco puede (o no le conviene) tener en posesión largo tiempo la mercancía robada, porque se incrementa el riesgo de ser capturado.

Puede tropezar con dificultades a la hora de encontrar un comprador que no entre en sospechas.

Por estas razones no está en posición fuerte para negociar la venta.

Debido a estas circunstancias objetivas, ha surgido dentro del mundo delincriminal un personaje especial: el revendedor. Este no compra lo robado como valor de uso, sino como valor de cambio, para venderlo a terceras personas. Para eso debe ser conocido en el medio delincriminal y debe tener solvencia para pagar la mercancía robada o malversada, además de relaciones con posibles compradores.

El revendedor está en el centro, entre la oferta (de valores sustraídos) y la demanda (de valores de uso). Debido a ello no es infrecuente que esté en condiciones de indicarle o encargarle determinados artículos al ladrón, dado que sabe que tendrán fácil salida.

Mercado negro y economía sumergida

La multiplicidad y reiteración de estos intercambios ilícitos da lugar a un verdadero mercado, que para distinguirlo del legal se conoce como «mercado negro», el cual se caracteriza por ser un mercado capitalista de libre concurrencia, que permanece oculto por ocuparse de mercancías ilícitas en la adquisición y en la reventa.

En este mercado, los revendedores poco a poco van constituyendo una capa mercantil que controla una parte creciente

de la actividad de los ladrones y de los compradores o receptadores, y que tiende a:

Incrementar las ventas.

Minimizar los precios de compra a los ladrones.

Maximizar los precios de venta a los compradores-receptadores.

Aparentemente (no hay estudios al respecto) estos objetivos se logran a medida que el mercado se concentra y los beneficios se reparten entre menos revendedores.

Este mercado es muy fluido y no tiene límites precisos, por lo que se hace difícil saber en qué medida la venta final no va a manos de la población no criminal.

Aunque hemos ejemplificado lo anterior a partir de los «ladrones» tradicionales, también entran, en calidad de «vendedores», los delincuentes ocupacionales; es decir, elementos corruptos que trabajan en empresas legales.

Mercantilización y reproducción ampliada de la delincuencia

Como resultado del crecimiento de la capa mercantil de los revendedores, el afán de lucro de estos se convierte en motor impulsor de la delincuencia. Ya ellos «encargan» a los delincuentes («ladrones», o «delincuentes ocupacionales») los objetos que tienen más salida y por tanto dejan mayor ganancia. Esto produce un incremento global de sus actividades delictivas.

Además, ocurre otro proceso: el revendedor relaciona a los delincuentes marginales con los ocupacionales. Por ejemplo, unos ladrones (marginales) roban un camión cargado de

productos de consumo, generalmente con la complicidad de un empleado (delincuente ocupacional), mientras otro delincuente ocupacional (por ejemplo, el administrador de una tienda) los saca a la venta como si fueran parte de la distribución normal. Aquí, el «ocupacional» efectúa también una operación de «lavado» del producto, legalizándolo mediante la venta oficial.

En fin, todos estos procesos van ampliando el número de personas involucradas, una intensificación de las actividades delictivas (en cantidad y en valor) y una mayor autorregulación de la criminalidad a través del mercado negro.

Estos hechos son conocidos, a nivel casuístico, por los investigadores, pero no han sido objeto de una *generalización teórica* como la que intentamos en este capítulo de nuestra investigación, necesaria para adoptar medidas eficaces. La prueba es que la mercantilización ha seguido fortaleciéndose, inclusive con vínculos con el extranjero, tanto cuando se ha aplicado una política penal severa, como durante la despenalización.

Como consecuencia de la intensificación mercantil de la criminalidad, esta entra en un proceso de reproducción ampliada de sí misma, en una especie de creciente aceleración, como es visible en casi todos los países del mundo.

Este capítulo de la investigación fue muy bien recibido en el Comité de Expertos, el cual recomendó se reprodujera y distribuyera antes de finalizar el informe del tema. Lo que hemos expuesto es la síntesis de un folleto que lleva por título «La mercantilización de la delincuencia en Cuba: desarrollo, consecuencias y peligros futuros». Lo presenté a un Concurso Internacional de la Asociación de Economistas de Cuba, que ese año declaró el premio desierto. Escribí otros textos relacionados con el tema, pero no llegaron a publicarse.

La escasa receptividad oficial a mis trabajos se vio compensada por la actitud de aceptación por parte de otros medios profesionales. Así, por ejemplo, existe una fuerte ramificación de mis estudios en la Universidad de las Villas (tarea encabezada por la profesora de Sociología, Celia Marta Riera), donde han elaborado varios trabajos académicos y llevado las concepciones a la práctica en un barrio marginal de Santa Clara. Entre paréntesis, fue una estudiante de Derecho de esa Universidad la primera en advertir la importancia de mi crítica de la definición de delincuencia de la criminología socialista, lo que motivó que me invitaran a dar unas conferencias en dicho centro de estudios. En La Habana, el fiscal Alejandro Aldana Fong ha divulgado mis trabajos y los ha desarrollado creativamente en el ámbito del derecho penal, especialmente en relación con el delito económico. Y desde el punto de vista epistemológico, entre otras cosas, en una maestría muy meritoria, ha tutorado varias tesis de diploma relacionadas con mis estudios (por lo que le estoy muy agradecido). En general, ha hecho buena divulgación de nuestros resultados.

En Cuba, por tratarse de una economía socialista, muy centralizada, los bienes se encuentran en usufructo de las instituciones económicas: ministerios, direcciones, uniones de empresas, empresas, establecimientos, y en menor grado en las cooperativas y en los escasos establecimientos privados que operan. El mal manejo de estos bienes, según han señalado fuentes oficiales, no tiene lugar bajo un estricto control financiero centralizado. Ahora acaba de crearse, justamente, la Contraloría General de la República. Pero en todos estos años había un gran poder discrecional sobre los bienes estatales y empresariales por parte de los diversos niveles de la administración del Estado.

Esto ha resultado caldo de cultivo propicio para la *delincuencia ocupacional*, como pudimos apreciar en el caso «Millonario», en el comienzo de nuestros estudios. Allí prácticamente existían dos instituciones estrechamente imbricadas: la institución formal (es decir, la oficial) y la institución «sumergida», que funcionaba en paralelo y extraía de los fondos oficiales un monto de dinero que se distribuía proporcionalmente, según la jerarquía de los empleados, y el director, era quien recibía el máximo.

DELINCUENCIA OCUPACIONAL Y CORRUPCIÓN EN CUBA

La delincuencia ocupacional es un grupo poco estudiado, pero perfectamente organizado. Funciona escalonadamente, y casi siempre el jefe es el que obtiene la mayor «tajada», aunque deja también ganancias para los subordinados. Es un conjunto de relaciones institucionales que no respetan el organigrama, sino que se expande, sobre todo, en las áreas donde hay mayor ganancia potencial.

Los «dirigentes» delincuentes ocupacionales aparentemente cumplen sus funciones (incluyendo muchas veces el plan de producción, ya amañado), pero rodeados de una «mafia» de seguidores incondicionales que hacen el «trabajo sucio» y le entregan las «ganancias» fraudulentas. Estos «jefes» delincuentes ocupacionales se apoderan de esas ganancias para uso propio, pero una parte de ellas las utilizan para hacer «negocios» fraudulentos con funcionarios de otros organismos o empresas, bien para «ampliar el negocio», o bien en forma de «favores» de distinta índole, que les puede representar información, protección o apoyo.

Todo este entramado de relaciones delictivas se conoce coloquialmente como *corrupción*. Pero sin llamar a las cosas por su nombre, son relaciones delictuales ocupacionales (sea cual fuere el monto de los bienes mal habidos), y no simplemente un problema «moral». Y no se trata de «personas corruptas», sino de relaciones delictuales que implican siempre a varios (o muchos) actores.

Y como decíamos ya en 1990 (Fernando Barral: «La mercantilización de la delincuencia en Cuba: características, desarrollo y peligros futuros» [1990], sin publicar), la dinámica de las relaciones económicas va moviendo paulatinamente las relaciones sociológicas, y por ende amenaza con problemas en la esfera ideológica y en las relaciones políticas. Ya Marx nos enseñó que la sociedad es un sistema complejo en el que los distintos planos interactúan entre sí.

El problema de la corrupción es un fenómeno planetario, y aunque en nuestro país no alcanza las proporciones, por ejemplo, de los Estados Unidos, no por eso debemos restarle importancia. Aunque sí debemos tener en cuenta que es un sistema que se autorreproduce, y que cortando solo las consecuencias más visibles, no se erradica. Hay que estudiarlo, pero con instrumentos teóricos adecuados. El Derecho Penal carece de esos instrumentos teóricos, pues solo ve los casos individuales, una vez conocido y comprobado el delito. Esto no es más que el vértice del problema.

La delincuencia ocupacional es un antisistema; es decir, un sistema dinámico opuesto a la sociedad en general. Tiene movimiento propio, y en ausencia de una oposición política marcada, es el principal antisistema del socialismo cubano. Y lo es porque posee bienes financieros y materiales, posee relaciones delictuales, y otras que todavía no lo son francamente, pero hacen favores, tienen información económica

y política, y relaciones personales y políticas no delinuenciales, y que por tanto pueden ayudarlos en caso de necesidad.

Ya dijimos que en el seno de esta delincuencia ocupacional, las relaciones económicas son las decisivas, pero no son las únicas. Las demás esferas de la vida social se engranan. En primer lugar, las ya mencionadas relaciones sociales, institucionales y grupales, que actúan directamente sobre la ideología y la moral, la ética. Pero ¡ajo!, también están las relaciones políticas. Y entre los delincuentes ocupacionales no es de extrañar que surjan afinidades de posición para quienes están ya apartándose de las prácticas y principios socialistas.

Así como a nivel global de la delincuencia ocupacional se interconectan las diversas esferas, relaciones y acciones (económicas, políticas, financieras, institucionales, ideológicas, jurídicas, etcétera), en el nivel personal existen también manifestaciones materiales, morales, ideológicas, políticas, jurídicas y grupales de pequeñas asociaciones, que en su conjunto conforman el *modo de vida corrupto*. Tanto este modo de vida, como quienes incurren en esta práctica, ofrecen un amplio campo de estudio para los diversos especialistas de las disciplinas correspondientes, como economistas, contables, psicólogos sociales, institucionales y clínicos, sociólogos, investigadores políticos, especialistas en ética, etcétera, con el objetivo de analizar y sistematizar toda esa información.

Este estudio debe hacerse transversalmente, graficando redes, relaciones y procesos de propagación horizontal de la corrupción (cómo se expande). Pero también longitudinalmente, es decir, cómo se reproduce a sí misma (por captación de nuevos individuos, o al influir sobre la descendencia), revelando las regularidades y los procesos dinámicos causales (retroactivos).

Todo lo expuesto hasta aquí, en este Anexo, versa sobre los distintos aspectos estudiados a lo largo de diferentes períodos de mi labor investigativa. Estos han sido el producto de conclusiones teóricas sobre las investigaciones en las que pude participar con la colaboración de otros especialistas y compañeros, y que por considerarlo un aporte necesario a la sociedad, continuaré realizando en la medida de mis posibilidades.

